

Libertad Demitrópulos

RIO DE LAS CONGOJAS



Lectulandia

Desde su primera aparición, esta novela —que consagró a Libertad Demitrópulos como una de las más prestigiosas narradoras argentinas— fue ganando notoriedad al imponerse por su alto nivel de calidad. Bastó para ello exclusivamente la valoración de lectores y críticos, sin que mediara promoción alguna. A esta circunstancia se agregó la obtención, entre otras distinciones, del Primer Premio Municipal y el otorgado por el Club de los XIII integrado por escritores de renombre.

Su temática está regida por una mirada que al indagar aspectos fundacionales de nuestra historia revela sus claves ocultas. Narrada en el marco de uno de los episodios más alucinantes de la conquista de América, se proyecta el protagonismo de Juan de Garay, de los mestizos o mancebos de la tierra, y la fundación de Cayastá, la primitiva Santa Fe. Se vale para ello de un lenguaje de deslumbrante riqueza y originalidad.

Lectulandia

Libertad Demitrópulos

Río de las congojas

ePub r1.0

Ninguno 28.12.13

Título original: *Río de las congojas*

Libertad Demitrópulos, 1981

Diseño de portada: Jorge Brega

Editor digital: Ninguno

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Joaquín O. Giannuzzi,
por el amor
y los años de compañía.

Conviene que guardemos a nuestros muertos y su
fuerza, no sea que alguna vez
nuestros enemigos los desentierren y se los lleven
consigo. Y entonces
sin su protección nuestro peligro iba a ser doble. ¿Cómo
podríamos vivir
sin las casas, nuestros muebles, nuestras tierras y,
sobre todo,
sin las tumbas de nuestros antepasados guerreros o
sabios? Recordemos
cómo robaron los espartanos de Tegea los huesos de
Orestes. Convendría
que nuestros enemigos nunca supiesen dónde los
tenemos enterrados.

Quizá será más seguro que los guardemos
dentro de nosotros mismos, si podemos,
o, todavía mejor, que ni siquiera nosotros sepamos dónde
yacen.

Tal como se han puesto las cosas en nuestros tiempos
—quién sabe—,
puede que hasta nosotros mismos los desenterráramos
y los tiráramos algún día.

YANNIS RITSOS

(De *Grecidad y otros poemas*, Visor, Madrid, 1979)

Yo me quedé a acompañar a mis muertos, que no me dan las ganas de seguir, ni las piernas, además. De tener menos años, un suponer, los hubiera secundado en tamaña locura. Por ahora es pura mortificación, en derrotas y ventajas. No soy tan enteramente. Cuando llegué aquí, con Garay, yo era un mozalbete comedido y me vine sobre las aguas del río, que no soy de los que andan sobre la tierra. La tierra es breñosa, saca ponzoña de cualquier cosa: que una espina, la «nigua», la baba del sapo, las picaduras, ¡tantos agobios! Uno es liquidado por las meras sabandijas. El agua no tiene sinembargos, se va en limpideces. ¿Ónde se ha visto un agua que no sea más rápida que el hombre? La tierra lastima los talones del que no tiene caballo y obliga a que la pisen palmo a palmo. Así, pues, me quedé. Veinte veces los timbúes me quemaron la casa, otras veinte la he vuelto a levantar. Los timbúes o, más propiamente, una nación que se llama quiloazas y también calcines. Siempre he dado batalla y ahora que ellos se van yendo me preparo para la última. Así es. Yo vine mozo, guapo y fuerte. Pero ahora no me desmerezco. Bajé de La Asunción con Juan de Garay y una runfla de mozos como yo: mestizos. El río a la vera estaba, el río ahí sigue estando. Igual que el camino al que las lluvias no logran borrar. ¿Y la tierra? La tierra siempre se malquistó con ellos. No la han sabido querer. Desencantar era lo que se habían propuesto hacer con ella.

Si no fuera por el río, un suponer, por esos acasos, tal vez los acompañara. Soy hombre de valentías. En estas horas de pagas y pérdidas, desde aquí, veo alardear sus arreos. Sobre los burros cargaron a sus muertos que desenterraron de la iglesia y del camposanto; en los carros metieron a sus mujeres y sus hijos con jamones, velas, tocino, mismamente que perros, entre jergones. Dejaron sus lozas de comer y merendar, sus soperas, sus camas matrimoniales, sus cunas y sillas. Dejaron esa puerca plaza donde todavía lastiman los oídos las voces de los siete jefes ajusticiados.

Uno los ve pasar por el camino, bajo la lluvia, como saltimbanquis corridos del pueblo por sus raterías y, con un poco de prolijidad que se ponga, allí se los ve irse, sentados en sus carros, sudorosos y maldicientes, a los hidalgos más linajudos de Santa Fe. Duchos en gitanerías, también allá en el remonto del río, se largaron a batir la ventura en el penoso éxodo asunceño, arrancando a la población entera tras el oro potosino. Me acuerdo de que fue Juan de Garay, el que después los trajo aquí, el encargado de conducir el regreso de los sobrevivientes.

Locos. Están locos. Algunas mujeres, debajo del pañuelo que ataron al barbijo, van llorando por tener, como yo, secretas razones para quedarse y se les hace cuesta arriba esa marcha hacia el Sur. Pero ellos dijeron que entre morir aquí y morir en el camino, o en la nueva población que levantarán, no era tan igual enteramente. Dicen que aquí queda el infierno. ¿Ónde se ha visto un infierno alegrado por un río? En el infierno están el Pelado, el Basilisco, el Oscuro, el Mano de Hierro, el Pata de Palo, la Mula Ánima, el otro. Por ahí se van, en busca de lindezas los primitivos fundadores

de Santa Fe. Que para males —decían— quedaban aquí las plagas que hemos sufrido y estos indios puñeteros: los quiloazas. Que allá todo sería principiar; corriendo el tiempo llegarían los despueses.

Los despueses fueron los sucedidos de la venida, cuando llegamos con Juan de Garay bajando de La Asunción, unos por agua, otros por tierra. Yo elegí el agua porque ya de muchacho que me gustaba su palpitación y ese olor que echa del vapor del oleaje y que está entre el del floripondio al caer la tarde y el del mburucuyá mañanero. Garay me había dicho:

—¿Vienes conmigo? Tendrás tierra y, tal vez, mando.

—Ir, voy gustoso. Mando no.

—Mejor para ti. El mando quita seguridad.

Mando quería el Lázaro, y Garay le ofertó:

—Tendrás tierra y mando.

—Quiero una suerte de propiedad para arar y sembrar. Y criar ganado. Quiero mandar, no siempre obedecer.

—Así será —le aseguró.

En los despueses Garay se olvidó. Y el Lázaro quería, además, seguridad. Patente tengo sus alegaciones.

Bajo el sol la nave dormía como garza gigante. Uno se deleitaba mirando la espesura que se abría más allá de la ribera. Detrás del bosque se entreveían tucanes brillantes, iguanas y monos curiosos que se tapaban los ojos después de vernos, tal susto le dábamos. De todos los mozos humillados y entristecidos que seguíamos a Garay, el más dolido era Lázaro de Venialvo; el más fuerte: Pedro Gallego; el incansable: Diego de Leiva; el de las chanzas: Dominguito Romero; el amante: Pedro Villalta; el de la voz de trueno: Rodrigo Mosquera y un servidor: Blas de Acuña, hombre de armas, músico y cuantimás pescador.

Venía también entre los mancebos Diego Ruiz y una María Muratore, mujer de nadie y joven, morena sin compromisos como que no conocía padre más que a la madre que la concibió. Me la comía con los ojos cuando venía a reírse de los monos. Era un mirar que traspasaba el ropaje y resbalaba a lo ancho y a lo largo, y se quedaba tieso en algún saliente del cuerpo. La suponía prenda de don Juan de Garay. La María Muratore daba pie a las conversaciones y al galanteo de todos. Garay hizo alarde y de la cuenta mandó a la María lejos de mi vista y con orden de no entreferarse con la tripulación. Hizo círculo con ella cerrándolo con llave y amenazas:

—¿Quiénes creéis que sois? ¡Hala! Que se os suben los humos, mocitos. ¿Olvidáis que sois bastardos? ¡A trabajar, y dejad de mirar la ribera, apoyados como señores! El jefe soy yo, que vosotros venís en esta travesía por harta necesidad. ¿Acaso traéis blanca, duros, blasones? Ni siquiera sois españoles... ¡Hala! Que me

estáis hartando, ambiciosos...

Yo era un muchacho, digo, y me soliviantaba la altanería. También el Lázaro se mordía una guasada tejiendo pensamientos para mejor ocasión. ¡Bastardos! ¿Ónde quedaba la lujuria de esos viejos cochinos que nos semillaron en la mujer guaraní? Paciencia es lo que pido. Paciencia es lo que la vida me dio.

Los despueses siguieron con aquello que pasó cuando la plaza se llenó de sangre. No de sangre india, sino de la nuestra. Aprendí a sosegar el ánimo, a guardar el rencor. Aprendí el «sí señor» y el «mande, su mercé», desparramándolo de la boca entre sonrisas. En cambio el Lázaro... ¿Y qué queda ahora del Lázaro de Venialvo sino las meras cenizas? Aparición; rojeces, maldiciones y ayes, viudeces... Ahora que los empecinados del orgullo se van yendo, como un señor estoy sentado en la barranca, viéndolos arrear sus pertenencias. ¿Ónde se ha visto señores sin lacayos que mandar? Ya no hay lacayos, todos son señores. Y yo soy el señor de estas ruinas.

Bueno, pues, en derrotas se pasaron los años. Cien años no son fruslerías para un hombre que ha visto encenderse y apagarse el amor, caer y levantarse honras, crecer fortunas como rodar cabezas. En esa plaza el diablo hacía su agosto desatando envidia, odio, mal de ojo, calumnias, venganzas, desprecio. Todo se iba en puros pecados. Pecados de desear y despreciar, de incitar y castigar, de no dar y el peor de todos: traicionar. Traicionar traicionó Cristóbal de Arévalo, el peor de los traidores. El Lázaro no tuvo tiempo de sospechar la falsedad de este aliado, solamente en su agonía, en el pasaje de una puñalada a otra que el traidor le propinaba, habrá tenido el relámpago de la verdad. ¿Ónde un figurón de éstos, señor de mucho entrecejo, iba a cuajar con la causa de los mestizos? El pobre Lázaro no malició. Aquí, después, lo descabezaron y descuartizaron a puro potro, junto con los otros bastardos que ambicionaban mando y extensión. Yo, que también soy bastardo, y estaba harto de obediencia y trabajo, como no alcancé a contar con la confianza del Lázaro ni de los otros jefes levantiscos, me dejaron reculado el día de la conspiración. Y digo que los jefes conspirativos no me alcanzaron su confianza porque, en los peores momentos, cuando el Lázaro nos reunía, me asaltaba un pensamiento y era saber cómo podría ser que su Ilustrísima y el Adelantado, con todo el poder que tenían, se vendrían abajo en menos de lo que canta un gallo. Las cautelas pasaban por cobardías. En mis dudas de *esos tíos no caen: oye, Lázaro, ¿estás seguro de que apoyarán Córdoba y Santiago del Estero? Es un decir, Lázaro, pero ¿ónde están esas cartas?* El Lázaro dio un respingo, escupió para el costado y dijo con asco:

—El gallina que se largue...

Soy hombre de valentías pero no atropellado. Lo que yo quería era ver esas caras que el Lázaro y los jefes aseguraban que habían mandado el gobernador de Santiago del Estero y el teniente gobernador de Córdoba dando apoyo al levantamiento. Pero nada. Todo se iba en meros discursos.

Y en cabalgaduras de confianza propia. El soñar los encegueció. En cambio ellos fueron más listos que nosotros. Corrió sangre. Rodaron cabezas. Escarmentaron fuerte. En cien años no he visto meneo semejante y eso que aquí siempre hubo su cualmás y su cualmenos. Y al final, ¿para qué? Ellos ahora terminaron yéndose por ese camino que antes, en un mancomún, defendían con nosotros de la indiada, teniéndola a raya en los asaltos y guazabaras. ¿Para qué lidiaron por la tierra? Ahora la abandonan a las ratas y a las aguas. Rencorosos con la tierra ni sus muertos quisieron dejarle. ¿Tanto muda el hombre de gusto y parecer que de la noche a la mañana se vuelve un lastimero de amarras, hecho de despedidas? Soy un ignorante: firmar firmo con el dedo; leer son puras figuraciones, pero ¿no es la vida una cosa fiera de entender si se la vive en el nunca acabar de peligrar? En las derrotas late el desquite. Se van. Me quedo. Así es.

El río pasa con su pasar recio y su soñar suave. ¡Válgame el cielo cuando pasa besando la barranca, recio como el hombre que nunca se embravece y másmente si reluce en el verdeo espumoso del camalotal! El camalote es su pensamiento florecido y flotante y por donde empieza a enamorar. ¿Este es un río o una persona de lomo divino, o es una fuerza que se le ha escapado de las manos a Tupasy, madre de Dios, o a Ilaj, o a mis ojos que ya no pueden espejear la tanteza de su cuerpo sin cuerpo? Rolando en mi canoa muchas veces se me viene con el cielo y me inunda el corazón. Si uno se llega con el mate a su vera comprueba que la vida se le ovilla y desovilla con el correr del agua, se desalma, queda puro huesos del pensamiento, sin carne ni habla, sin sueño en los ojos, y se siente irse en la corriente cuesta abajo, entre pescados y flores, arenas y cañas. Una vez ahí adentro, uno aprende a conocer la historia de sus abuelos comidos por los yacarés. Se entera de que su tata viejo tenía los pies rajados e hinchados como lo tuvieron su bisabuelo y su tatarabuelo y su más abuelo que todos, ése que principió el abuelaje; uno sabe así que ellos estaban siempre en el agua buscando pescado hasta que el yacaré se los comía. Entonces, ¿no va a reconocer el espíritu de su principal, vagando por las islas del gran río —ya sin cuidado de la Porá del agua— persiguiendo al *pacú* cuando sube a comer frutos de varillas, y él va y lo ensarta con esas destrezas propias? Uno lo ve andar por el agua a su principal, barbirrosado, costillar seco, con ese encono en fijar el sábalo en los bañados verdeantes, y emperrado en cazar nutrias y carpinchos, porque esa es la alegría que le enseñaron sus propios principales y que él me dejó. Alegría que consiste en estar alegre también en la tristeza. Alegría que ellos dejaron a mi madre, moza alegre en lo que recuerdo, de cantar aun en la muerte ocurrida por celos de un varón de mucho entrecejo y grandes pasiones, que resultó ser mi padre.

Cuando llegamos con Garay a esta costa de durezas y cardales nadie pensó que cien años después, hundidos los sueños, se estaría de nuevo al empezar. Por eso se van yendo. Mucho tardaron en maliciar la travesura. Despreciando la galanura de la

costa de enfrente, ¿no viene que Garay ordenó bajar en ésta que ahora piso, anegadiza, del lado de la tierra, entre un rimero de islas y el desmorono de la juncaería? Tras aquello que parecía un capricho, empezaron las desgarraduras. En cien años los he visto, uno por uno, morir puteando a Garay, que ya no podía escucharlos, y era por la indiferencia de los barcos que pasaban de largo por aquí, cargados de mercadería, hacia el puerto de la ciudad del Buen Aire. Sentían como una afrenta del vizcaíno que nos había traído de La Asunción, en nombre de Dios y de su san Santiago guerrero, para dejarnos después en el camino del río, y haciendo cruz con la tierra adentro, a guardarle las espaldas a su ciudad predilecta. Tardaron en comprender, y, cuando lo supieron, decidieron marcharse al sur. Ahí se van, furiosos, vociferando y renegando contra Juan de Garay.

Pero lo que la vida quiere de uno es el valor. ¿Qué más? Por eso me quedé. Soy hombre de valentías. Tengo la barranca y mi rancho con un naranjo frutecido; allá abajo —donde en otro tiempo se extendía la ciudad— tuve la chacra que aré y sembré en vida de mi padrino y que tan mal pago tuvo de parte de los jueces. Pero qué tanto que sus instancias son apeladas por el barro y las mojazonas. ¡Tantas sentencias y pronunciamientos, tanto litigio inútil! Así es.

Desde aquí veo la plaza onde descuartizaron al Lázaro y a los otros muchachos que se levantaron contra el teniente de gobernador; el palo de la horca balanceando ausentes cuerpos sin apelación; la iglesia de San Francisco con su campanario que supo guardar en sus adentros la voz del negro Antonio Cabrera, músico y cantor; el cabildo enfrentándola y adentro las sillas de espaldar alto para asiento de los leguleyos, con su terciopelo gastado y su madera dorada; más allá se ven las otras tres iglesias, calladas ahora, patrocinando la marcha; y entre todo distingo las callecitas con sus cercos de tasis y pisingallos como si fueran las venas del brazo de un hombre, buscando todas el camino, donde se vuelcan como en río seco. Lo que la vida quiere de uno es el valor. Con las cobardías viene la muerte. Aquí, pues, me quedo, para seguir viendo a la ciudad abandonada, mientras los despueses no la sepulten, como borraron el recuerdo de tantos muchachos que un día salimos de La Asunción y vinimos a fundar esta ciudad de Santa Fe.

La María Muratore no alcanzó madre porque ni bien la parió se fue al Brasil en busca del que la había engendrado. Pero él no quería venir: allá andaba entreverado con los mamelucos que, vuelta a vuelta, salían a redar indios y negros, para mercar. Así que ella se quedó a la buena de Dios en La Asunción, y la criaron, por caridad, en casa de un español, comunero el hombre, llamado Alonso Martínez, de Villalar, con eso está todo dicho. El padre de mi muertecita era portugués y conoció a la madre ahí mismo, en Santa Catalina, cuando ella venía en la expedición del Adelantado Juan de Sanabria, y la nave recaló en ese puerto. Venían varias mozas de allá para casarse con españoles de acá, pero ella, ¿no viene que se enamoró del portugués bandeirante que más luego no la desposó?

Entonces, en el menudear de los días y ¡vaya a saber si fue en Santa Catalina o en Lima!, se consiguió otro marido que la supiera mantener, según me dijeron, y yo quedé en grandes privaciones de mandeporí, mandioca pepirá, bocaja, pescado, maní batatas, gallinas u otra volatería, hasta que frecuenté la casa de mi padrino. Así, pues, de sus tetas no mamé, de sus manos no comí.

Crecidita la María, con su corazón ardiente, y su revuelo de faldas —ya muerto su tutor— no faltó soldado ni mestizo, ni los mismísimos capitanes, que resistiera su encanto. Los lujuriosos españoles que se disputaban el amor de las indias guaraníes, y hasta mataban por celos, no se atrevieron a disputársela a la María por una cuestión de arcabuces. María Muratore manejaba las armas como un hombre. Pero en el demoro de sus miradas, su blanca mano y pechos —que no tuve sino a mucha distancia— eran como aguamiel para el hombre recio y sediento, cuando de voluntad se daba.

No me puedo quejar: el negocio tiene su entretener: que jaleo, que bromas, que yantar. Yo al hombre lo tomo despejado y dispuesto a olvidarse de la guerra. De mi padrino aprendí que pertenezco a una nueva casta, sin señorío ni hidalguía, pero con criollez, cosa que según él es muy valiosa, aunque todavía no se ha visto dónde reside el valer. De él también aprendí a manejar armas: que nunca se sabe lo que puede pasar. Tuve destrezas en el manejo de arcabuces, ballestas, escopetas, espingardas, pistoletas y cuchillos, navajas, lanzas y dardos, que todo me lo enseñó él, que esté en la gloria. En La Asunción no paraban de contar que mi padrino, con otros vecinos principales, destituyó a Alvar Núñez, y lo metió engrillado en un barco, fletándolo a España, cosa que fue de sentir porque el Adelantado era hombre delicado con la mujer, capaz de echarse un romance tan sabroso en alabanza de ella que la dejaba pasmada por sus finezas y él entonces, muy tierno, decía: ¡vamos, niña, esmérate! Esto me lo contaron unas negras que lo habían oído de otras mujeres que hablaban en algarabía como los tordos y papagayos que tenían en sus casas.

Crecidita la María, tampoco su tutor y padrino resistió el verdor de su mirada: Alonso Martínez bien que se enamoró. Pero la vida, en secreto, trabajaba para mí.

Cada día es víspera. Y los despueses vienen con la María acostada en mi cama, pelo suelto y lágrimas.

Para este viaje me convenció Juan de Garay.

—Voy a fundar una ciudadela. Hace falta una mujer.

—¿Dónde? ¿Cuánto?

—Paraná abajo, y donde se pueda recalar. Se te pagará bien.

—¿Con qué?

—Con una suerte de chacra que se te dará a elegir.

—¿Y me podré casar?

—También marido legítimo puedes encontrar.

—¿Qué tengo que hacer?

—Enamorar.

En el espejo del agua ya estaba escrito mi destino. El barquichuelo rolaba en el río siguiendo la corriente y rolaban también los camalotes, como pensamientos tibios. El agua turbia y los camalotes: así veía yo el mundo que se presentaba para mí. Una negrura peligrosa revestida de flores. Entre estos va mi hombre —¿mi compañero?, ¿mi asesino?— y los miraba, uno por uno, desconfiando, esperando, soñando... En la calle del Pecado donde viví arrimada en casa de mi modista después que las hijas y yernos de mi padrino me echaron, sentía la misma desazón y los mismos pensamientos que ahora me asaltan. Una mujer entre tantos hombres...

Aguas abajo el río se encrespa y de las frondas salen bandadas de loros que verdean sobre el agua caliente. Desde la vera se siente el arañazo que da la tierra en cardales y espinos que crecen hacia adentro, y unos como brazos se alargan de la orilla entrando en el agua: son las boas de sol y ébano, cimbreantes, macizas, espumosas, listas para triturarnos al menor descuido.

Bajamos a una playa con la hierba brillante por la lluvia. No bien puse pie en tierra me alcanzó un pesar: aquí moriré, dije. No volveré a La Asunción. Soy la semilla: para eso me trajeron. Así, pues, hago tierra y no sofocaciones. Echo raíces y no suspiros. Me planto. Me confirmo. Pero yo no soy sólo naturaleza.

¿Gente? No se veía: escondida. Se la sentía: en el viento, en las hojas, en la arena. Fisgoneaban desde las rendijas del aire. Tuve miedo, sola, sin hombre. Extrañaba a mi padrino Alonso Martínez que se me fue tan pronto.

En el barco venían montañeses rústicos, prepotentes, aunque de escasa barba. Tenían aires de tigres a punto de saltar. Garay, que los desairaba, ordenó mantenerme lejos de ellos. Parecía mi padrino, protegiéndome. Yo le agradecía ésta y otras delicadezas.

Mi muertecita temió morir entre tantos hombres que la deseaban y ella deseando a uno, ¡ay del ay!, que no era yo. Pero era la urdimbre del destino, el estatuto del hambre amorosa del hombre que no sosegaban, y justo ella se había de enamorar de quien se debía abstener. ¡Maldita suerte que así escribe la desgracia de una mujer!

Desde el principio, como una sombra, al Blas, que no me gustaba, lo tenía detrás de mí. Que por qué otro sí y él no. Que por qué me emperraba con quien no era para mí. Que qué tenía el otro que no tuviera él. Que me quería desposar. Que me quería bien. Pero el Blas no me gustó desde el barco, cuando apenas lo vi. Y es así: cuando no, no.

En la mediamuerte de las guazabaras, cercándonos los indios y dándonos nosotros la guerra, se apersonaba la María al campamento, hombro a hombro con los varones; venía a darles fuerza y a preparar la pólvora. Juan de Garay voceaba con ánimo las órdenes, y nosotros, la tropa, íbamos ya corriendo entre las llamas, ya azuzando los caballos, cada uno en su mandamiento de las alarmas dadas, cargando la bocona y disparando sobre esa ola marrón hasta el fin de los alaridos. Hasta que la luz venía a dar cordura a las naturalidades. Al contar la gente siempre hallaban a la María cargada de humo y de ceniza, oliendo a pólvora y no a mujer, machucado su cuerpo y en acopio de ayes. Al día siguiente estaba otra vez hermosa. Llegaron tres mujeres más, moradoras de la calle del Pecado, y el trabajo se repartió. Aunque ninguna como la María diestra en armas, eran buenas mujeres para apagar la sed del hombre. Y una de ellas, Ana Rodríguez, picó alto: del lugarteniente de gobernador no bajaba. Sin tapujos: la querida de Garay.

¿Qué le habrá visto? Yo con este cuerpo y ella con su flaccidez. Yo con mi juventud y ella con su madurez. Yo con este pelo y ella que empieza a encanecer. Yo joven, ella en plena madurez. Yo fresca, ella mustia. Yo alerta, ella ausente. Yo sencilla, ella orgullosa. No me gusta esta mujer. Los mestizos, que levantaron mi casa lejos de la iglesia para no irritar al cura, en la misma manzana han construido la suya. Me quejé a Garay y encontró razonable el hecho: Una vecina agradable —dijo—, convendría que fuerais amigas. Cuando los indios nos cercan y les damos guerra, no sale al campo junto con los hombres. Ella del miedo hace rezos. Y hasta entra en la iglesia, cuando no está el cura, y va y almidona y plancha los manteles del altar, y barre y limpia el templo y se pone de rodillas con los brazos en cruz. Si hay que zanzar agobios, propiamente quemar heridas, hacer sangrías o sajar pústulas, tampoco sale al campamento; tal vez está ocupada platicando con el teniente gobernador, suelto el rodete, olorosa a alhucemas, ajustada en esos trajes de color azul o salmón. Las otras mujeres se han ido casando. Quedamos nosotras dos, y, por esas vueltas que da en dar la vida siendo vecinas ni un saludo, siendo públicas tan reservadas, siendo para el amor, rencorosas.

—Por más disimulo que ponga en evitar la curiosidad y la condena del vecindario, se le descubre por la fiebre de los ojos y ese olor a guayaba madura. La veo pasar con su saya lila (o azul o salmón), chapines de lo mismo, enguantada la mano, rebozo bordado, derramando ese misterio por el que ya no es flácida, ni torva, ni mustia, ni ausente, sino una mujer que va al encuentro de su mejor conquista. Como un jugador que apuesta todo en cada juego, diariamente sale antes de la oración, bordea callejuelas con cercos de tasis y pisingallos, para escabullirse en el sitio donde la espera su hombre. Y ¡qué hombre! No uno de esos imberbes mestizos que aquí tanto abundan, sino un recio varón de barba rubia y enrulada, ojos de acero, voz de tórtola. No un desquijado «Cara de Perro» como Alonso de Vera y Aragón, sino un hombre por el que se puede penar y hasta perder la cabeza. Me dicen que él la espera ansioso para ir a sentarse tomados de la mano en un sillón de cuero, hasta que ella se decide a alzar la guitarra y entonar canciones de la región de Vizcaya donde parece que nacieron los dos. Después de los cantos, él cae rendido a los pies de esa mujer. Me dicen que él le compró en Lima, donde la conoció, un anillo de oro y aretes de zafiros que hacen juego con sus ojos. Me dicen que suelen conversar de castillos, de casas con balcones y rejas, de salones, de mujeres ricamente vestidas, de la corte. Ella suspira al recordar esas cosas de su patria y permite que se humedezca la pizarra de sus ojos hasta nomás enturbiarlos (cosa que brillen); entonces va y saca del pecho uno de esos pañuelos como mariposas, tan finos y delicados, con sus iniciales bordadas, seca la humedad de las pestañas para que no le moleste la contemplación de lo que a mí me está vedado.

Alguien me dijo, además, que lo que ella busca conseguir es arrastrarlo hasta su casa, mostrarlo a la vista de todos, que se sepa que él recorre el camino que ahora hace ella, que sea público y notorio su amorío. En una ciudad de hombres, ¿no tiene derecho la mujer a elegir? Tiene razón esa mujer. A lo que yo agregó: ¿y quién le prohíbe disputar? Nadie puede impedirlo. Soy libre. Sin padre. Sin madre. Sin marido. No me someto a la ley de un Adelantado consorte que todavía anda por las Españas persiguiendo el reconocimiento del rey. Solamente, si Garay me rechaza, apagaré mi deseo.

Pero esa mujer... A veces le tengo lástima. Un día de guazabaras, habiendo gente, entró ella en la iglesia y el cura así como la vio se subió al púlpito y empezó a pedir perdón a Dios por los pecados que cometen algunos cristianos, y en un momento dado miró para abajo hacia donde ella se había arrodillado, y dijo que entre los presentes se hallaba alguien tan pecador que si no salía aurita mismo de la casa de Dios él se saldría y no volvería a entrar mientras tal pecador permaneciera mancillando el templo. Que para entrar en la iglesia era preciso primero confesarse y hacer penitencia, prometiendo formalmente, no volver a ofender a Dios Nuestro Señor. Y se bajó del púlpito y se encaminó a la puerta, volcado su color del pálido al

rojo. Ahí fue que ella, dicen que dijo: *No molestarse, padre: me retiro; no es mi intención ofender a Dios.* Salió dejando su perfume clavado en la nave. El cura mandó a inciensar.

A partir de entonces crecieron los murmullos. Las habladurías. Historias en las que estábamos metidos Juan de Garay, esa mujer, el mestizo Blas de Acuña y yo. Con lo sucedido en la iglesia quedó claro que la prohibición y la acusación no iban dirigidas solamente a ella sino que también me alcanzaban a mí. Por las dudas evitaba pasar por las cercanías de la capilla, no fuera que me hallara al cura con ánimo de echarme la excomunión.

En la largura de las siestas, desde mi ventanuco, la veía bajar la barranca e ir a sentarse en la playa donde el río y los pájaros hacen juegos de luces. Allí ya estaba el Blas cantando sus areitos. Ella lo escuchaba pero hacía como que no. Sorbía los vientos que venían del Sur donde hubo una ciudad que Garay soñaba con volver a levantar. Al atardecer regresaban silenciosos y él la acompañaba hasta su puerta. Mucha soledad tendría esa mujer para permitirse la compañía del mestizo. Cuando lo despedía alargando su rica mano adornada con el anillo de oro y rubíes, él le rogaba que le permitiera pasar un momento al interior, el suficiente para despertar mis celos. Pero ningún celo me nacía del mestizo. Al rato me olvidaba de él y de esa mujer inquietante venida de Lima a Santa Fe detrás del Hombre del Brazo Fuerte. Mis problemas entonces eran: conseguir comida y leña; estar alerta ante cualquier ataque de los indios y hallar la oportunidad de conquistar a Garay. Este último era el más difícil a causa de esa mujer.

De a poco comenzaron a señalar a esa mujer como apestada. Y era que nadie quería malquistarse contra la autoridad de la iglesia. Los hombres, a medida que iban haciéndose de mujer propia, también la acusaban y se apartaban de ella. En uno de los intentos furtivos que hiciera la mujer por entrar en la casa de Juan de Garay, la apedrearon. Dicen que no se cubrió la cabeza ni resguardó el cuerpo cuando le llovieron los cascotes y pedradas. Al contrario, más altiva que nunca, levantó bien alto la cabeza, y, como la puerta del teniente de gobernador no se abrió para protegerla, volvió a emprender el camino hasta su casa, que, como llevo dicho, queda fuera del ejido. Luego vino el retaceo de alimentos. De mala gana le venden pan. Se ha quedado sin lumbre. Los brazos que antes labraban en su huerto se ausentaron. Casi puedo decir que siento sus suspiros y el llanto. Mucho debe querer esta mujer.

Las inquinas, habladurías y castigos que caen sobre ella le están haciendo la vida imposible. Yo me salvo porque manejo cualquier arma. Saben que soy un soldado más en cuanto asalto dan los indios y en cualquier emergencia. Me respetan por eso. Saben también que proposiciones matrimoniales no me faltan y que si no me caso es porque no me da la gana. No me puse en venta. Con que ¡hala! Algún día sabrán que la María Muratore no es una mujer como tantas que conocieron en la calle del

Pecado. Sabrán que es la mujer que han querido matar y no han podido. Y que la tendrán que respetar.

Tal era la tierra en que nuestros pecados nos habían puesto. En las guerras iban los transcurros. Los puñeteros quiloazas caían en la noche, de sopetón, como gatos que se descuelgan de las alturas, sin que los sintiera la guardia y nos hacían pasar del mediosueño al chorrear caliente de la sangre, sin intermediarios, voceando angustias, a nosotros, agentes del rey más poderoso de la tierra con quien nada teníamos que ver y en cuyo nombre disparábamos el arcabuz. ¡Y cómo disparaban esos arcabuces escupiendo fuego como volidos de pájaros locos, derecho a clavarse en medio de la cara o del pecho quiloaza! Para los verdaderos agentes de rey tan poderoso matar era distinto. No se les iba el pensamiento en extravíos desnaturalizados. ¡Gallegos infernales! No tenían su madre india como nosotros y no les pesaba de afrentar a sus mediohermanos. ¿Qué se les hacía a ellos matar quiloazas o timbús, o tupís o jarús, o cualquier suerte de nación? Cuando tendíamos los indios con el fuego de los arcabuces, ¿qué tanto venía sucediendo que la voz de nuestra madre lloraba adentro del corazón? Ella lloraba y nos malquistaba y hasta renegaba de nuestra condición. Para los agentes del rey quitar la tierra era distinto. En los despueses se aprende que las fragilidades de lo distinto se asientan en ese cofre interno que no reconoce señor por poderoso que sea, y más si se haya en lejanías. Así pues, desprendidos de las ataduras, distintos como éramos, nadando en dos corrientes, buscábamos el rigor de las afinidades. Cada amanecer es anochecer, cada sombra claridad. Cada hombre tiene su respuesta.

Mucho polvo tragué, mucha lluvia me mojó. Ahora tengo como un libro adelante cuyas páginas volteo para atrás. Yo sólo sé leer figuraciones. El mestizaje no es únicamente un alboroto de sangre: también una distancia dentro del hombre, que lo obliga a avanzar, no sobre caminos, sobre temporalidades. Todo se va trabajando al revés de los otros. ¿De cuáles otros? Ahí está la cuestión. Todos son los otros. Uno es el mestizo, el distinto. *Al mestizo —decía Garay— tenerlo aislado; comida bordeando la escasez; dormir, lo mínimo; ayuno riguroso; rezo suficiente; nada de cantar ni fumar ni holgar. Un día, pasados machos años —seguía diciendo—, en pago adjudicarle una poca de tierra, la más árida y seca, bien retirada de la plaza y del centro de la ciudad. Y si protestan, quitársela. Si amenazan, prenderlos. Si revolucionan, colgarlos. El montañés es como la «nigua» que se hunde en la carne y la pudre y carcome. ¡Cuidado! Esta raza puede conmovernos y hacernos tambalear. Infame engendro de la desesperación.* Eso, decía el Hombre del Brazo Fuerte. Pero ¡qué tanto que un indio le rompió la cabeza de un flechazo y andará conversando con los satanaces! ¿Ónde se ha visto un jefe mandante desangrándose en la playa del río, acompañado sólo por una mujer y una docena de los suyos? Demasiado envanecido habrá estado para bajar confiando apenas en el encantamiento de su persona. Provocó: lo mataron. Así es.

El hombre es secreto, nadie entra en sus honduras. ¿Ónde se ha visto un varón

recio que ande desperdigando penas? La María era desdeñosa. Quería a otro. Así, pues, alcé esperanzas, me permití con el tiempo, ese curador. Porque el hombre a todo se acostumbra menos a no menguar su padecer, si del negocio del amor se trata. Y más si lo acoge y lo cuida, como yo con mi María, sin ganancias. De lejos la amé, sin cargosear. Esperaba que el tiempo fuera el dueño de la palabra y el que señalara la verdad. Y fue la vida quien ciegamente y a golpes trabajaba para mí. María Muratore, amando alto, deseada por tantos hombres, en su desvalimiento quedó sola para mí, quien más la amaba. No es que yo sacara provecho de ese total, sino que se fue mudando mi desgracia y vino viniendo mi hora.

Quise saber si había llegado la ansiada. Fui a hablar con la María, la última vez, ver su corazón: *María: no me miras y eso que veo por tus ojos. ¿Tal fastidian los mestizos? Estás castigada, humillada, por esos que no te llegan a la punta del pie. En el campamento defiendes sus miserables vidas y en tu casa los acoges en tus calideces. Mucho te prodigas y ellos son egoístas. Quiero servirte con adoraciones. Cásate conmigo; sé mi mujer.*

—No. Sabes que quiero a otro.

—Deja que te cuide; después me iré.

—No —respondió tercamente.

Y era que aún no había sucedido lo peor. Y lo peor llegó cuando vino viniendo la hora de mi valimiento.

Garay preparó otra salida al Sur, buscando ese puerto donde hubo una ciudad quemada, para volverla a levantar. Sacó hombres de Santa Fe y se fue un día por el río tragahombres, más negro que nunca, río de las congojas, enemigo del amor.

Con su protector ausente, la mujer quedó sola y llena de enemigos. Los más encarnizados eran «Cara de Perro» y el cura. Fue así que se quedó sin huerto, sin pan, sin lumbre, padeciendo, además, la mayor dureza: la falta de plática elegante. ¿Para quién iba a vestirse ahora por las tardes? ¿Para quién iba a cantar? Confinada en su casa no podía lucir esos vestidos que se hacía traer desde Lima. Nadie que la visitara. Nadie que la requiriera, puesto que fue señalada como la imagen de la perdición. Seguramente maldeciría la hora y el día en que decidió venir a hundirse en estas soledades. Enemiga de las esposas españolas y hasta de mí, que podría ser su amiga, si no la tuviera por rival, era una sombra llorosa que desde mi casa veía moverse, suspirando, en el jardín. ¿Sabía ella, cuando Garay la trajo de Lima, que le sobrevendrían estas angustias? ¿Y aun así quiso venir? ¿Por qué no busca marcharse a alguna de esas ricas ciudades de las que proviene, para codearse con esa gente de abolengo que la seduce y la festeja y hasta la invitan a sus fiestas, mostrándola sin vergüenza y con gusto? Cuando la veo pasar llorosa por las tardes e ir al único sitio permitido para ella, la playa del río, y pasarse horas mirando las aguas, siento lástima y quisiera llamarla. Pero me contengo. Día a día me pregunto qué hace todavía en esta ciudadela si se ha ido su amigo y protector. Tal vez espera su vuelta. Nadie sabe si volverá. Si no lo matan los indios, se quedará en la nueva ciudad para hacerla su verdadera amante. Así es él. Eso es lo que ella no imagina. Así es el fundador.

Con Garay ausente los mestizos ven la oportunidad de llevar a cabo la conspiración. *¿Qué gobierno tenemos —decían— con un Adelantado consorte que, entre gallos y medianoche, desposó a la hija del verdadero Adelantado para heredar el cargo? ¿Qué autoridad tiene Garay —segúan diciendo—, lugarteniente de un gobernador nombrado por el Adelantado postizo y ahora ausente de Santa Fe? Este es el momento de desconocer lo que nada vale.*

Desalada la conspiración, el primer día caen presos los peores enemigos de esa mujer. Prenden al «Cara de Perro», al alguacil Luján y al mismísimo gobernador. Prenden a los regidores, al veedor y a algunos orgullosos españoles recién llegados que ya se postulaban para cargos importantes. De la noche a la mañana cambió la situación. De pronto la soledad de esa mujer se conmovió. Hasta estos apartados sitios llegaron los mestizos voceando: ¡libertad! *Apellidando libertad todo es nuestro —decían— y ya no nos mandarán los gallegos prepotentes. Zafémonos del yugo en que nos tienen, que ha llegado la hora. ¿Hay algo más hermoso que la libertad? Después de misa. Les haremos tragar sus sucios rezos. Después de misa. ¡Viva la libertad!* Y así fue.

Llamaron a la puerta de esa mujer. Con la alegría apenas si tuvo tiempo de

colgarse un chal bordado y calzar los chapines que hacían juego. Sorprendida, se dejaba abrazar por todos, olvidando sus finuras. ¡Viva la libertad!, gritaban enardecidos. Ella reía llorosa y seguía pasando de brazo en brazo. Eran como náufragos que se descubrían en una isla solitaria. La llevaron al centro a los puros abrazos. Pasaron coreando sus areitos. Frente a mi casa me llamaron: *María, ven con nosotros: eres libre como Ana, como nosotros. Vamos al centro a victorear al Lázaro. ¡Viva Lázaro de Venialvo! ¡Viva!*

En medio del gentío íbamos las dos renegadas por primera vez juntas y tan cerca. Me gustó su cara limpia y su olor a guayaba madura. Estaba asustada y contenta. Todos coreábamos canciones y agitábamos los brazos. Entramos al cabildo cuando leían la toma de posesión de los nuevos gobernantes. Juraban el Lázaro como maestre de campo y Cristóbal de Arévalo como justicia mayor: el uno como jefe militar y el otro —¡ay, fatalidad!— como mayor autoridad civil. Quién iba a decir, en medio de esa alegría, lo poco que faltaba para que la traición de Arévalo acabara con la vida del ardiente Lázaro de Venialvo. El cura no estaba en la iglesia así que la mujer se animó y entró a dar gracias por todo, no sabía bien de qué, pero decía que a Dios siempre hay que agradecerle. Estaba contenta, aunque algo le decía que si Garay hubiese estado en Santa Fe, por esta luz, que también iba a parar a la cárcel. Y se le escapaba el motivo principal de la revuelta.

Esa noche amanecieron en su casa: hubo luz, canto y baile; se oían las risas y las carcajadas hasta varias manzanas a la redonda. Y los brindis por la libertad.

—¡A tu salud, Ana! —gritaban.

—Ana: ven a cantar, que lo haces muy bien.

—¡Por tu madre, Ana, que eres una tía rechula!

—¿A que no adivinas quién es éste? —decían encogiendo la cara y agriándola con visajes duros.

—Gr...

—¡Cara de Perro! —contestaban con exclamaciones y fuertes risas.

—¿Y éste? —esta vez remedaban al señor cura arriba del púlpito señalando con el dedo a imaginarios pecadores.

No faltaron los rengos, tuertos, barrigones. Pero de quien más burla se hizo fue de Juan de Garay. Ahí supimos, ella y yo, que era el más aborrecido. La mujer tenía ligeros temblores cuando hacían gestos de torcerle el pescuezo. ¡Qué situación extraña! Tantos hombres odiándolo mientras las dos únicas mujeres presentes lo amaban. Y respirábamos aliviadas por su ausencia, ya que ausente lo sabíamos vivo. Sin hablar conocíamos el pensamiento que cada una tenía. Descubríamos que si estábamos alegres era porque Garay se había salvado de los efectos de la revuelta.

Pero poco iba a durar la alegría de los mestizos. Al día siguiente todo era sacudimiento y luto. Cundió el pánico. Arévalo vendió a sus amigos: hizo matar al

Lázaro y a los otros jefes de la conspiración. A la tarde los siete fueron descuartizados en la plaza. Repicaron las campanas de las cuatro iglesias. Algunos mestizos huyeron por el camino a Córdoba; otros cruzaron a la isla y los que no tuvieron tiempo de ocultarse recurrieron a nosotras que vivíamos apartadas. El que se ocultó en mi casa era un muchacho callado que la noche anterior había reído y cantado como nadie. En lo de esa mujer se guarecieron tres, porque ella tenía sótano y habrán pensado que allí pasarían inadvertidos. Cuando vinieron a buscarlo salí a la puerta y dije: «aquí no entráis, que es casa de putas».

—En putas nos cagamos y maldita sea la madre que te parió —contestaron.

Eran muchos. Comprendí que no debía jugarme disparando sobre alguno de ellos. Después me juzgarían. Todo se fue en discusiones hasta que dijeron:

—Primero llevarse a los puercos mestizos; después volver por ellas, y no a cogerlas, que no se nos hinchan las higas por putas.

Los que decían esto eran unos hombrecitos esmirriados azuzados por sus mujeres que, un poco más atrás, también gritaban.

—¡A callar, gallegos! —fue lo único que se me ocurrió contestar.

Así que forzaron mi puerta, entraron y se llevaron al infeliz que había tenido la mala ocurrencia de correr hasta mi casa buscando protección. Hacia la tarde vinieron más de cuarenta, entre hombres y algunas mujeres, y querían tirar abajo la puerta de aquella mujer. Así como llegaron los gallegos comenzaron a apedrear y a destrozar las cercas yéndoseles la boca en insultos y amenazas. Ella se tapió en el sótano. Venida la noche, condolido el Blas, fue despacito y sin ser visto, entró en la casa de ella y vestida de hombre la corrió hasta la mía. Otra complicación para mí, según supe más tarde. A la mañana siguiente vinieron y se llevaron a los tres que estaban escondidos en el sótano. Pero a ella no la hallaron. Entonces vuelven provistos de picas y echan abajo todo lo que encuentran. Buscan adentro y por todos los fondos pero ella ha desaparecido. Más enardecidos se pusieron. En un principio no maliciaron que podría estar escondida en mi casa: todos conocían nuestra rivalidad. Gritan y amenazan. Sobresalen los gritos de las mujeres a quienes sólo se les entienden palabras como: fango, podrido, pecado y especialmente una que resalta entre las otras: ¡limpieza! Estaban furiosas con nosotras más que con la subversión. Y azuzaban a sus hombres con rabia y encono, con inquina maligna. Algunas habían sido moradoras de la calle del Pecado, en La Asunción, y habían logrado casarse legítimamente; otras llegaron de España casadas por poder y sus maridos eran unos viejos ridículos que podrían ser sus padres. ¡Limpieza! —vociferaban empujando a sus hombres.

Mientras estaba ocurriendo esto, adentro ella que me pide ropa de mujer, dice que no tolera verse vestida así, de hombre rústico. Mi ropa tampoco le gusta pero se resigna a ponérsela. ¿Cómo —dice— *una mujer joven y hermosa y a más...*, bueno,

niña, y a más «non sancta» como diría el señor cura, vistiendo ropas ordinarias? ¿Qué te dan los hombres —sigue diciendo— a cambio de aquello? Pero, ¿quién te preparó? ¿De La Asunción eres? ¿Y no has aprendido a vivir? ¡Vamos, niña, a esmerarse! ¿Dejas que te saquen lo tuyo por nada? ¿Y a quién te entregas? ¿A cualquiera? Respondo:

—No, a cualquiera no. Cuando no me place: nada. Así es.

—Cuando no te place ¿qué cosa? —preguntó.

—Cuando no me place el hombre.

—¿Sin medirlo lo rechazas? Mal hecho. Hay que ver si no te place la cara, pero si tiene fortuna... bueno, eso no es de rechazar.

—¿Y si no tiene fortuna ni me place su persona?

—Entonces hay que ver si no se quiere casar.

—Sí, quiere —respondo.

—Ni pensarlo, niña; en esta ciudadela: ni pensarlo, cástate.

Y, segura, agregó:

—Es Blas de Acuña, ¿verdad?

Antes del mediodía el Blas, que guardaba el ventanuco, se inquietó.

—Vienen para acá —anunció. Había que defenderse y empezó a preparar el arcabuz. Yo saqué el mío, más las municiones y pólvora que disponía para el caso de algún ataque inesperado de los indios. No bien preparamos las armas empiezan a golpear la puerta. Fuertes golpes y aderezos de insultos. Con un arcabucazo quieren destrabar la puerta. Por el ventanuco el Blas también amenaza:

—¡Atrás, que disparo! ¡Dejen tranquilas las mujeres!

—Puerco mestizo, también rendirás cuentas.

Se dividieron en dos: el grupo mayor quedó retirado como a cinco varas, y el otro empezó a tirotear. *Por Dios, María* —dijo el Blas— *quédate acurrucada al lado de Ana. Ahí, en el rincón, las dos.*

No me gustó hacer de mujer inútil cuando yo manejaba el arcabuz mejor que muchos hombrecitos.

—Sí, ven conmigo —dijo la mujer.

Mientras él tiroteaba cuidando su cabeza desde el ventanuco y afuera los gallegos desafortunados parecían fieras, la mujer, aferrada a mis manos seguramente para aventar el miedo, me preguntó cuál era mi nombre. Extraño caso —me dije para mis adentros—; estamos aquí, pegadas a la pared, tomadas de la mano, cuando hasta ayer nos desconocíamos una de otra y ni siquiera sabíamos nuestros nombres. Pues bien, una vez más, como en las guazabaras que dábamos a los indios en el campamento, venía a confirmarse aquello de que el peligro une a las personas. Así que le contesté:

—María Muratore.

Había palidecido porque le corrió un frío por todo el cuerpo. Entonces va y dice:

—¡Dios mío, es mi fin!

Se puso de pie. Temblaba. Va y abre la puerta cuando ni el Blas ni yo imaginamos que haría eso. Un arcabuzazo la tumbó para atrás. Vi cómo se revolcaba de dolor. Aún en mi rincón y sin tiempo de incorporarme, vi que la golpeaban con la culata del arma. Tomé la mía y disparé. Me contestaron, pues sentí algo tibio que me chorreaba por el vientre y hasta las piernas; alcancé a oír que la mujer clamaba:

—No maten a mi hija; mátenme a mí; solamente a mí.

Volví de la isla a cuidar de la María que no curaba de su mala herida. Arisca, sufriendo para adentro, amojosaba con emplastos su vientre y con silencios su alma. Salí de mi escondite y entré al lado de la mujer que me traía trastornado, cuando vine a saber que seguía enferma y sola, después del barullo con que escarmentaron al Lázaro y otros partidarios y con que escarmentaron a la Ana Rodríguez. Ana Rodríguez murió en aquel entrevero y de balde lidié para defenderle la vida. ¿Qué mal les hacía con su galanura esa mujer, Ana, siendo nomás meretriz educada a lo grande, fina, conocedora de versos, con un corazón de miel que a nadie ofendía? ¿Qué se les puso a esos señores de mucho entrecejo para juzgar lo que sólo a Dios, como único mandante y opinador, se reserva y a nadie más con derechos? Siempre he tenido a las meretrices como madres huérfanas, medioángeles sueltos por el mundo para alegrar el corazón de los hombres machos, conjuradoras de soledades, dispuestas a brindar a cualquier hora, y a quien fuera, el perfume de su misericordia. Son gráciles cuando jóvenes, finas cuando envejecen. Más corre la vida en ellas, más delicadezas acopian, porque todas son señoras del sufrir y del mercar, y de ambos negocios mantienen libre el corazón. No soy hombre de repudiar putas. Antes bien las respeto y nunca digo «de esta agua no beberé», como esos señores de mucho rezo que antes de tener mujer propia holgaron con cualquier pobre india arrancada de sus leyes y nación.

¿Qué, sino beneficios, les daba María Muratore, saliendo a las guazabaras a ensuciar su hermosa cara y su mano suave, más valiente que muchos cajetillas, cuando calzaba el arcabuz y escupía tiros que volteaban al enemigo; cuando los recibía en sus calideces, sin merecerlas? Siendo las dos mujeres solas, así demostraron su hombría esos gallegos a quienes el amor les junta bilis.

María fue saliendo de la fiebre tan sin prisa como de las puras figuraciones donde la sumía el delirio, ambas cosas fueron reculando, poco a poco, hasta que la dejaron libre, vuelta a ser ella en su mismidad. Pero ¡qué! Esa es otra tristeza que después vendría a ocupar su propio lugar. En los ratos de sosiego preguntaba quién era yo y qué estaba haciendo propiamente a los pies de su cama. Después volvía a caer en los abismos de donde no quería salir con razonable causa: aquella vida dura de guerra y de trabajos, agachando la cabeza ante ceños fruncidos, sin holgura, no se apropiaba con mujer joven y bonita. Los verdes ojos que conocí altivos se opacaban con cortinas oscuras que ella tendía. Se iba en ayes. Cuando le limpiaba la mordiente, y, entre la amarillez sanguinolenta, aparecían las palomas de ojos rosados que eran sus tetitas, temblando palpitantes en su dureza, bien entendía yo que de tal manera había sonado la hora y turno para mí, que se presentaba con dulcedumbre triste, un goce hachado, medioencanto, mediocielo, medialuna, mediobeso. ¿Me conformaba? No, sino que me sostenía la esperanza de ganarle esa pelea a la muerte.

Ni quería mediamujer ni mujer de otro. Ese fue un dolor que después sufrí,

cuando mi muertecita quedó para mí y ya no era ella. Deshabitada. Desalmada. Tetitas frías, boca seca, ojos sólo verdes.

No quería mediamujer sino aquella María hembra hermosa, vestida con falda y mantilla de tul, oliendo a lo que tiene que oler una mujer, rosada de piel y de andar grácil, brillándole los ojos y rompiendo una frutilla en los labios. Esa mujer quería yo, pero tenía una agonizante de agonía mala.

De su mano caliente recuerdo un lunar en el índice; de su hombro una bruma; de su ombligo un pozo de dulzura; de su cuello un pañuelo; de su pelo un reverbero azul. Cada quejumbre un llamado, cada sed una lumbre que se enciende en medio de la noche, cada lágrima el río. Y cuando digo río me estoy refiriendo a éste, al único que mis ojos conocen, al gran río de muchas venas, que viene naciendo de adentro de la selva brasileña y baja abriendo calles de sol en un como bramido de animal, y en su propia sangre pare islas verdosas y cobija el sueño de los yacarés. Como las aguas de este río eran sus lágrimas cuando lloraba. Entonces, sumida en sus honduras, no me rechazaba, y yo tenía para mí, ¡ay del ay!, solamente mediamujer de aquella María que había conocido a la venida de La Asunción. Yo no quería mujer encuevada en su alma, y más castigada de dolores, pero como el amor es generoso ahí me quedaba a pelearle a la muerte la vida de mi muertecita. Cuando no lloraba era puro quejidos. Pedía que la despenara. Sufrir sufre el hombre, pero la mujer ¿no tiene suficiente con su dolor de parto? Nunca he podido ver sufrir a una mujer y másmente a la que yo quería. Viéndola acortada de ánima y tan sudorosa, me preguntaba por qué habría ella de tirotearse con los gaitas, si el asunto no era propiamente con su persona. De quedarse quietecita en el rincón, donde estaba aquel día acurrucada con la Ana Rodríguez, nada le habría pasado, por esos acasos. Pero ¡qué! ¿no viene que sale disparándole un arcabuzazo al gallego que mató a la Ana Rodríguez? ¿Por qué le tendría que contestar? Y justo cuando le pegan el tiro viene a enterarse que Ana era su madre. La desgracia de los aconteceres. Así es la fatalidad: no se presenta sola. Mi María era un solo grito pidiendo que la despenasen. Su herida no curaba ni la fiebre cedía. Viendo que los emplastos ni las curaciones la mejoraban, un día cobré ánimo y me decidí a jugar el todo por el todo. Apreté la viscosidad purulenta hasta que ella se desmayó. Puse el cuchillo al fuego y escarbé adentro de aquel vientre esquivo: lo saqué. Las sajaduras, ya se sabe, son macabras. Entonces —hombre acostumbrado a aguantar desgarraduras— aquello era como el parir de la mujer: ronco ronquido del ánima hacia fuera de sus interioridades. Cuando hallé las cuatro bolitas de municiones me sobrevino una gotera de sudores, o más bien un puro pasmo de frío. De esa, mi María sanaba o se moría del todo, ya que el destino estaba en plenas definiciones.

Ahora, que los orgullosos se van yendo olvidados de todo el mal hado de penurias que nos hicieron pasar, ¿puedo yo dejar aquí abandonada a mi muertecita, para irme

por esos caminos de confusión y barro, sembrados de ponzoña y de quiloazas?

Las municiones negras, la sangre ladrillosa, el cuchillo terroso, mi amada blanca, todo lo tengo patente en esta caja de la memoria que no funden ni deslavan los años más bien los acomodan con mayor recogimiento para que salte el corazón. Yéndose los soberbios, ya olvidados del dolor que me causaron, brinca el corazón como entonces, cuando vivía mi muertecita y yo pendía de sus párpados. Si gemía: por eso. Si callaba: por lo mismo. Si deliraba: por la fiebre. Si tiritaba: por la muerte. Si me miraba: por lo que vendría. Si de noche: porque mañana. Si de día: porque siempre. Así fue el tiempo de su enfermedad. Todo enfermo es un morador de Dios: ve sus ángeles; siente el infierno. Está sagrado. Sin embargo apelé: le di cauterios de fuego, que otra física no tenía. Se me iba el alma en hacerlo. Sajé y cautericé. Después todos los días limpiaba la herida con un hervido de yuyos y nunca le faltaron paños de agua fría en la frente. Filtraba el agua que le hacía tomar a sorbos como los pajaritos. Cuidé su huerta. Lavé su ropa. Y la amé, contemplándola. Había llegado mi hora; el triste tiempo de mi valimiento. En cuerpo entero era para mí; día y noche la tenía para mí. Pero ella no estaba: perdida, vagando. Ella: desalmada, fuera de su mismidad.

¿Valía la pena? La esperanza hablaba por mí. Llamé al cura de San Francisco cuando la vi más sumida en honduras. Le dio la extremaunción y nos unió en matrimonio. La esperanza daba sus volidos en la carne de mis pensamientos. «Ten fe» —dijo el cura antes de marcharse. Pero el temor a perderla, si se curaba, me volvía en ramalazos. Volidos de esperanzas; ramalazos de miedo: eso era yo en ese tiempo.

Y ella, dentro de su noche, como si me rigoreara. Hasta que un día entreabrió los ojos sin luces:

—Soy yo, María: Blas de Acuña —dije. Tantié un reproche y me callé.

¿Es de noche? ¿O ya vienen, traspasando cortinas de negrura, las primeras gotas de albor a filtrarse en ese cuarto donde despertaba llorando a gritos porque no me llevaran los diablos que a esa hora andan sueltos? De las quince esquinas del cuarto se levantaban por los aires escaleras donde subían y bajaban los demonios y el Oscuro. Ya han entrado —comprendía— y desde ese momento era aprisionada por lo que sucedía en los rincones polvorientos, mojados por las gotas de los velones. Las velas iluminaban recovecos poblados de revuelos y embestidas. En una esquina san Santiaguito atolondrado por tanto ajeteo que le descabezaba el caballo alzaba furioso su espada chispeándole los ojos. San Santiaguito luchando con los demonios y yo mirando todo desde mi cama, sabedora de que en cualquier momento vendrían por mí. Con tantas guerras esquineras el santo quedaba chumuco, mal montado en su caballo, indignado de santa indignación. Cuando el Oscuro, dando el salto al frente, quedaba solo debajo del velón para luchar con san Santiaguito, yo lanzaba un grito y me tapaba la cabeza. Venía entonces a consolarme la negra Encarnación, en enaguas, y con la boca olorosa a limas:

—A callar, niña, que el miedo te tiene a mal traer. El patrón duerme. ¡Cuidado!, él es muy bueno pero no quiere majaderías. ¿Sabes por qué gritas de noche? Tienes la cabeza liviana, niña, y estás queriendo algo que yo me sé. Ven a mi cama que estoy sola; el maldito negro me abandonó. Y tengo al reventar, como botones de virreinas, unas tetitas que te daré a chupar...

Negra cochina. En la cama su olor era ácido y repugnante. ¿Es de noche todavía? ¿O ya viene la primera espuma de claror? ¿Nadie siente esa exhalación tibia, larga y punzante, que corre por el costado de la cara, se detiene junto al oído como lastimero suspiro, y va a tumbarse en la esquina más negra del cuarto, donde permanece anhelante? ¿Nadie más que yo oye esas cosas? ¿Por qué me persigue el Oscuro?

Esta noche de desgarramientos no es como aquella otra, casi olvidada, cuando en lugar de la negra Encarnación entró él, rodeado de silencio. Me tocó sobre la manta y se acostó a mi lado, hombrón acezante, patrón quimérico, a hacer lo que los perros en la cuadra. Ya los perros, que trajinaban ajenos a la gente, sometidos a sus juegos de olores y fatigas, encabritándose en sus rojeces, poseídos de ceguera cuando lamían sus entrepiernas, me atraían. Curioseaba. Me asombraba. Estaba sola, sin madre para preguntarle. Así que no me asombró que él oprimiera con sus manazas las dos flores de virreinas que, al igual que a la negra Encarnación, me reventaban en el pecho. Después fue bajando la mano hasta llegar allí, a mi cachuchita, donde ahora están escarbando con un cuchillo. Algo nuevo venía ocurriéndole a mi cachuchita desde que seguía a los perros en sus travesuras y juegos de rojeces, algo nuevo le venía ocurriendo, y yo sin madre para averiguarlo. ¿Qué le ocurría para ponerse como un bicho picudo, peludo y chorreante? Eso me hacía gritar por las noches, según la negra Encarnación. Eso a él debió gustarle, porque desde aquella noche vino muchas más a

buscar mi cachuchita, y a besarla, y a hacerla hablar y quejarse y suspirar y, a veces, hasta la hacía gritar y no de miedo sino de placer, porque después de aquella noche el silencio ya no le importaban a él ni a mi cachuchita. La negra Encarnación bien que comprendió, porque dijo:

—¿Ahora ya estás bien, niña? ¿Has visto que el patrón no quiere majaderías? Mujer quiere él, y tú varón. La negra quedó triste porque el patrón ya no viene más con ella, ahora tocarte a ti. ¡Que te aproveche!

Y todas las noches aprovechaba el ardor que uno a otro nos pasábamos, insaciables. Lo quise. Me amó. Tiempo después Alonso Martínez empezó a hablar de casamiento; él era dos veces viudo y estaba loco por mí:

—Voy a disponer mis bienes: quiero tener todo en orden para desposarte.

Hombre maduro, con hijos de sus dos matrimonios que se oponían a un tercero. Alonso Martínez, temeroso por mi futuro, como a la niña de sus ojos me cuidaba. Que no fuera frío mi cuarto; que se me viera bien; que me sirvieran criados, que aprendiera a montar, a tirar, a leer, a escribir. Que mi cuerpo; mis necesidades; mis deseos. Que luciera, que gozara, que me supiera defender. Que todo sí para mí.

—Ninguna hembra como tú —dijo un día—. Ni siquiera tu madre.

Ahí fue que me volvieron las ganas de gritar. De nuevo me sentía como cuando el Oscuro y los diablos me asediaban. Evitaba hacerle la pregunta que me tragaba para adentro: «¿Cómo era mi madre?... ¿Tú la conociste?».

Tanto llegó a conocerme mi padrino que mi callar le habló con claridad. Y queriéndome como él me quería comprendió que ese punto se prohibía de ahí en más entre nosotros.

—Perdonarme, María. No se hablará más. —Más próxima estaba la boda, más amante se ponía. La víspera, adobados los lechones, la volatería, los embutidos, los jamones; aderezada la carbonada, los callos, las mandiocas; preparadas las nueces, las frutas, el amasijo; listos mi vestido que me había cosido Isabel Descalzo, y su traje de novio; contratada la misa de esponsales; tendidas la mesa y nuestras ansias, ¿no viene que se me muere en pleno lecho, en el más frenético abrazo? Si pareció cosa del Oscuro o de las hijas de mi padrino que tanto se oponían a nuestra boda. Se tumbó como un pajarito aterido. Corrí por él, pedí ayuda. De balde fue que lo llamara con mis besos y que lo cubriera con mi calor. Entró la negra dando alardes y luego vinieron las hijas y yernos de mi tutor. Todos sombríos, despreciativos. Me trataron como a una asesina.

—¡Qué vergüenza! —decían las hijas escupiéndome el rostro, mientras sus maridos retiraban el cuerpo de mi cuarto.

—Se te fue la mano, mosquita muerta —dijo la negra mirándome ella también con reproche.

Esa misma noche fui arrojada de la casa donde me había criado y donde, pocas

horas más, iba a revistar como dueña y señora. ¿Decir lo que sufrí? ¿Decir lo que lloré? ¿Decir lo que Alonso Martínez fue para mí? Me refugié en casa de mi costurera que vivía en la calle del Pecado y cuyo padrino llamado Celestino Descalzo velaba por ella casi como un padre. Isabel Descalzo me acogió en su casa, pero yo no encajaba con la profesión que llevaban las mujeres que vivían en esa calle. En lo de mi padrino había aprendido muchas cosas y una de ellas lo hacía muy bien: manejar armas. Mi fama creció y ningún hombre quería tener historias conmigo. Se cuidaban de cortejarme. ¿Para qué entreverarse con la María —decían— habiendo tantas indias hermosas que gustosas se entregan a los españoles? Algunas de ellas estaban emparentadas con caciques y jefes de tribus principales, y muchos pobres diablos se veían de pronto, por estas alianzas, disponiendo de gran cantidad de brazos para el trabajo en sus tierras. Por el solo hecho de vivir en tal calle fui catalogada como meretriz, así que cuando Juan de Garay me propuso salir de La Asunción para ir a una nueva fundación, Paraná abajo, acepté. Juan de Garay me recordaba a mi padrino; como él era español, maduro, cazarro, bien parecido, galante.

—Si hay que esperar, esperaré —me dije. Pero él no se fijó en mí. Tenía su propia amiga que hizo venir de Lima o del Brasil. Esa mujer.

—No importa; si hay que esperar, esperaré.

Ahora me están hurgando mi cachuchita con un fierro caliente, me escarban con un cuchillo adentro del vientre, y me queman con fuego justo en el lugar donde se asienta el placer. ALGUIEN ME ESTÁ CASTRANDO. Alguien que seguramente odia el amor me está castrando para que nunca más lo sienta. Alguien en este vendaval de cosas que me sucedieron deslava la tentación: me vuelve estatua. Me aparta de quien quiero; me quita la voluntad. Alguien confina mi cáliz. Me arranca el espíritu. ¿Qué queda de mí? Opacidad. Vacío. Medioencanto. Mediocielo. Medialuna. Mediobeso.

¿Es de noche? ¿Viene el claror? ¿Hasta cuándo durará este sacrificio? No logro ver la cara del verdugo porque le llueven cortinas de agua. Su cara chorrea agua. Entre vapores veo que Alonso Martínez viene viniendo de adentro de la niebla con los brazos extendidos hacia mí. Pero esos brazos que envolvían vigorosos, están débiles y transparentes de huesos. Pura osamenta. Le grito que me están castrando y echa a llorar por la desgracia que me ha sobrevenido. No puede ayudarme: él mismo es amarillez y ojeras. Aquella boca de ventosa, que se llenaba de promesas y dulces palabras, es un agujero negro y maloliente. Todo él tambalea y cruje. «¡¡Qué triste — pienso—, qué triste! Yo castrada y él muerto». Busco sus manos y cuando las encuentro se deshacen en cenizas. ¿Dónde fue a dar nuestro amor, Alonso Martínez, tutor, amante, esposo? ¿Tanto puede despojar la muerte? ¿A quién iba a llamar en este trance sino a ti, ahora que me encuentro a merced de un castigador despiadado que revuelve un cuchillo en mi vientre, sacando venganzas de mi cachuchita? Te veo una

sombra de lo que fuiste, tristeza sin consuelo, ya sin el recuerdo de la pasión, de los besos. Para verte así tuvo que pasar lo que ha sucedido, venir a esta ciudadela a conocer a esa mujer, desquererla, saber lo que finalmente supe, tanta humillación y pena y rabia. ¿Para esto me iniciaste en el amor? ¿Fue para hallar las mil caras del Oscuro que me acosan desde las quince esquinas del cuarto; para esto navegué por ese río lleno de víboras y me bañé de pólvora en cada guazabara? Te estuve buscando en otros hombres, especialmente en aquel que mucho se te parecía. Pero tú, amante mío, esposo mío, Alonso Martínez, que me criaste y amaste, nunca más volverás a ser aquel comunero vigoroso que alentó el corazón de una niña abandonada. Mi suerte fue encontrarte y mi desgracia perderte.

De la niebla se despega su figura, y del sitio donde mi padrino me alargaba sus brazos flacos y débiles viene un olor nauseabundo. Se ha ido. Me ha dejado para siempre. Se me hiela la boca en alaridos. Pero no logro sacar un grito.

—¿Quién es el castrador? —pregunto. Pero no me contestan. Hay como volidos en las esquinas oscuras. Desesperada, vuelvo a preguntar:

—¿Es el Oscuro opacador de luces, el austero, el compadre envidioso, el desganado, el húmedo que todo lo seca, el sinlabios, el capado, el domador de ansias, el apático?

¿Quién así tanto me detesta? ¿Quién me está maltrechando?

Entonces, saliéndose de la oscuridad de las esquinas, los demonios, bailoteando descarados alrededor de mi cama, contestan: «el señor cura»; pero otros que se están descolgando del ventanuco corrigen: «Cara de Perro». Y se entabla una letanía:

—¡El señor cura!

—¡Cara de Perro!

—¡Cara de Perro!

—¡El señor cura!

Cuando el acoso de los diablos está a punto de ahogarme, san Santiaguito llega con su caballo y su espada. Pelean. Desparramo. Los diablos saltan por la ventana chillando, malheridos, tuertos, destripados y me llega a los oídos una voz como salida de alguna garganta mestiza que, alcanzo a entender, me está diciendo: «soy yo, María, Blas de Acuña»...

¿Alguien sabe lo que es la resignación?

Ana fue enterrada en el camposanto y María, cuando estuvo en condiciones de desear, mandó al maestro de artillería y campanas que le fabricara una lápida de bronce donde hizo grabar la siguiente escritura:

*Ana Rodríguez me llamo
y aunque abjuré de mi hija
en la muerte la reclamo.*

*Si María Muratore
es hija que me perdona
que me lo diga con flores.*

La tumba estaba siempre desnuda, daba pena verla en ese estado. ¿Ónde se ha visto que una mujer tan delicada y galante sufriera después de muerta una afrenta tal de abandono? Estaba seguro de que Ana penaba por ello, y, a la vista de la tierra seca que la tapaba, empecé a llevarle floripondios de perfume profundo, como el que ella derramaba en vida. Un lunes, de vuelta de una recorrida en procura de leña, encontré que mi María, arrastrando su pierna se había llegado al cementerio con un mazo de flores. Se vino caminando, sola, con su brazada de perdón. Desde entonces, todos los lunes, hacía la caminata, y yo la dejaba irse sola, sin ofrecerle mi brazo, porque hay cosas de propiedad íntima de la persona que no se deben trasponer. En aquellos momentos, cuando al parecer se recomponían el corazón y el cuerpo de mi muertecita, ¿no sería que su madre Ana Rodríguez habría estado rezando por María y por mí, para que traspasáramos las vaguedades y se produjera una buena disposición? Soy hombre de paciencia. Me gusta imaginar lo que espero. Con anzuelo o con red, durante horas, durante noches enteras, en mi canoa, paso aguardando mi pesca. En cambio al espadín lo tengo guardado, y sólo lo saco a relucir en momentos de pura necesidad, cuando, por esos acasos, se exponen mis virilidades o me están provocando al corazón. Soy, más bien uno de esos «hombres de garrote» sólo para las cosas de la opresión y del gobierno.

Por eso dejé al tiempo la decisión: que mi María me entrara a amar como a varón compuesto de ansiedades y pecados, o que me apartara para siempre de su vida como yo le había arrancado las municiones de su vientre. Así, ella iba recomponiendo sus adentros con la memoria de su madre, Ana Rodríguez.

Muy atrás, en los despueses, vino a saberse en Santa Fe la historia de esa mujer. Y era que estando en las Españas ella, Ana, supo que doña Mencía de Sanabria se preparaba a acompañar a su marido el Adelantado en una travesía a La Asunción, y que estaba juntando un ramillete de mozas casaderas para entregarlas como consortes a los fieros españoles que allá, en La Asunción, se disputaban el amor de las mujeres

guaraníes. Al verla doña Mencía juzgó que la coloración caliente de su piel, el pecho alto y redondo, la fineza de la cintura, más el natural misterio de sus ojos quemantes, la hacían prenda propicia para la fortuna de un buen matrimonio a la española. Si hubiera sabido que era ducha en sortilegios y perfumes, experta en cantos y guitarra, conocedora de modas y que, además de elegante, ansiosa, huérfana, era apasionada, no la hubiera incluido en la expedición. En el viaje traía los ojos prendidos en el agua y la boca suspirosa como deseando más una aventura que hallar un marido gordo y de modales ordinarios. Así, pues, cuando la nave tuvo la mala suerte de encallar frente a la costa del Brasil, ella se apuró a poner pie en tierra y seguir a la tentación. En cuestión de días la ansiosa Ana Rodríguez halló lo que buscaba, entreverándose con un portugués de averías que la llevó a vivir con él. Pero, cuando el barco estuvo recompuesto, ella se presentó de nuevo pidiendo continuar el viaje, a lo que doña Mencía accedió, por ser gran conocedora del corazón humano y porque sintió lástima por ella.

En el remonto del río, mientras las otras soñaban, o simplemente rodeaban a doña Mencía para escuchar su conversación, Ana Rodríguez, sola, sentía agitarse en su seno un ser indeseado y molesto, que agravaba su condición de joven soltera y huérfana. Eso mismo sería un obstáculo para poder casarse. Sintió a ese ser desbaratarle sus ambiciones cerrándole las puertas que creyó se le abrirían, con un casamiento ventajoso, y arrebatándole para siempre la riqueza, la elegancia, el porvenir venturoso. Y ante la pérdida de tantos bienes deseó la muerte de ese ser que, sin embargo, siguió palpitando. A medianoche, cuando el paje, llevando la bitácora, cantaba el

*Bendita sea la hora que Dios nació,
Santa María que lo parió,
San Juan que lo bautizó...*

ella se hundía en cavilaciones sobre lo que sería su nueva vida en La Asunción. No era que se desdecía de lo hecho con tanto placer y aceptación, sino que ese placer era ensombrecido por el mal pago que tuvo de parte de su portugués. Alegrementemente, como la encontró, el portugués la dejó marchar, sin proponerle nada seguro, ni siquiera cuando ella le comunicó la noticia del embarazo. Ana viajaba apartada de las otras jóvenes; por recato no aparecía delante de la Adelantada, y para no provocarle disgusto. Cuando doña Mencía se enteró de la situación habría dicho:

—No hablarme de esa infeliz: me ha hecho fraude. Va a necesitar la ayuda de Dios, que no la mía. Con que ¡hala!, con su pan se lo coma, que sarna con gusto...

Al llegar a destino toda la población los esperaba en el puerto. Viejos curtidos por las guerras alardeaban de mochuelos, vestidos de jubón de raso de Castilla que

desempolvieron de los cajones, junto con sus ropillas de bohemio; algunos gastaban camisas de holanda con cuellos guarnecidos con puntas de pita que sólo usaban en las grandes ocasiones; otros calzones de terciopelo y sombrero o casco para el sol paraguayo que calentaba su sangre como si fueran mozos. También se veía mucho muchachón de piel quemada y ojos prepotentes que se burlaba de esos viejos ridículos que eran sus padres o padrinos. Modales a la que te criaste, aires de insolencia, número incontable, estos mancebos llenaban todos los lugares desperdigando su vigorosa naturaleza. No tenían pena del color moreno, antes bien era un signo de novedosa ley. Y oficiales con sus trajes brillantes, dando órdenes. Pocas mujeres vistiendo sayas de terciopelo suave, adornadas con gargantillas o saboyanas de grana. En cambio, iban y venían muchas indias, descalzas, con su pelo largo y renegrado y sus ojos dulces y sonrientes, echando interjecciones en guaraní cuando bajaba la Adelantada y su séquito de mujeres blancas. Les daba risa verlas venir de lejos en busca de esos viejos libidinosos que ellas tenían rendidos a sus pies.

Ana bajó sola, que nadie la esperaba. Mientras las otras mujeres eran presentadas por doña Mencía a los oficiales y caballeros presentes, ella buscó deslizarse por los corrillos de gente sin lustre, arrastrando como podía el arconcillo donde guardaba sus elegancias para mejores épocas. Sin embargo, entre tanto ajetreo y gritos desmedidos, entre la barahúnda de exclamaciones, carcajadas, forcejeos, la Adelantada no la había olvidado: un chico pelirrojo se le acercó a ayudarla y a trasponer sus bártulos hasta el hospedaje:

—Me manda doña Mencía: sígame.

—Puedes menos que yo. Deja, me las arreglaré sola; sigue tu camino.

—La dama que me envía ha ordenado que la ayude y la conduzca al hospedaje.

—¿Eso dijo ella?

—Lo juro. Y también ordenó que no intente hablarle porque no la atenderá.

—Bien. ¿A dónde queda esa casa?

—Retirada del puerto.

—¿Muy lejos?

—Como una hora de camino. Pero yo llevaré todo... Al fin y al cabo... ¿qué importa lo que diga la gente? Usted ha vivido ¿no es cierto? Ya no le pueden quitar eso...

—¿Qué sabes lo que yo he vivido?

—La barriga, doña Ana, la barriga.

—Insolente. ¿Cómo te llamas?

—Sígame usted, que tenemos que caminar largo trecho hasta la calle del Pecado.

—Jesús, María y...

—Eso. Dijo que María debía llamarse, de ser mujer.

—¿Quién?

—Vuestra hija, doña Ana.

—Basta. Vamos allá. Estoy tentada de darte pescozones. Y a la Adelantada: que descuide. Le dices que no sabrá nada de mí.

—Así se habla, doña Ana. Cuando nazca la criatura podéis avisar al padre, seguro que no resistirá venir a conocerla. No; más bien correspondería que fueseis vos misma en persona a buscarlo, sin el crío. Él, ansiando conocerlo, quién lo duda, se vendrá, seguro.

—Pero, ¿qué está diciendo este infeliz? Te prohíbo meterte en las cosas de mi alma y de mi cuerpo.

—Del alma y del cuerpo...

—Me darás, en cambio, novedades de La Asunción: soy muy curiosa.

—Lo sé, doña Ana, lo sé.

—Yo ni siquiera sé tu nombre. ¿Cómo me dijiste que te llamas?

—Ya se lo dije: Sálocin.

—¿Sálocin?

—Es que mis padres eran caprichosos.

—Nunca oí tal nombre.

—Sin embargo es igual que el vuestro.

—¡Hala!, majadero. Andando a esa calle del Pecado.

—Andando.

La calleja era bulliciosa y empinada. Como caía la tarde en los zaguanes había candiles prendidos, dando la bienvenida. Risas de mujeres se mezclaban con las varoniles. Del interior de las casas salían cantos y música. Todavía no era, sin embargo, la hora en que hombres y mujeres se tomaban su trago de felicidad. Aún no habían empezado las bailantas. Ana sintió que su paso era observado por la curiosidad de los moradores. La noche aún estaba sin descender sobre la cuesta y era posible contemplarla tan joven y elegante, mujer blanca, sola, a esa hora y por esa calle.

El muchacho cargó el baúl y continuaron subiendo la calle despreocupados, escuchando únicamente la población de sonidos que salían al exterior. Acaso en el zaguán más oscuro fue donde se detuvo el muchacho y llamó golpeando las manos, pero viendo la inutilidad de la espera empujó la cancel. El terciopelo se le ajaba y cuarteaba. La cara se le puso roja. Pasaron a un vestíbulo desde donde se abrían varias habitaciones repletas de risas y música. Hombres en paños menores y mujeres semidesnudas ajetreaban por el patio en un ir y venir del excusado que estaba en el fondo ya oscuro hasta las habitaciones. Sofocaba. Era una tarde de verano lastimosa para la carne, como si fuera la primera vez que el sol se echaba sobre el mundo. La casa parecía un gran huevo puesto a empollar debajo de una clueca gigantesca. En la última habitación desocupada entró el muchacho seguido por Ana. Dejó el baúl en el

piso de tierra apisonada. Una cama revuelta de mantas, un mosquitero negro por el uso, palangana con su jarra de loza y un banco arrimado a una mesa era todo el mobiliario. Nutrida invasión de zancudos salió a recibir la carne nueva recién llegada.

—Como verá no son muy corteses estos zancudos. Tendrá que dormir con mosquitero; se la comerían. Huelen la sangre nueva y arremeten.

—¿Quién es esa gente que vive en esta casa? —preguntó Ana.

—No tendrá usted inconveniente de mezclarse con negros o indias, ¿verdad, doña Ana? Aquí estará acompañada hasta que nazca el crío.

—¿Sola?

—Le conseguiré un buen servicio.

—Quizá sea hora de saber que no cargo dinero. Ni joyas.

—No es asunto de preocupación.

—Pero, ¿qué clase de tíos son éstos?

—Rameras, jugadores, ladrones, libidinosos. Gente como cualquiera. Hasta un ex cura vive aquí.

—¡Qué crudezas dices, niño! Más respeto.

—Pero si yo los respeto. Digo solamente que es muy humano este conventillo.

—Cuando me embarqué cuán lejos estaba de imaginar este tugurio. La vida me castigó.

—Vamos, doña Ana, que bien la disfrutó.

—Por una hora de placer, cien de dolor.

A pausas fue preparando la cama. Sacó sábanas y fundas limpias que traía en el baúl, su petaca de cuero, y fue extendiendo una serie de frascos, potes, peines. Finalmente sacó su traje de dormir que colocó sobre la cama. Antes de marcharse, el chico se agenció un velón y un poco de salchicha para comer. Estaba sentada en el borde de la cama cuando sigilosamente entró una india de bellos pómulos y ojos rasgados que le dijo en español:

—Don Celestino manda esta lumbre y una bota de vino; dice que te saluda y seas bienvenida.

—Dile que beberé a su salud.

Bebió unos tragos de un vino espeso y agridulce, vino crudo que después supo era de la cosecha de Celestino Descalzo. Se quitó la ropa y antes de que pudiera sentir la novedad de la cama y de extender el mosquitero, iniciaba su primer sueño en la nueva tierra. A medianoche, sacudida por los zancudos que la desollaban y una serenata que estaban cantando, al parecer, en la calle, se despertó. Desplegó el mosquitero y se durmió arrullada por la hondura de aquella voz nocturna, que cantaba:

*Del sí al no
hay despecho,*

*del no al sí
corto trecho;
Dios mediante
Y san Cristóbal gigante.*

Luego el canto se sintió en el patio, acompañado por instrumentos de viento, como alaridos. Luego se hizo rítmico y varios tambores marcaban el compás; la voz del cantor se hizo jadeante y cavernosa. Por segunda vez Ana interrumpió su sueño. Se levantó. Se asomó a la puerta y vio una ronda de hombres y mujeres negros danzando al ritmo de la música; indias sentadas en el suelo observando la danza y algunos hombres blancos prendidos de sus botas de vino abrazados a las indias. «Es mejor que duerma y mañana salga a buscar otro hospedaje», pensó.

Al día siguiente el muchacho le dijo que ni soñara en mudarse porque solamente allí, en la calle del Pecado y en esa casa, podía pasar sin pagar hospedaje.

—A ésta y otras casas las mandó levantar don Celestino Descalzo, por el amor que tiene a las juergas. Aquí vive libremente el que quiere venir. La casa es gratis.

Pronto Ana comprobó que efectivamente nadie le preguntó nada sobre su instalación en la pieza que habitaba. Todos eran cordiales y obsequiosos. A mediodía los hombres desaparecían de la casa y quedaban solamente las mujeres y algunos niños. Las mujeres cantaban, se tiraban agua hasta empaparse, se corrían riendo a carcajadas, se obsequiaban comida. Las negras eran alegres y las indias inocentes. Se peinaban mutuamente. A veces veía a las indias llevarse a la boca los piojos que lograban sacar de las motas mulatas y una vez que los mataban entre los dientes, los escupían y continuaban expulgando la cabeza. Las indias eran diestras en hacer moños para colocarse entre los cabellos largos y lacios que les caían sobre los hombros desnudos. Era la única mujer blanca de la casa. Pero más arriba de la calle había dos andaluzas y a la entrada de la misma estaban instaladas tres españolas que no se mezclaban con indias ni mulatas. Era tal su desasosiego por las tardes y noches que se olvidó de dormir a su tiempo, dormía de día cuando ya terminaban las bailantas, que no siempre eran de negros sino que a veces arremetían fandanguillos y otros bailes jaleados que los músicos interpretaban siguiendo las indicaciones de don Celestino Descalzo.

Algunas veces, ya idos los hombres, pasado el mediodía entraban algunos indios hermanos o padres de las mujeres guaraníes habitantes de la casa y las arrastraban de los cabellos insultándolas en su lengua con la intención de sacarlas de la casa y llevárselas con ellos. Pero ellas a pesar de las palizas que recibían se negaban a irse con sus parientes; gritaban y ofrecían resistencia. No faltaba quien corriera a avisarle a don Celestino quien llegaba acezando por el calor y la corrida, largaba al aire algún arcabuzazo, gritaba FUERA una sola vez en el patio, y los indios largaban a las

mujeres y se iban. Los más viejos lloraban y le daban razones en su lengua que él echaba en saco roto. Luego en una tina se estaban bañando una a otra, ayudadas por las negras, para sacarse la tierra y la basura que se les pegara en el arrastre. Se pintaban los cachetes, se depilaban las cejas, se hacían sus moños y se ponían sus sayas con hombros descubiertos. Barrido y regado el patio, de nuevo se preparaban para las bailantas de la noche. Todas eran amantes de Celestino Descalzo y de los amigos que él se traía. Antes de caer la tarde Celestino Descalzo mandaba sus canastas con carne —cordero, chivito, pescado—, pan, fruta; mandaba también sus botas de vino, todo de una chacra que tenía. Cuando llegaba salían las mujeres a recibirlo alborozadas, bien acicaladas, algunas rodeadas de niños de piel oscura pero de cabello y ojos claros, mientras ya la carne se asaba en las brasas del fuego que habían prendido y sólo lo esperaban a él y a algún ocasional visitante para empezar a disfrutar del día. A medianoche llegaban los músicos a garlear los restos de comida y a animar la casa.

A Ana nunca le faltó alimento para ella y el ser que crecía en su vientre. Las indias amablemente la servían por pura voluntad, lavando su ropa y limpiando sus enseres. Y aunque ni Celestino Descalzo ni ningún hombre de la casa se propasó con ella, cuando sintió los dolores del parto pensó que por fin había llegado la hora de dejar ese tugurio y de volverse a Santa Catalina junto al hombre que era el padre de ese hijo que estaba por nacer.

Escasamente respetaban la lonja de tierra que parecía una isla en medio del desierto. Hasta por el río atacaban. Vivir vivíamos a los saltos, hechizados por el temor. El temor traía el desencantamiento. Y es que si uno cae en sus garras debe despedirse de la vida: lo cuecen a hachazos, le arrancan los pelos, lo desuellan como víbora que cambió la piel. No hay lugar para las apelaciones ni para los meros espantos. El hombre ha de ser valiente o qué. Recular se puede, siempre que atrás lo esté esperando el triunfo.

Vinieron grandes escaseces de leña, y como viera Garay esta penuria dio el visto bueno para que una caravana de carros con sus carreros, y tres hombres armados por cada carro, saliera campo adentro. Los mataron a todos. Murió don Celestino Descalzo, mi padrino, que fue quien me animó para que viniese acá. Mi padrino murió sin heredero reconocido y me dejó una chacrita que le trabajaba sin paga. Como hombre travieso también dejó establecido que yo para tomar posesión de la chacra debía casarme con una muchacha que estaba en La Asunción llamada Isabel Descalzo. Ante tamaño encuentro decidí mantener fría la cabeza y pensar bien las cosas. No tardó ella en presentarse ante los jueces. Pleitié. Heredo una chacra y me atan a una mujer sin interés para mí. Isabel Descalzo también pleiteó.

Así estábamos. Sí, pues.

Abrumado por el invierno que amenazaba crudo, Garay, antes de irse para el sur, echó un bando llamando a otra partida para salir a corretear tierra y buscar leña, que ya no quedaba una gota para las necesidades. *Todo aquel que quiera alistarse con los carreros para ir en procura de leña a unas diez leguas que venga a la oficina de la gobernación. Acompañan CIEN CABALLOS con otros tantos jinetes bien armados para defensa de las vidas. Yo, el teniente de gobernador.*

Voy y me alisto. Cuando Garay me vio entró a recorrerme de arriba abajo, sacándole chispas a la mirada. Paseó su vista desde mis pies —botas rotas y arrugadas— hasta mi cabeza —sin sombrero ni quepis.

—Bien, Lázaro —me dijo.

—Yo no soy Lázaro.

—¿Acaso no resucitaste?

—Estuve cuidando a un enfermo.

—¿A María Muratore?

—La misma.

—¿Y se curó?

—Es un decir.

—Aunque me gane tu enojo, Blas de Acuña, es guapa esa mujer.

Me callé por precaución. El hombre cauto sabe a qué atenerse, más si hay una mujer de por medio.

—Me alisto en la partida —contesté.

—¿Con qué cuentas?

—Con lo que se ve.

—Suficiente para un hombre de valentías.

Isabel Descalzo, como dije, pleiteó. O el casamiento o la chacra. Yo era un descomedido: quería la chacra y casarme con otra mujer. Puse testigos: que mi trabajo sin retribución; mi devota ahijadura; la pobreza en que me hallaba; que la herencia venía a cumplir lo que las autoridades y mi padrino eran deudores por lo mucho que les serví; que esa había sido la más vehemente voluntad del finado, mediando el casamiento con su protegida como una sobre gracia; que, finalmente, yo ya estaba casado «in articulo mortis» con María Muratore

En esto quedé enganchado en la caravana de la leña. Salimos: cuarenta y tantos carreros con sus carros; veintitantos milicianos, casi todos montañeses asunceños; y la escolta compuesta por CIEN CABALLOS y otros tantos jinetes. Todos bien armados, con suficiente munición y pólvora en cantidad para una guerra.

Guerra hubo y bien dura. Íbamos recatados como perros oliendo el aire. Las ruedas de los carros bien engrasadas, armados hasta los dientes. Los indios, escondidos entre la juncalería del estero, nos dejaban pasar, pero no bien garganteábamos el paso, nos acometían a flechazos. Parecían basiliscos ojeándonos hasta voltearnos del caballo o de los carros, mismamente que con sus bolazos. Como no largábamos las armas, siempre listas, vendíamos cara la vida.

De caer, se caía de los dos costados, mientras pujábamos para abrimos paso entre la granizada marrón. Ocasiones, bordeando lagunales dormidos, detrás de un tacuaral alto, y sin tener nosotros excusas de pasar, se armaba la de San Quintín. Tupasy, madre de Dios, será quien nos ayudaba.

Así, pues, como vieran esos criaturales del infierno que íbamos cubriendo el camino y acercándonos a los bosques, decidieron prepararnos una celada y liquidarnos de una vez. ¡Válgame el cielo ver quiloazas o calcines caer como nubes de tucuras y bañarnos en su lluvia de lazos, bolas y flechas hasta la extenuación! ¡Qué raza! Cae con puntería una de esas bolas sobre la cabeza y ahí nomás queda uno seco, muequeando como lo pilló el entredicho. Si alguien va, como le ocurría ir al negro Antonio Cabrera, músico y carpintero de la iglesia de San Francisco, pensando en su condición de esclavo y ansiando libertarse de la perra vida a que estaba subyugado desde su nacimiento, entonces podía suceder que algún quiloaza consiguiera bajarlo del carro de un lanzazo y arrastrándolo de los pelos enderezase con él hacia el grueso de la indiada. Clamaba socorro el negro y yo, que siempre tuve pasmo de admiración por su voz de profundidades acuáticas, pensando en lo mucho que perdían los oídos si se apagaba la garganta de aquel arrogante, parapetado en las ruedas del carro, gatillé mi arcabuz con tanta ligereza y puntería que el indio tuvo a bien caer malmuerto, mientras iba de espaldas, arrastrando al negro. Soltarlo y en un

santiamén volver el negro a los carros, con todas sus descoyunturas, fue todo uno. Así suceden los aconteceres, y así tienen que desenvolverse para que el hombre, en los despueses, entienda que hay una mano que sostiene el caer y así pueda decir: este negro Antonio Cabrera, con su musiquería y su voz de cuerno rodando por los sabanajes, vino a ser el único que, viejo de achaques, subía esta cuesta a hacerme compañía, mucho después que mi muertecita se fue por esos caminos de sueño, al país del «irás y no volverás». Este negro subía en los últimos tiempos, acezante, cargado de tisis, y mucha veces intentó hacerme creer la historia de que él, en cierta ocasión, remó hasta bien arriba del remonto del río llevando a una mujer que parecía ser mi muertecita. Antonio Cabrera me enseñó a cantar esos areitos de negros, y los latines que me sé como las madres sus nanas. En los despueses el río iba comiendo las orillas, yo corría mi casa del desmorono, y la plaza se iba acercando a la barranca. El negro, cuando se dio cuenta de esto, dijo: *así, pues, amigo, ya se acerca mi fin; ya erosionó mi vida como estas orillas*. Por entonces los arperos, tamborineros y flauteros ya no lo acompañaban en las misas porque había pasado a cumplir su otro oficio de carpintero hasta que la muerte vino en su busca, sin haber podido comprar su libertad.

Bueno, pues, metimos plomo aquella vez con tanto ardor, prontitud y viveza, que los indios empezaron a ralea. Así, fueron apareciendo las boscosidades que al principio eran inalcanzables, y pudimos hacer de leña. Troncos para carbón; tablazones de cedro; ligazón para navíos, de laurel; mástiles y remos, de álamo; y mucha garabata, que viene a ser como el cáñamo, para hacer jarcias y estopa, para calafatear. De las congojas y desabrimientos pasamos al gozo de tanto buen árbol en la espesura de la multitud. Respirando como hombre, el bosque cobija vidas hechas de palpitación. Por ahí se ve el andar de las hormigas por su hilito caminando, y a los tamandúas por detrás, hasta que las encuentran y se las comen, porque esa es la ley del bosque. Moviendo con sigilo su pequeñez en el grandor, su menudencia en las descascaduras, van y vienen el alacrán y el ciempiés, las víboras, hitas y toda esa volatería y gusanería que se arrastra, retuerce, aletea y trajina en el verde, flechada por el sol, y que nunca muere ni morirá mientras haya boscosidades y selvas.

Los amaneceres en la selva son como fantasmas que temblaran en la nublazón. Entre humedades uno sale del sueño, y ahí sucede que el viento viene a despejar de sus vestiduras a esos fantasmas. En un amén se deslíen las grisallas que coronan de rocío las hojas y cogollos. Y se van viendo, como barcos anclados en el río, algunos troncos desplomados por el tiempo, brazadas de lianas dormidas en el barro seco, tablazones sueltos, raíces acostadas sobre la neblina; esas obras de la humedad y el tiempo. Pero escasean los colores que hay en los amaneceres de aquí, junto al río. Se me va la boca en comparaciones, ahora que más remotos corren mis pensamientos. Esos convocos obedecen a mi memoria. ¡Tantas flaquezas! Muchos son los trajinares.

Aquí, desde la barranca, mis ojos no se cansan, no se fatigan de mirar estos amaneceres. A esa hora es cuando se levantan los recuerdos de entre la bruma del río. Aquí todavía distingo la espuma que se va sorbiendo en su mero verdeamarilloanaranjadoazul y negro, sin contar el violeta de las nubes que bajan alargadas a posarse en el lomo del agua, como quemazón de suspiros. A la vera de estos lagunales siempre hay grandes pájaros que saludan la llegada del día con sus roncros ronquidos y voces de asombro. Cuervillos y teros peleadores, gaviotas, garzas blancas y moras, y en medio del lagunal patos, gallaretas, biguaes, macaes, confundiendo su volátil mundo con el rumor del viento.

Allá, en el mundo de abajo, en el corazón del bosque, los pájaros tardan en llegar a la luz para gozarla, tapados por los palmerales y las añosidades, y las ligazones de bejucos, enredaderas y troncos. Tardan, tapados por la copudez y la frondosidad. En las penumbras de abajo se siente la lucha de los vegetales por ganar la respiración de arriba, señoreándose unos contra otros, como fieras, para poder sorber el viento y disfrutar la luz. Alargan sus bejucos, sus troncos, sus lianas; se estiran con todo su largor, para poder respirar. Buscan sobresalir y alcanzar los rayos del sol antes de que se cuele por el entretejido de las hojas buscando el fondo que ellos desechan. Ellos pugnan por llegar a lo alto y el sol por ganar las penumbras de abajo. Las flechas de luz bordan tapices al atravesar las hojas y uno se pregunta quién es el artista de esa imaginería. Y así se ven que quieren crecer unos, engrosarse otros, levantarse los más, abatirse entre ellos, como si fueran hombres. Para sobrevivir se valen de apariencias que manejan con esas ciencias y artes propias. Entonces, uno debe caminar con sus cautelas para no caer enredado en los engaños que le tienden las alimañas que están escondidas, las víboras disfrazadas de troncos, esos terciopelos repugnantes, ñandutys ponzoñosos, las flores fingidas, y las alfombras fangosas, el légamo y toda una generación de hediondecas encubiertas y simulaciones venenosas.

Cargamos los carros a cual más, metiendo todo lo que podían contener mayormente troncos para carbón y leña, y en esa abundancia yo me figuraba a mi María que ese invierno pasaría sentadita junto al brasero calentando sus pies todavía sin fuerzas para caminar y sus manos transparentes. ¡Vaya a saber por qué me figuraba yo a una María débil y friolenta, esperando mi llegada para calentarse los pies, y no aquella María que en las guazabaras tiraba, con pulso firme, de arcabuces y espingardas, de falconetes y navajas! Figuraciones, ansias. El machismo que me asediaba; esas cosas.

Pero el hombre se ilusiona y la vida lo descorazona.

Días de mucho llover en La Asunción aquella temporada del mes largo y angosto. Llovió su mes entero, de moras a autoras. La gente hablaba de vientos y advientos, de humedades y ventosidades. Nadie estaba conforme con el diluvio. Entre anegaciones se recurría a los servicios de santa Bárbara doncella, de la cruz de ceniza, del sapo panza arriba. Pero no cesaban las descolgadas celestes. El run ron de la lluvia sobre techos y tinajas se había pegado a los oídos de los asunceños que no tenían otro entretenimiento que calarse hasta los huesos y llegarse a la calle del Pecado donde, al más asiduo no se le ocurría otra cosa que decir: «al mal tiempo buena cara».

En la calle del Pecado, bulliciosa y empinada, vivían las meretrices blancas y guaraníes, después entraron a vivir en esa calle algunos hombres de grandes hábitos de amor, como mi padrino Celestino Descalzo. Eran aquellos hombres como toneles para el beber y para el fornicar; gastaban con las mujeres sus energías hasta quedar guiñapos, mayormente si habían conseguido indios que trabajaran para ellos. Los indios, ni bien veían la oportunidad, se escapaban; la hacienda decaía y sus dueños terminaban malvendiéndolas, como hizo mi padrino que tuvo que venirse a Santa Fe y empezar de nuevo, sin que nadie pudiera quitarle lo bailado.

Entre el llover Ana Rodríguez sintió los dolores del parto y agarrada a la cintura caminaba ida y vuelta por el cuarto, como gato enjaulado, hasta que, no aguantando más, mandó al chico a buscar la comadrona que llegó a las tantas, cuando amainó la lluvia y ya cuánto que la criatura había nacido. ¡Qué apuro tendría por venir a este pícaro mundo, nomás a asquearse de tanta iniquidad! ¡Tan bien que estaba en el vientre de su madre, guardadita y bien protegida, sin pasar necesidades, ni sentir esa ansiedad que de chica la hizo presa! Que el ansia de un padre. Que el ansia de una casa. Que el ansiar un hombre que no era para ella. Siempre se lo pasó ansiando, mayormente imposibles y vayan a saber por qué varias veces estuvo a punto de conseguir lo que quería, para después perderlo todo.

Una india entró a servir a Ana Rodríguez que, parturienta todavía, ya estaba tramando irse en busca del portugués. Sin aguantar mucho, Ana se largó a Santa Catalina a convencer a su portugués de venirse con ella a conocer el crío. Dejándolo al cuidado de la india, y prometiendo volver cuantimás pronto, se fue por esas selvas húmedas y calientes, acompañada por el chiquillo aquel que conoció en el puerto. Pero el portugués, sujeto de averías, mameluco entreverado con la trata de esclavos indios y negros, poco interés mostró en conocer la hija que esperaba en La Asunción. Y Ana, vuelta a las ropas finas y joyas, a la vida regalada, que el portugués le daba, despachó al muchacho con el comedido de hacer entrega de la niña a quien quisiera hacerse cargo de ella.

Lo que sin intención pregunto: ¿Dónde será que esa mujer, Ana, habrá guardado las leyes de su obligación y afectos del corazón, estando ella en Santa Catalina en puro disfrute de los bienestares que el portugués le daba y sirviéndose de ellos como

portentosa, y más como si esos bienes fuesen bien habidos? El portugués era un perro mameluco, hombre sin adentros. Lo mismo le daba un pobre negro que un chanco para hacer jamón, y un indio guaraní que una jaula de gallinas. Barriga de buen comer y cintura guarnecida, en el Brasil decían que el maldito se encarnizaba con el látigo ante un mero amago, cuantimás una mirada. Pero la Ana Rodríguez estaba en el desconocimiento de estos menesteres que sucedían en las entradas fronterizas, cuando el mameluco cargaba con su ejército sobre las poblaciones. Lejos, ella no veía cadenas ni escuchaba ayes. Solamente conocía a su hombre en el amor y en sus intimidades propias. Tampoco vio ninguna venta de esclavos para las caaporá: allí estaba su portugués vendiendo los hombres como cosas y regateando hasta por medio real. Varias veces hizo su entrada este maldito hasta bien cerca de La Asunción y con su gente peleaba como el que más; de no ser por su puerco oficio hubiera pasado por hombre de valentías.

De pasar, pasaba por endemoniado: le agarró la calentura de cazar hombres. Negro que veía le saltaba encima. Su gesto natural eran las ataduras. Cuando ataba los brazos de un hombre y le ponía cadenas en los tobillos era de ver el refucilo de sus ojos. Se creía dueño de todos los hombres que no fueran blancos como él y su rey. Se le fue ensanchando la locura hasta desconfiar y celar a su hermano que era su lugarteniente. Cuando algún esclavo se le escapaba: su hermano lo había robado. De buenas a primeras empezó a celarlo, con celos de negruras, con Ana Rodríguez. El hermano, siendo menor que él, y bien parecido, plantó bandera y se fue al norte, escapándole a la venganza, porque en ánimo de verdad la Ana le gustaba, mujer como era, joven y hermosa.

Lo que sin intención pregunto: ¿Cómo fue que Ana, mujer fina y de mucho roce, soportaba aquel hombre sin alma, pura podredumbre? El Zé Muratore, que así se llamaba ese engendro, caía en las bajezas de permisiarse con el diablo para pisotear la jerarquía humana que se lleva en las interioridades y en la naturaleza de cada uno, legítimo dueño de su sí. Sin sosiego la locura le iba conjurando las carnosidades del pensamiento con puros engaños. Se fue sintiendo patrón, jefe, dueño y rey de tanto negro o indio que había venido, por su mala ocurrencia, a pisar los umbrales de este mundo. Quería arrear con todos los posibles, ponerlos en rueda y él estar en el medio con el látigo en la mano, castigando y gritando sus propias alegaciones.

Pasó el tiempo, y uno por el norte y otro por el sur, cada hermano con su gente teñía de luto la tierra. De ida y vuelta se guaseaban con mensajes de enemigos, para el caso de encontrarse en algún punto. Uno a otro se llamaba cabrón, gallina, cajetilla, marica, cobarde, bastardo, mulato, hijo de renegada, de puta, de menina. Cada uno con su gente asaltaba fronteras y haciendas para redar hombres, hasta que en una de esas averías sucedió lo que buscaban. Fue que, en las vistas, el menor venía viniendo con su recua de esclavos que acababa de socavar a pura cuchillada y lo llevaba para

la venta a otro lugar. Venía, pues, viniendo, rostro curtido y alma percutida de manchas, cuando cerca de un lagunal, siendo mediodía lo sorprende el Zé Muratore que bajó como ráfaga de unas lomadas y fue a caerle en las espaldas, sin soltar por eso la cachimba de la boca. Traía fresca su tropa y todo parecía que la suerte se inclinaba a su favor. Y era así nomás, al parecer: el imprevisto, el cansancio de los otros, el poco favor del lugar. Se encuentran los salteadores y como una hora larga que se medían —con los negros atados viéndolos matarse— cuando se aclararon los transcurros. Y fue el momento en que el hermano menor logró asentarle al Zé Muratore unos cuchillazos con la paranaíba. El susodicho quedó duro, con la barriga de buen comer y la cintura guarnecida culebreando en el suelo; lejos la cachimba y dando bufidos. Entonces fue todo uno: de pánico huían los mamelucos y de alegría los negros, tan rápido como le daban sus piernas encadenadas, quedando los dos hermanos solos en el campo, con el fondo del lagunal. Vino el silencio, ese conversador. El Zé, malmuerto como estaba, mirando con ojos vidriosos su cachimba rodada por el suelo, habrá maliciado lo que después pasó y era que el hermano, como se viera con la tarde encima, hizo lo que cualquier ganador haría: desguarneció de cartuchos la cintura del muerto, arrancó su bolsa repleta de plata, le quitó la dentadura de oro, y se fue caminando hasta el pueblo más próximo. De allí a Santa Catalina, a noticiar a Ana que ya tenía otro dueño a quien respetar.

Pero la Ana, con su carita de virgen, paró el seso en el asunto: se columbró. Apeló a sus alertas porque ahí fue que vino a despertar de su indiferencia. Abrió los ojos y se vio rodeada de escoria. Escoria de excusado; vilezas. Ahí supo de dónde venían sus joyas y perfumes, sus ropas y todas las delicadezas de que disponía. Tarde entendió, porque su nuevo marido era como el muerto y hasta más sanguinario y aborrecido. Un día la quisieron envenenar con rejalgar en la comida. Se sintió asediada; esas inquinas. Se dio cuenta porque había tomado la costumbre de sopar el pan, o darle en trozos mojando de su plato a una maracaná que tenía en su casa y a un perro que la cuidaba: el lorito murió y el perro quedó parálítico y esquelético de diarreas. Columbró bien: querían hacerle pagar a ella las espesuras de sus maridos.

Segura de los asedios tuvo inseguridad de vivir. ¿De la hija? No se acordaba ya: olvidada, borrada de la memoria. Se preocupaba por su vida, más allá de Santa Catalina, donde fuera posible hallar ambiente propicio, gente para platicar y salones para lucir. Demasiado había entregado a ese par de carajillos mamelucos. Ella tan suave, tan oliendo a perfume fino, ¿merecía esos puercos hermanos? Luego esos negros de la cocina que cada dos por tres preparaban comida envenenada para ella y el marido. ¿Era forma de vivir? Espiada, vigilada; no estaba tranquila ya, con el marido presente en la casa ni cuando se ausentaba. Perdida la seguridad hasta en el sueño, quiso todavía ganarle una partida más a la vida. Entonces, en secreto, sin dejar maliciar a nadie, con disimulo y cautelas, Ana Rodríguez puso fin a su relación con

los negreros y juntando anillos y joyas, vestidos y todo lo servible, cuando el mandamás salió para una batida, se metió en una expedición y se fue derecho a Lima —gran ciudad— a gozar de mejor sociedad y de los bienes que llevaba.

Que así se teje el tejido de la vida.

Volvimos cargados de troncos de timbó, ceibo, algarrobo, quebracho, tamarindo, curupí, álamo. Gran cosa es mirar los árboles del bosque. Uno aprende a distinguir su especiería propia que se saca por el grosor, por el olor que esparcen, por su jugo o sequedad, por su copudez y, a todos, por su persevero en la mismidad de árbol. Gran cosa es echarse a su sombra, con el pasto como quipayí, y más si entre la hojarasca el sol juega espejismos. Salta el sol entre las hojas y va despejando lo oscuro de las sombras hasta verdecirlas. Con los troncos trajimos también el jugueteo de luces y vientos que dan sostén al picaflor azucarado de colores. Cuando uno está tirado sobre el pasto lo ve descolgarse por esos parapetos del aire y quedarse suspendido, como puros pensamientos. El hombre siente esas delicadezas.

Sonando las cajas los cajeros, los tamborineros sus tambores, los pifaneros sus pífanos —que hasta trompeteros había—, cantando las entonaciones, entramos en la ciudadela después de más de un mes de ausencia que para mí, sin ver a mi María, eran años. Volvíamos sanos y con los carros llenos de leña. Traíamos el calor para tantas necesidades y cocimientos. Victoriosos de la empresa. El vecindario, contento, nos recibía en el camino, y las mujeres nos esperaban en la entrada. Una ausencia se agrandó para mí: María no salió al recibo. Me picó el corazón no verla entre tanto vecino que celebraba la hazaña. Hasta el negro Antonio Cabrera, que convalecía, de contento sacó fuerzas para cantar con esa voz que sobresaltaba de hermosura. *Anda, Blas, canta esos areitos*, gritaron algunos y me alcanzaron una guitarra. Canté. Canté al amor emperrado que es como un coágulo; al amor rabioso, hechizado, vaciado como un ojo güero. Canté al amor sin paga ni cobros; al embrujamiento. Festejaron con risas y jaleos. No sé por qué había como una ponzoña contra de mí en la cara de algunos, una cosa como desprecio. Y mi María que no había venido a recibirme. Al rato se inició un coro macizo, y todos continuamos levantando en alto gorros y estandartes. Alguien gritó en un momento de respiro: *Dale el gusto a Isabel Descalzo, Blas*. Al mismo tiempo, de un costado salió un cantar pegadizo que empezó lento, pero que se hizo ágil y brioso:

*Si la prenda no prende
si no calza el ojal*

Uno tiene sus adentros. Uno recibe avisos que le llegan desde afuera o desde adentro. Comprendí que algo se había presentado durante mi ausencia para que así nombraran a otra mujer. El negro Antonio, que se salía de la vaina por alentarme, se puso a mi lado. En medio del tamborileo nuestras voces se juntaron para sobresalir del vocerío general. El jaleo se generalizó. Pero los gallegos no se daban por vencidos y fueron sacando de entre las voces algunas para su costado, hasta que se escuchó, bien macizo, el remate de la canción que ellos habían empezado:

*Que la chula recula
se acomode pa'tras.*

Emperrados, el Antonio y yo, volvimos a embestir con la nuestra que era un areito de negros que a los gallegos no les gustaba. Pero finalmente se prendieron a la canción. Los tamborineros marcaban el compás. Todos se enfervorizaron. Sonaron petardos. Carcajadas. Estaban contentos por la leña. Las mujeres se abrazaban con sus hombres y saludaban a los otros con palmadas. ¡Tantas cosas se pueden hacer habiendo leña! ¡Tanto cambia un cuarto si está caliente! Distinto se mira la vida si hierve una olla en el fuego.

Así entramos —a los abrazos— hasta la plaza donde de alegría encendieron fogatas. Al ver crecer el fuego me acordé del Lázaro que con su pico y su pala había ayudado a levantar esa plaza: allí vio la última luz aquel nefasto día. La puerca plaza de las humillaciones. La fogata se elevaba haciendo crepitar los palos que habíamos traído, coloreando de rojecer las caras amarillas y ojerasas.

—No malgastar la leña, que buen trabajo ha costao conseguirla —dijo uno con fuerte voz.

—¿No es la noche de San Juan? —gritaban otros echando sobre la fogata todavía más palos de esos por los que muchos habían dado la vida.

Saltaban la fogata y hasta se quemaban los pies, largando gritos de alegría. Estaban contentos por el fuego que habían prendido. La noche de San Juan.

Llegué a casa con esas ofuscaciones. Los gallegos me habían avergonzado con sus sucios pensamientos. Algo estaba sucediendo a mis espaldas; algo había pasado, sin duda. Y no eran los puros miedos los que me salían al paso. ¿De cuándo un hombre no tiembla por una mujer, y más si es la amada? Conforme me acercaba, me desasosegaba más.

Y ¡qué! Encuentro que mi María no estaba. Ninguna noticia fuera de los silencios. En las apreturas de mis adentros hice un acomodo, como un sacudón a mis ofuscaciones y ahí supe la contestación: me había abandonado como los pichones a su nido. Llamé a mi hombría y a los indicios. Así conocí que no se hallaba en la ciudadela y una tarde, desde esta barranca, conversando con el río, supe que sus aguas la habían llevado. Pero, ¿río abajo o río arriba? Para arriba era volver a La Asunción donde tanto rencor había dejado. Río abajo era ir a la nueva ciudad de Garay. Esa era la contestación. Pensé que, renegando de la vida que llevaba conmigo, habría querido volver a su otra, cuando no era una mujer casada sino libre, sin hombre que la gobernase. Entonces comprendí que el hombre cree que la mujer es un cántaro que se llena, aunque no tenga sed, para las sequías. Malhecho llenarla. Malhecho enjaularla. Malhecho todos los malhechos que se tienen con ella. Porque un día el llenador se encuentra perdido sin ella y sólo entonces es cuando ve la

nulidad de los malhechos. Así es. De pasar, a uno le pasa. Sufrir, se sufre. Y hay que apechugar al hacer crujir las manos y no su cintura, al besar el aire y no su cuello, al combar los brazos y no sus caderas. Extrañar, se extraña. Uno es un carajillo que pronto se acomoda a la felicidad y cree que la ha ganado y va y se acuesta con ella creyendo que la tiene para siempre, como si no conociera su brevedad. Cuando supe que se había ido detrás de tal hombre tuve lástima de ella. Porque él era orgulloso y ella pobre, él ambicioso y ella inocente, él poderoso y ella cuantimás una mujer.

En las entremedias de la espera, la justicia que me llama para pedirme cuentas de las tierras que heredé de mi padrino. Pleitié. Puse escribano y abogado. Puse alegaciones y servicios. Puse recursos. Pero también la otra parte interesada, Isabel Descalzo, puso sus escribanos y defensores alegando ser hija natural de mi padrino. Los abogados me exigían el pago por adelantado, y así, para cada alegación, me iban retaceando la chacra de a pedazos que yo iba cediendo como parte de pago. Isabel Descalzo, sabedora de que los abogados se la estaban comiendo, interpuso recurso de desalojo, que el juez concedió. Volví a quedar solo y sin vivienda. Pero una palmera ya es mi casa, el tacuaral mi cama y todo el sabanaje el anchor de mi mundo. ¿Qué más natural para un hombre sin achaques, que la sabia tierra? ¿Y más, el agua? Un caballo, una canoa. ¿Hay mejor casa? ¿Dónde se duerme mejor que en su canoa, cuando uno la deja rolar, tranquila, sobre el lomo del río? Ah, esos placeres que sin merecer se tienen. Uno es un mero recibidor que está ahí y recoge lo que Tupasy entrega. Pescados que se comen a la brasa, asados, con ese sabor que el río le presta y esas naranjas y guayabas y chirimoyas. No extrañé perder mis bienestares: extrañé perder a mi María.

Esta Isabel Descalzo tenía su especie de naturaleza que le hacía flaco favor a las mujeres. Y era su capacidad de vender el alma al diablo con tal de enriquecerse. Costurera de las más ricas mujeres de La Asunción, de ellas había aprendido a gustar de las vistosidades y a aspirar a la molicie. Una chacra bien trabajada, como la que dejara mi padrino, con su maíz sonriendo, su manzanar y verduras, su chiquero, gallos y gallinas, le volteaban el ánimo por disfrutarla. Y más si tenía su peón propio que vendría a ser yo para ella. Casa, hombre que la satisfaga, peón que la mantenga, ¿qué más podía aspirar? No, no era tonta. Necia sí, que quería conseguir todo por la fuerza, sin respetos. ¿Ónde se ha visto un varón macho que se deje de esa manera cazar? En la calle del Pecado ¿no consiguió lo que pretende de mí? Joven pero tan ambiciosa, bonita para un alma tan mercante, leguleya para ser mestiza, esta Isabel Descalzo era como esas fiebres de los pantanos que le vuelven al hombre varias veces en su vida, si logró atravesar una vez sus calenturas.

Tal vez mintiera sobre su condición de hija de mi padrino —que en gloria esté y descansando—, porque no era comprensible que él la olvidara en su testamento. ¿Mi padrino renegando de su sangre? Gran amador y andariego, por donde andaba dejaba su semilla; sus gustos se daba como el que más. No era hombre de retacear filiaciones. Y todavía siendo ésta una mujer. Hijos habrá sembrado sin cuidado, más bien con generosidad. Desencantador de virtudes y secretos, eso era mi padrino.

Pero las apreturas en que Isabel Descalzo me ponía eran siempre las mismas: o me casaba con ella o le entregaba la chacra. *No puedo, señor juez, ya estoy casado*, alegaba yo para conmovir al juez. Pero nadie demostraba interés en averiguar dónde se hallaba mi mujer. Era un secreto a voces. Un gritar silencioso. Todos sabían que

Juan de Garay me la había conquistado, que se me había ido detrás de él. El pleito tenía miras de nunca acabar. Parecía que mi muertecita murió en el mismo momento en que había subido al barco que la llevó en ese viaje clandestino y público, prohibido y sin embargo picaresco; casi como una travesura. Murió para todos los que la habían visto llegar con los muchachones de Garay que bajaron de La Asunción, y después defender, como varón, la ciudad recién fundada. Murió para los españoles que llegaron después, cuando conseguimos, a costa de nuestras vidas, tener a raya a los indios, y ella había sido una de las más bravas luchadoras. Y murió para los recién llegados a quienes sólo los altos puestos interesaban. Especialmente murió para Isabel Descalzo, quien me exigía sin muchos preliminares casarme con ella como si fuera viudo necesitado de consuelo. Con el casamiento, ella, diabla mujer, quería poner fin al pleito que amenazaba ser más largo que nuestras vidas. María sólo estaba viva para mí y para Juan de Garay, que me la había robado. Estaba viva para el amor de dos hombres que con distinto amor, la querían. Yo la quería con esa fineza y hondura de las certidumbres. Y así ella se inclinara hacia otros, igualmente no se secaban mis ríos interiores. Ocasiones, en el fragor de los alegatos, muy suelto yo le decía al juez:

—Haga comparecer a mi mujer, su señoría; que venga al estrado.

Ahí nomás paraba el juicio. Dormían las hojas de largos pliegos, con su palabrerío intrincado y riesgoso. Los abogados por un tiempo se escabullían. Me comunicaban: *El pleito va largo, Blas; hay que esperar*. Y yo sabía que lo que jueces y abogados evitaban era llevar el nombre del fundador al estrado. No se lo podía mezclar. El Hombre del Brazo Fuerte.

Los años entretejían sus transcurso, los jueces finaban. En ocasiones, por esos avatares, pasaba Isabel Descalzo a vivir en la chacra pleiteada. Venían nuevos jueces y la conminaban a mudarse. Venían otros y aplazaban los fallos. Y yo una y otra vez a ocupar la casa y la chacra. Así estábamos. Se empolvaban los legajos, se entorpecían las resoluciones, los jueces se contrariaban. ¡Ah, la justicia! Que me correspondía a mí. Que a Isabel Descalzo. A ella por derecho natural; a mí por deuda de trabajo. Se floreaban los abogados con sus defensas; los testigos con sus testimonios, los litigantes con sus alegaciones. Pero las leyes no dejaban de tener sus sinembargos. Cuando parecía que se inclinaban hacia mi lado, alguna razón hallaban en las alegaciones contrarias. Cuando ya fallaban a favor de Isabel Descalzo, su condición de hija sin reconocer le quitaba derechos. Y se inclinaban para mi lado. Cuando corrió la noticia del triste sucedido en Punta Gorda donde fueron muertos Garay, María Muratore y otros, se hizo patente mi viudez. Ya no era el engañado, el abandonado, sino el hombre que seguía en este mundo mientras su amada ya lo había abandonado. Era viudo para la ley. Para mi corazón, ¿qué era? Eso guardo en mis adentros. Sin vislumbrar mi pena, ahí fue que los abogados, la justicia y una de las

partes, se pusieron de acuerdo para asegurar que un nuevo casamiento era la solución. Ahora nada impedía nombrar a mi muertecita. Y esos jueces de paja, que antes tenían sus cautelas, que evitaban nombrarla, la declararon finada. «Muerta en acción», dijeron, a lo que era verdad, porque bien caro debió vender su vida quien defendió la de otros.

Mientras guardaba mi luto, Isabel Descalzo mandaba emisarios para la proposición matrimonial. Llegaban, puras ceremonias: que el tiempo, que los indios, que la cosecha, que había caído piedra en Córdoba; que ¿vio ese barco que pasó ayer, temprano?; que la inundación; que la langosta. Hasta que, por último, echaban afuera el bulto que los había traído. Luego callaban en espera de la contestación. ¿Contestación? ¿Y qué contestación podía darles sino mi luto? ¡Ah, mujeres!

Lo que sin intención pregunto: ¿puede de por sí una mujer olvidar las leyes del corazón y tomar los negocios del alma como una venta común, sin medir las honduras y escalofríos, los desencantos y más la soledad del hombre que pierde lo que amó? ¿Puede faltarle carnosidad en su pensamiento para no tener figuraciones de lo que a otro le pasa? Silencio es lo que pido.

Esta Isabel Descalzo me espantaba. Diabla. Puro interés. Puro desprecio del sentir. Allá, en la calle del Pecado, donde vivía, ¿qué entregaba a los hombres que no fuera el amor? ¿Qué será lo que les daba? ¿Sabría ella lo que es el amor? Seco debió tener su seno esta mujer. Diabla. Hija del diablo, que no de mi padrino. De tal palo no podía salir esa astilla ponzoñosa. El negro Antonio Cabrera, al verme tan ofuscado con la Descalzo, me calmaba diciendo que las mujeres, como los negros, como los indios, y hasta como nosotros los mestizos, estaban tan desvalidas que cuando veían el pan, aunque duro, lo mordían. *No es que sea una diabla —decía—, es que es una mujer, y para más, pobre. Mujer, pobre y mestiza —seguía diciendo— ¿qué le queda sino como sanguijuela prenderse a la chacra? No la malquistes. Blas, compréndela. Son los hombres lo que le hicieron mal.*

¡Ah, negro rapaz! ¡Decir que mi padrino, tan generoso, dañó a Isabel Descalzo! ¿Porque no la legitimó? ¿Porque no la reconoció? ¿Porque no la dejó heredera? ¡Decir que los hombres en la calle del Pecado se aprovechaban de ella!

Y si así fuera, ¿tengo que pagar yo? El negro, que nunca abrió la boca para referirse a María y respetaba en silencio mi dolor, salió defendiendo a la Descalzo. Cada vez que podía agregaba un grano a su favor.

Como seguía el litigio, un juez frailón no encontró mejor forma de arreglo que devolver la hacienda al fisco. Perdía, así, el pago de mi trabajo, el esfuerzo de mis brazos. El juez frailón ordenó levantar en el predio de la chacra una casa de retiros a donde irían a meditar sus robos y fornicaciones —cualmás, cualmenos— los santones de la ciudad.

Desilusionada, Isabel Descalzo volvió a La Asunción, para más, a la calle del

Pecado, donde vivió rodeada de gatos, vociferando contra los jueces y los hombres perversos.

Cuando empezaba a entrar en paz con mi madre supe la continuación de mis desgracias: me había unido en matrimonio con Blas de Acuña durante mi enfermedad. Nunca me aficionó este hombre. No lo quise ni lo querré. Me fastidia deberle agradecimiento. Si no le debiera tanto, él no se habría cobrado la cuenta llamando al cura para que nos casara en trance de muerte. ¿De qué me sirve la vida atada a un hombre que no amo? No soy mujer de sujetarse a ley de tanta dureza, mayormente en estado de delirio, o en tránsito a la muerte, como dicen que estuve. La ley es rigurosa: como no morí debo sosegar mis deseos y resignarme a vivir junto a mi cuidador. Ahora soy una respetable señora, gracias a que tengo un marido legítimo. Mi pobre casa se ha transformado en hogar. Sólo faltan los hijos. ¿Qué más puede aspirar una infeliz abandonada por su madre, no reconocida por su padre, criada de favor en una casa de donde fue arrojada por engatusar al patrón? ¿Qué pretende esta María Muratore cuando sale a caminar, como nacida de nuevo, por las calles de esta ciudadela y se cruza con las matronas que ahora la saludan y se interesan por su salud? ¿No está aún satisfecha? ¿Alguna vez imaginó que el señor cura de San Francisco rezaría una misa en acción de gracias por haber recuperado la salud? ¿Pasó por su cabeza recibir ese caldo de gelatina de pollo que le mandó la señora del alcalde o ese chal tejido por la hija de Juan de Garay con un recado aludiendo al milagro de su curación? Nada de estas cosas venían a mi pensamiento porque mis ideas, sentimientos y deseos eran otros. Pensamientos diabólicos que nacieron cuando topé en la calle con quien creí no volver a ver nunca más. Verlo y palpité mi corazón, pero bajé los ojos, entonces él me dijo:

—¿Eres María Muratore?

—Servidora.

—Supe lo ocurrido. Me apené.

—Dios quiso ayudarme.

—¿Te encuentras bien?

—¡Tanto!

—¿T e has casado?

—No.

—¿No?

—Doy fe que no.

—Tanto mejor, entonces.

Conocedora de hombres partí con un secreto compartido. Ahora estaba segura de no serle indiferente a ese varón que conoció varias mujeres entre la suya propia, algunas indias y otras tantas españolas. Cuando se es galán y la mujer mujer, hay una corriente de comprensión rápida, de atracción mutua; no son impedimento los obstáculos. ¡Qué! Si parece que hasta son un adobo para ciertos casos. Una cierta cantidad de peligro para el regusto. Una exploración más íntima donde otro ha

segado. La fruta prohibida. Nos separamos alertas. Azorados.

Por varios días miré el río negrorojorosoamarillo en los juncales del orillar; le oí silbar ráfagas de esperanzas en su lengua de ébano y oro. Lo vi hecho tigre saltar las islas rosadas y espumar barbas como las de esos varones rubios y recios. *Por el río me iré* —supe. Recordé: por el río vine a esta tierra; me trajeron para simiente. Por el río me iré. Arriba de su mordiente lomo las barquillas sumidas en sueño y las canoas quejumbrosas me llamaban. Por el río vine a esta tierra. Por el río, *¿a dónde iré?* Seguía el vuelo de los pájaros blancos que revoloteaban sobre el camalotal violeta. Tanto mejor.

No hacían quince jornadas de la partida del Blas con los expedicionarios, cuando en la playa del río, como al pasar, fui abordada por un muchachito menudo, imberbe. El niño, que mudaba en hombre, tenía vergüenza de iniciar una conversación en un lugar tan alejado de las miradas y no se atrevía a conversar de lleno. Sabedora, de inmediato, que algo importante venía hacia mí, lo animé a hablar. El muchacho tartamudeaba, se trabucaba dando vueltas a la cuestión. Mi impaciencia iba más allá de su timidez y ya lanzada a una loca aventura le pedí que me entregara la carta.

—¿Qué carta? —preguntó.

—¿No traes ninguna carta para mí? —insistí.

—Carta no; traigo un mensaje.

—Enhorabuena —contesté alegremente—, no retacees palabras y repítelo.

—Pues verá usted doña María (¿porque usted es María Muratore, no?), que tengo orden de transmitirle lo siguiente: el señor que me envía pregunta si no sería conveniente para usted cambiar de aire. Si usted fuera gustosa podría embarcarse el martes venidero, día de San Antonio, en aquel barco que está surto en el amarradero. Que cambiando de aire se compondrá de sus dolencias por completo, si es gustosa.

—Arre, niño, no tantas vueltas. Y ¿qué más?

—Pues que si el martes sube al barco, allá en la ciudad de la Trinidad con un buen médico, y el aire, pronto se compondrá.

—Y ¿no dijo nada más?

—Sí, que él también embarcará ese día y que sería gustoso tenerla en su compañía. Que en la Trinidad se está muy bien.

—No me dijiste quién es el que te manda.

—El señor del Brazo Fuerte.

—Pero su nombre... ¿cuál es?

—Dijo que lo sabéis.

—Es verdad. Lo sé.

Lo sabía y también que el muchacho observaba mis reacciones: el color de mi cara que sentía pálida con las mejillas ardientes, el temblor de mis manos, la desesperación de mi voz y esa sorna de sus ojillos amarillentos.

—Falta algo más —dijo— y es un presente del compromiso que asumís con él, de ser gustosa.

Sacó del bolsillo una cajita forrada de terciopelo azul, un estuche con olor a guayabas maduras, y al abrirlo dejó a la vista un anillo con un zafiro de Oriente, como un suspiro tibio, que había usado Ana Rodríguez cuando por las tardes pasaba derramando elegancias.

Recibo el estuche y me coloco el anillo. Mis dedos, como los de mi madre, son menudos y el anillo calzó como de medida. Mi mano transparente se azulina con este picaflor que se me ha posado. Como el tumitejo suspendida en el aire vuela mi mano y se posa en los cabellos en un ademán de protegerlos del viento. Siento un vuelco en el corazón que echa a volar tan alocado que me ahoga. El muchacho finge no ver mi turbación, gira su cara pecosa hacia la extensión del río, pero me espía con el rabillo. El sol pega sobre su pelo color zanahoria que el viento revuelve como un nido de plumas. Bate mi corazón hasta ahogarme. Él espera. Retrae su mirada de sobre las aguas y la posa en mi mano que tiembla con el fulgurante anillo. Mira con ojos aterciopelados pero a mí no me engaña: veo ráfagas de basilisco entre sus pestañas amarillas. —Es un niño —pienso—, ¿qué sabe lo que me está pasando? Tiene algo que no puedo precisar y que me inquieta. Creo que se burla. Y otra vez me digo: es un niño todavía. Vuelven sus miradas húmedas a volcarse sobre el agua. Aquieto mi corazón. Tiernamente respondo:

—Le dirás a tu señor que acepto el anillo y la invitación. El anillo es muy bello y lo conservaré mientras viva. En cuanto al viaje: que estaré el martes en el amarradero y subiré al barco. Que me place el cambio de aire. Y ese médico que necesito.

—Adiós, señora.

—Espera... ¿Dónde te he visto antes? ¿Cómo dijiste que te llamas?

—Nicolás —gritó alejándose con su pelo de zanahoria como un incendio en el aire.

Era un «aba» valiente y de refinamientos. Que el vestir. Que el hablar. Que el puro encantar a las mujeres. Algo tendría, además, para que ellas no se le resistieran. Barba tenía rubia y enrulada, que sobaba con dedos finos y pálidos.

Y ojos claros que —¡ay del ay!— serían los pendencieros que me robarían los que yo amaba. Maestros del requiebro eran sus ojos con la mujer aprendiz. Siempre tenían qué aprender de él. En verano con la fresca; en invierno para entrar en calor. Era la moda, lo que se usaba y todas querían llevar. ¡Esas futilidades!

Plantado a lo jefe no desmerecía en arrogancia a cualquier montañés de nosotros, orgulloso de su mestizura. Mandar mandaba firme, aunque los pensamientos que tejía en nuestra contra, guardados como grandes secretos que él solo sabía, lo separaban de la tropa. Eran dos visiones; dos intereses distintos. Nosotros, los mestizos, queríamos la tierra que ganábamos a brazo partido. Él imponer un plan donde no entraban hombres sino despueses. Nosotros ilusionábamos un gran puerto en estas orillas. Él un puerto allá en el Sur. Aquí habían muerto el Lázaro y tantos muchachos montañeses que regaron con su sangre la tierra de los calcines. Cuando vino el desengaño, aquel puerto del Sur se llenaba de barcos que pasaban por aquí, sin detenerse, y Juan de Garay no estaba para recibir el odio, tanto rencor y rabia que nos vino viniendo con el tiempo, para culparlo. Cuando supimos que nos apartaba del río para ponernos en la encrucijada de los caminos y así tenernos al trote socorriendo siempre, y sobre todo, esa ciudad y ese puerto de Buenos Aires, él ya era difunto y sus cenizas descansaban en algún sitio de la playa del río donde los indios lo mataron.

Si sería galante que se enguantaba para ir a misa o de visita, y él todo era un dechado de prolija vestidura: su terciopelo labrado, su colete acuchillado, su camisa de ruán, su sombrero, y las calzas y el jubón de raso. Vestido de soldado no era menos elegante con su adarga y su casco con penacho brillante. Y siempre con esas arrogancias. Pañuelo con su escudo, capa con su sello, espada con sus iniciales grabadas. ¡Hombre de refinamientos!

Peleando era alevoso y hasta guaso de palabra; su espada filosa, de corte seco y justo. En una ocasión me hallaba en su cercanía y tal vez porque tuvo ganas de chancar segó el brazo de un indio y casi mocha el mío. No era momento de guerra, estábamos en adiestramiento. Como digo: mochó el brazo de un indio que habíamos tomado cautivo y casi mochó el mío. Por gusto nomás, sería. Al vuelo le contuve el golpe y me defendí con ánimo, hasta lograr salvar el brazo.

—General, me estás jodiendo, ché pochó —dije nomás volteándolo del caballo.

Ya lo tenía debajo de mi cuchillo cuando ¿no vienen tres oficiales a contenerme atornillándome los brazos y atándome los pies? Ellos evitaron que este mandamás muriera más antes. Pero cada día es víspera.

—Calabozo. A pan y agua —ordenó Garay en composturas de ropas y barba.

—¿Cuántos azotes, mi general? —preguntó un oficial.

—Sin bajar de doscientos —replicó.

Mientras me llevaban, atado de pies y manos, a recibir el castigo, le grité:

—¡Otra vez será, general lagartija!

Y era que en su altanería llegó a entretejer historias familiares (que se vanagloriaba en contar) por donde él venía a emparentarse con reyes, duques y clérigos y hasta con lagartos y dragones decía que estaba emparentado este gallego mandón. En su escudo, que llevó a Buenos Aires, tenía pintados unos aguiluchos debajo de un águila mayor y dondequiera que estuviese levantaba su pendón con la bendita cría. Ésta y otras vanidades lo empequeñecían. Era dueño, como llevo dicho, de esas destrezas para las manos y más para los papeles. Discurría hasta doblegar; pleiteaba para ganar; ofendía hasta la ofuscación. Su amistad obligaba al servicio; la enemistad a la desgracia. Él era el receptor de servicios y el otorgador de desgracias. En las pocas ociosidades de que disponía se daba tiempo para el amor con indias, españolas y criollas, aunque estaba legítimamente casado. Las indias, por ardientes, las españolas por sus iguales, las criollas por lo novedosas. Todas lo amaban. Y cualmás, cualmenos, se sentía feliz por tener encariñado ese tigre cuyo poder en trances de carne se rendía. Hijos tuvo varios: naturales, legítimos, reconocidos. No perdió tiempo en coyunturas. De una mujer a otra; siempre estuvo atareado con sus intimidades.

No podía durar tanta desmesura, decíamos con el Negro Antonio Cabrera. Eso nos decíamos cuando el negro subía hasta mi rancho a fumar su cachimba. Todas las conversaciones desembocaban en él porque mi amigo, como llevo dicho, nunca se permitió hablar sobre mi muertecita. Por respeto a mi dolor.

Si los portugueses de nuevo habían atacado la frontera, ahí era de obligación preguntar: pues, ¿qué ordenaría? ¿Cuántos hombres iría a despachar?

Si los cordobeses hicieron su entrada para arrear hacienda de campos santafesinos, por fuerza, había que decirse: ¿Qué medidas iba a tomar don Juan? ¿Le bajaría el copete a Jerónimo Luis de Cabrera? ¿No se hará el chanco rengo?

Hablando de la langosta que vuelta a vuelta estragaba los plantíos «estuve muchas horas golpeando un tamboril de cuero, y: nada. Qué guerra amigo, la langosta. Animal puñetero y maldito».

—¿Cómo la conjurará? —pensábamos en voz alta mi visitante y yo. Porque la langosta es cosa del gobierno, sí señor. En un santiamén se come sudores y desvelos.

Si de barcos, y de la pena de verlos pasar de largo cuando antes se detenían aquí, en este puerto: «¿Qué tiene que decir Garay? ¿Por qué permite a los barcos seguir de largo?».

—Es que cuentan con su consentimiento —nos decíamos mutuamente el negro y yo.

Una mañana se llegó el Antonio, que no había ido a cantar la misa, y me contó:

«Ayer, calafateando con mi compadre Efrén, canoero viejo, vimos pasar al *Abapajé* cargado de yerba, azúcar y tabaco, que venía de La Asunción. Saludó provocador, según mi compadre. ¿Se acuerda cuando entraba aquí el *Abapajé*? Los muchachos llegaban apurados por descargar la mercadería, así tenían más tiempo para visitar a sus queridas. Todo era cantar y reír. Ahora, en cambio, se me forma como un nudo en la garganta y no puedo cantar los maitines. ¿Se hace el zonzo el Fundador? ¿No es acaso gobierno? Ya decía mi compadre Efrén que mala espina le daba ese otro puerto de Buenos Aires que se fundó en el Sur. Estuvo en la obstinación hasta que se salió con la suya. Mucha gente arreó para allá sacándola de aquí. Muchos hombres ilusionó. ¿Será para jodernos? Decía mi compadre Efrén. Ayer nomás, cuando pasaba orondo el *Abapajé*, desde el calafate escupió al agua y lo mandó al recoño a sacar sombra de los agujeros. “Igual que corsarios —dijo mi compadre—. Éstos parecen hijos de Fenton, el inglés salteador de aguas, que mal rayo lo parta y ojalá que se pudra en la cárcel. ¿Se da cuenta compadre —decía— de la fechoría que nos están haciendo? ¡Dejarnos plantados con el puerto! ¡Y ese vizcaíno astuto en el gobierno! Hace la vista gorda y hasta le satisface ver entrar y salir tanto barco de aquel puerto del Sur. Esto va mal, compadre. No lo digo por mí, que no me falta trabajo acarreando de La Bajada carne y verduras para este lado del río y recorriendo las islas. Lo digo por los que vinieron ilusionados y sueñan todavía con comerciar y enriquecerse. Lo digo por ti, compadre, que nunca podrás comprar tu libertad”».

La libertad de Antonio me preocupaba. Sin paga en la iglesia, sin venta en el puerto, era seguro que nunca podría comprar su libertad. Y con los años se le arruinará la voz y morirá en su estado. Garay tendría que estar presente y ver con sus ojos a esta gente, morderse los puños y mirar con rabia al *Abapajé* o cualquier otro barco que pase de largo. Ver cómo se llevan sus esperanzas.

—¿Quién habrá tramado esto? ¿Será, como dicen, don Juan de Garay? —decíamos el Antonio y yo.

Malos agüeros con el *Abapajé*. Fue el primer barco que pasó sin detenerse, llevándose toda su mercadería para Buenos Aires y la Colonia. Lágrimas amargas lloró el negro esa mañana. Así vino a saber que nunca conseguiría vender de sus canastas y llegar a pagar su libertad. Iba al puerto con las canastas repletas: que mazapán, que tortillas, que dulce de guayaba o durazno, que brevas, que pastelitos de hojaldre. Cansado de esperar compradores que ya no llegarían, regresaba con sus manjares y su desilusión. Ocasiones era yo el único comprador. ¡Tantas esperanzas alentó el pobre negro y se le hicieron añicos! Fue perdiendo el ánimo como perdía la voz. Envejecía. Sus monedas no aumentaban y la cantidad era cada vez más inalcanzable. La vejez lo vencía y, en la iglesia, pasó a ser de cantor, carpintero. De organista que también había sido, pasó a barrendero. De maestro flautero, a

remendón. Había confiado que vendiendo delicadezas en el puerto, al cabo de unos años, juntaría el costo de su libertad. Pero ¡qué! Lloraba bajito el negro en los despueses, y más cuando conoció que se acercaba su fin. El último hábeas vio la procesión arrimado a la pared, junto a la puerta chica de la iglesia, mientras pasaban los nuevos cantores, flauteros y pífanos que él había enseñado a cantar y a tocar. Entonces dijo entre lloros al ver pasar la imagen: *ese Dios no ha hablado adentro de mí. Ya me voy y no me ha hablado*. Uno tiene sus adentros, sus dudas y temores y más un mestizo cuyos padres le presentaron dioses diferentes, y uno siendo mozo se preguntaba ¿cuál es el verdadero? Así es que, para sostenerlo, le contesté:

—No afligirse Antonio, que a mí tampoco me ha hablado.

—Pero, compadre, usted todavía tiene tiempo. Yo ya me voy.

—Habla con tu Dios, entonces.

—Allá en Guinea, mi Dios también me abandonó sin hablarme.

Sí, pues. Así es. Poco tiempo después, tísico como estaba, Antonio Cabrera expiraba en mis brazos. Seguía preguntándome con los ojos dónde hallar esa respuesta que buscaba. Pero yo —¡ay de mí!— aún no la había encontrado.

Fragilidad de las honduras. Estrecheces. ¡Ah negro!, ¿qué, sino negaciones, tenías en tu haber? Yo no era más rico. La vida nos unió y conocernos fue una aventura. Hasta la vista.

En los despueses estaban también las fatigas de las marchas y contramarchas que hacíamos para defender esa ciudad sureña, Buenos Aires, estando vivo y aun difunto, Garay. Acudimos cuando la asediaron los indios de varias naciones coaligadas, que peleaban para vencer o morir. Para nosotros las alegaciones eran iguales: *o ellos o nosotros*. *Si no somos nosotros serán ellos*, decían los Bandos de los gobernadores, para sacarnos de Santa Fe y ordenarnos marchar sobre los indios que bajaban del Chaco, siempre en socorro de aquella ciudad. Listos estábamos a toda hora. Con el caballo ensillado y la moharra brillando arriba de la tacuara. Así pasábamos la vida. Corríamos para aquí. Corríamos para allá. Puro meneo. Atravesando montes húmedos y calientes íbamos a juntarnos con las huestes correntinas, cordobesas o santiagueñas según del lado que viniera la embestida. ¿Descanso? No lo había ni los domingos. Mientras vivía Garay nos sacaba con sus Bandos. Muerto, otros gobernadores nos hacían correr tierra adentro a defender el cruce de los caminos. Es un decir, pero difunto este hombre seguía haciéndonos cumplir su pensamiento de ponernos en una encrucijada, como cuña, en servicio de aquella ciudad. Por Santa Fe se va al Sur.

Por aquí también se va a Lima y a Chile. Él quiso que fuéramos camino; no puerto. Algo para el paso; posta. Nos retaceó el destino de ambición por el que salimos de La Asunción. Nos dejó el camino. ¿Y el río? ¿Qué fue del río? Eso es lo que nos quitaron. El río fue para los otros. Para nosotros las congojas y desabrimientos.

Eran tiempos. Uno tenía su caballo ensillado y los chifles colgados del arzón de la silla, listos para saltar y salir al galope como saltimbanquis movidos por una voluntad. Había jaleo tupido porque, difunto, el Hombre del Brazo Fuerte seguía ordenando defender ese puerto que él se fundó. ¿Desobediencias? No las había. Mucho tardaron en maliciar. Cuando lo supieron ¡qué tanto que aquel puerto florecía y éste era el dibujo de una desilusión!

Llegaban órdenes. Ocasiones, sin entrar en la ciudadela, de camino nomás, ya nos enfilaban para otro socorro. Venían los bandos y con las mismas palabras sus ideas. Ordenaban: *pelear con el valor que se espera de las obligaciones. Vencer o morir*. Trajinaban su mismo pensamiento y ese trato de suplifalta que siempre nos dio a los mestizos. Yo no leía sus palabras: leía su desprecio. Pero ¡qué tanto que él está bajo tierra conversando con los satanases! Corta es la gloria de los poderosos. Y no aprenden. Así es.

Entre tantas corridas yendo de aquí para allá, sudando los caballos, durmiendo a la intemperie, pasando hambre, muriéndonos, no bien llegamos, una vez, de Matará, sin quitarnos los sudores, el gobierno que nos manda salir a defender Concepción del Bermejo de la nación calchaquí que le había puesto fuego. Quemazones. Según decires, linda ciudad dicen que fue: techos fijos, chacras, buena hacienda, y saladero, su gentío, hembras, esas cosas. ¿No vienen de la noche a la mañana, los calchaquíes que le ponen asedio y la quemaron hasta dejarla con agotamiento de muerte? Así eran esos indios: feroces, carniceros, no paraban hasta la liquidación. Así siguen siendo. Salimos, pues, apenas llegados, milicianos y soldados santafesinos. De Buenos Aires sólo salieron órdenes, y escasamente treinta soldados al mando del delegado del gobernador que se quedó en el camino sin llegar a Bermejo, cavilando sería. Munición había poca: muchas congojas. Flacos, malolientes, sucios de sangre, así íbamos nosotros a contener esa turba, antes de que avanzara al sur. Vino el tiempo de aguas y empapados y embarrados hasta la cinta, poco socorro llevamos a los habitantes que, cansados de resistir, escapaban como podían hacia Corrientes. Los habitantes salieron de Bermejo para salvar sus vidas y quedamos nosotros porque nos atajaron las lluvias. Quedaron también muchos ancianos que se dejaron los que huían de las quemazones. No los llevaron. Los viejos en todos lados son carga, y más si están con achaques. Eran viejos parálíticos o leprosos que habían quedado a esperar la visita de la muerte, rodeados de ratas hambrientas. Es un decir, pero el hombre siempre hace comparaciones. Comparando lo entienden mejor que con sus propias razones. Muchas cosas he visto en mi vida: morir a los amigos; hombres devorados por los yacarés; vender mujeres en la feria de esclavos; matarse de celos por el amor de una india; llover ceniza; comerse un puma al cura de San Francisco; los vómitos verdes de mi María afiebrada; ¡tantas iniquidades! Pero nada me ha dolido tanto como esos viejos enfermos abandonados en sus camastros, que se desesperaban ante

la acechanza de las ratas. Los ojos salían huyendo del cuarto y del camastro, pero los huesos no obedecían el mandato de la voluntad y ahí se empavorecían esas pobres naturalezas. El ejército de ratas, seguro de su fuerza, arremetía contra ellos. Gemían los viejos: las ratas los imitaban. Lloraban: las ratas pegaban gritos espeluznantes. Era el delirio y el miedo del hombre degradado de sus valores, y ese general Gonzalo de Carvajal que saliera de Buenos Aires, cargado de municiones y no llegaba. Los guerreros veíamos con alivio morir esos viejos que habían sido guapos pobladores venidos de lejos a desencantar la tierra. Pero la tierra se los tragaba. Echado el último suspiro, las ratas caían sobre los cuerpos torcidos por el miedo. Y ese general Carvajal que se había pegado la vuelta escapándole a las aguas. Llegaron órdenes de resistir. Órdenes de repoblar. Órdenes que venían de la ciudad del sur. Cercados por las aguas cavábamos zanjas calados hasta los tuétanos para parapetarnos de los ataques, pero los indios y las aguas nos reducían. Pasaba el tiempo y cansados de recibir órdenes y no municiones, promesas y no matalotaje, nos replegamos a Santa Fe, carcomidos por la «nigua», rotos, esqueléticos. De ahí me empezaron a perseguir figuraciones de los viejos aquellos: los veía abrir los ojos y gritar, taparse con sus hilachas, implorar. Y a ese general Gonzalo de Carvajal que se dio la media vuelta sin llegar a Concepción del Bermejo.

De Concepción del Bermejo recuerdo haber traído esta sortija que le saqué del dedo a uno de los viejos parálíticos llamado Nicolás del Barco, no bien expiró, antes de la invasión de las ratas sobre su triste osamenta.

—¿Quieres esta sortija? —me había dicho—. Se la compré a un indio que mató a una mujer blanca. No dejes que me muerdan las ratas. Y cuando muera, tómala y entiérrame en lugar seco. —No por la sortija ahuyenté las ratas de la cama del viejo, a toda hora y sin tregua. Incansables, cualmás, cual por igual, iban avanzando hasta el camastro, furiosas, con furia de dientes que crecían sin gastaduras. A palos las espantaba y ellas en su obstinación. Cuando el sueño y la mojon me vencían, me despertaban los gritos del viejo.

—¡Ayúdame! Te pagaré... la sortija será tuya. Sálvame de las ratas...

Palos iban y venían. Pegar pegaba hasta reventar los vientres de donde a veces se volcaban las crías semidormidas llenando el piso de latidos. Desesperado prendía fuego con la poca leña seca que encontraba. El humo nos ahogaba y las infelices retrocedían. No por la sortija. Lástima; esas cosas.

—No puedo más —dije un día—. Cuantimás que tengo que hacer un trabajo afuera de la casa. Así, pues, viejo, me marcho.

Despavorido, el viejo me increpó:

—¿Y la sortija? ¿Perderás esta joya? ¿Qué clase de soldado eres que temes a las ratas?

—La ciudad está inundada de ratas. Si se van éstas, vendrán otras. Tengo trabajo

que cumplir: órdenes.

—¿Órdenes? ¿Quién puede ordenar que rechaces una joya? Mírala bien: oro. Oro puro. ¿Ves esta piedra preciosa en los ojos de la serpiente? En tu vida de mestizo habrás visto una piedra semejante.

Y bajando la voz agregó:

—La cambié por baratijas y unas lonjas de tocino...

Me armé de coraje, que otra ciencia no tenía. Y seguí sosteniendo la batalla de las ratas en las entremedias de las arremetidas que nos daban los calchaquíes. Dos meses que estábamos dentro de las ruinas de Concepción del Bermejo esperando refuerzos que no llegaban, cuando mi viejo acabó sus penurias. Así, pues, con harto trabajo me había ganado el anillo, más trabajosamente que con la misma guerra. Saqué del dedo la sortija que me fuera prometida, encomendé el alma del difunto y salí cansado de luchar con alimañas, perdida la fuerza, como un hombre al que le han vaciado sus humores.

Poco después amainaron las aguas. Ratas, cuises y víboras se esparcieron por los campos y también nosotros preparamos el regreso a Santa Fe.

¡Qué cerco para el hombre las anegaciones! Mucho las he visto destruir: que el rancho, los plantíos, las crianzas. Todo se pierde con las descolgaduras del cielo. Si hasta el mundo, dicen, que una vez estuvo a punto de desaparecer, apremiado por las aguas. Comienza a llover y ¡a santiguarse y hacer penitencia! ¿Quién conoce su fin?

Me embarqué con el anillo y algunas armas. Ropa llevaba poca, que galas no tenía. Eso sí: puse tijeras para ensortijarme el pelo y unos pañuelos de Holanda para lágrimas, que nadie sabe lo que le depara el destino. Al principio venía a verme un ayudante trayendo algún mensaje y cosas de boca que el Hombre del Brazo Fuerte me mandaba. Al segundo día me hizo llamar a su cámara, siendo el anochecer. El ayudante me condujo hasta su puerta, saludó y la volvió a cerrar. Así quedé sola frente a él. El cabello le caía con esa gracia que a toda mujer rendía. Me golpearon las sienes. Quedé arrimada a la puerta donde me habían dejado. Sonreí, era que había triunfado. Sin embargo temblaba. ¿Era la misma mujer que salía a guerrear al campo, diestra en armas y valentías? Claro que no: dos clases de hombres hicieron de mí dos mujeres. Así es. Él también miraba y sonreía sin moverse de su sitio. Pasado un tiempo, y como no se producía ningún cambio de situación —yo pegada a la puerta, y él de pie junto a la mesa donde lo hallé al entrar—, empecé a incomodarme. *Abro la puerta y me marchó*, me decía una y otra vez. Sin embargo no me marchaba, ni el Hombre del Brazo Fuerte me invitaba a pasar adelante aunque más apropiado sería decir que me sentía como hechizada. Siguió pasando tiempo. Después, recuerdo que no pensé más en marcharme, ni esperé que me invitara a pasar adelante. Me dejé estar en una especie de plenitud; esas cosas.

¿Cuándo él caminó hacia mí y cuándo yo me moví sin que me invitara? No puedo precisarlo, aunque podría tratarse de un movimiento fuerte del barco el que nos haya impulsado el uno hacia el otro. Sin palabras, sin gestos, sin invitaciones ni fórmulas, nos unimos, ya que eso era lo que habíamos estado buscando desde la venida de La Asunción, antes de bajar en Santa Fe. Había hallado finalmente lo que buscaba. Y antes de llegar al puerto de Buenos Aires hacíamos planes sobre nuestra vida futura.

Con recomendaciones para que me hospedara calle arriba de La Nao Perdida, camino del Riachuelo, me envió acompañada por su ayudante hasta la casa de un herrero que vivía en esa calle. Era un hombre rechoncho, bajo, marido de una mujer a la que decían griega, aunque tal vez fuera turca, llamada Régine, la del loro. Nadie entraba en esa casa sin pasar por el zaguán donde había un loro que averiguaba todas las razones de la visita. Si le pedían por Régine y sus servicios de tiradora de cartas o de bruja, el loro daba su consentimiento y permitía la entrada, previo depósito de una moneda de plata en la alcancía colgada de la pared. Si, en cambio, venían a cobrar deudas, el loro daba de picotazos al intruso y lo obligaba a marcharse. Cuando llegué a la casa, el ayudante se despidió en la puerta indicándome preguntar por Basilio el herrero y que le pidiese hospedaje invocando el nombre de mi amante. El loro, no bien me vio entrar, empezó la indagatoria:

—¿Nombre?

—María Muratore.

—¿Dónde vive?

—En eso estoy.

—En eso estoy —repitió irritado el loro.

—Precisamente vengo a pedir alojamiento al herrero.

—Alojamiento al herrero —repitió—. NO HAY.

—Quiero hablar con él.

—Quiero hablar con él. NO HAY NADIE.

—Mala suerte: esperaré.

—Mala suerte: esperaré. Esperaré. NO HAY NADIE. NO HAY NADIE.

—Esperaré.

—Esperaré.

El loro me miraba con sus ojitos redondos y comenzó a dar volidos amenazantes sobre mi cabeza. Las alas me raspaban los cabellos y, por momentos, parecía que me iba a clavar las uñas. Asustada grité:

—Me manda el Hombre del Brazo Fuerte.

—EL HOMBRE DEL BRAZO FUERTE. EL HOMBRE DEL BRAZO FUERTE —gritaba el loro sin dejar de volar.

En eso se abrió la puerta de cancel y apareció una mujer alta, de cabellos negríssimos, con un lunar en forma de corazón en la mejilla. Llevaba un kimono con flecos y una pañoleta negra, bordada, echada sobre los hombros.

—Régine —empezó a gritar el loro—: María Muratore viene enviada por el Hombre del Brazo Fuerte.

—¡Bienvenida! —dijo sonriente la mujer y se hizo a un costado de la puerta por donde pasé a las habitaciones interiores.

Me sentaron junto a una mesa llena de bandejas con frutas, dulces, bizcochuelos, roscas, mantequilla, cuajada, aceitunas y pescado frito. Creía ver visiones. Desde mi salida de La Asunción que no veía juntos manjares semejantes.

—Primero hay que comer —dijo Régine—, ¿verdad Basilio?

—Así es. Primero comer —contestó un hombre con un delantal de cuero que traía una jarra de vino.

—Después se verá.

—Se verá.

—Si hay voluntad.

—Voluntad —recalcaba el marido.

—Su voluntad, ¿cuál es? —dijo Régine señalándome las fuentes y las bandejas.

—De todo... pero las aceitunas...

—Son griegas.

—Del Peloponeso —dijo orgulloso el hombre.

—¿Sabe dónde queda el Peloponeso, María?

—No tengo idea —respondí.

—Yo tampoco, pero alguna vez pienso ir.

—¿A comer aceitunas? —añadí.

—A consultar los oráculos —dijo la mujer.

—Los o rá cu los.

—Siempre le dije, Basilio, que guarde su humor para las gallinas.

La mujer se quitó la pañoleta y fue a sentarse a una mesa redonda que había esquinando el cuarto. El marido levantó los platos y guardó los restos de la comida. Ella tocó una campanilla y fue entrando una runfla de gatos grises, blancos, negros y overos. Había uno rosado de ojos verdes que se trepó arriba del armario y allí se ubicó como para una ceremonia. La mujer se paró en medio del cuarto y empezó a aventar la pañoleta, a la vez que decía girando hacia los cuatro costados:

—Venid, venid, que ya va a empezar.

Por el suelo, por las patas de las sillas, por los tirantes del techo, empezaron a moverse arañas de distinto tamaño. La mujer no cesaba sus invocaciones.

—Ven Gilda; faltas tú.

De pronto se abrió camino por el piso una araña pollito.

Cuando llegó al centro se detuvo junto a los zapatos de la mujer, después trepó sus faldas, continuó caminando hasta que Régine la tomó en sus manos, como acariciándola.

—Gilda, Gilda, ven a tomar tu lechita —decía.

El marido entró con una cantidad de cazos y una jarra. En los cazos fue echando leche de la jarra, mientras llamaba a los gatos por sus nombres.

—Sebastián: tu papita.

Fue nombrándolos a todos. Como el gato rosado entre maúllos, seguía arriba del armario, fue a buscarlo:

—Vamos, Zé, ven por tu lechita.

El gato se paró encorvando su cuerpo y de un salto estuvo en el suelo junto al cazo de leche que, al parecer, era para él.

Me fascinó ese gato, no tanto por su color rosado, cuanto por sus ojos verdes con luces amarillas.

—Zé vino del Brasil y quiere leche de coco, pero tiene que conformarse con ésta de burra. A veces se nos escapa al puerto en busca de cocos que vienen de su tierra.

—¿Está encarnado? —se me ocurrió preguntar sin saber explicarme por qué.

—¡Prodigio de mujer! —dijo Basilio acercándose y tomándome una mano.

—¿No es asombroso, Régine? —decía Basilio, mirándome como si acabara de descubrir mi presencia.

Parecían deslumbrados. En mi honor recorrieron una cortina y apareció un altar de filigrana adornado con candelabros, un corazón de terciopelo granate atravesado por espinas, lechuzas de plata, en el centro una cruz con incrustaciones de piedras

preciosas y, a un costado, un dios con muchos brazos.

Encendieron los candelabros. Régine se cubrió con la pañoleta. Arrodillados frente al altar empezaron a rezar una oración en un idioma que tal vez fuera turco. Se olvidaron de mí. Los gatos se apelotonaron sobre las cenizas de un fuego que, recién en ese momento reparé, calentaba la cámara. Solamente el rosado no se arrimó al fuego porque había saltado arriba del armario a salivarse la cara.

—A buena hora anuncias la visita —le dijo Régine al gato, como un reproche.

Abrió un cajón del armario, sacó papel y pluma.

—Escribe, Basilio —dijo.

Ceremoniosamente Basilio se quitó el delantal de herrero, se mojó las palmas de las manos, sopó la tinta y empezó a escribir lo que Régine le dictaba: *Excelencia: su emisaria llegó con fortuna. La hemos hospedado en esta su casa donde podrá permanecer cuanto desee y mande vuestra excelencia. Los gatos y la madre pollito la recibieron de común regocijo, igual que esta servidora que besa vuestra ilustre mano. Dios guarde a V. E. Firmado: Régine de Birmania, ayudante mayor*

Postdata: Sin duda: receptora.

R.

La voz de Régine era espesa y se ahuecaba hasta tocar mis sentidos, adormeciéndolos. Como efecto del vino que me dieron fui entrando en un lento sopor. Antes de que Basilio pusiera lacre a la carta yo había caído en un profundo sueño. Cada tanto creía ver a Régine, con el loro y la araña en el hombro, castigar a los gatos que bailaban en círculo alrededor de ella y también me parecía escuchar los maullidos del gato rosado que desde arriba lanzaba esos maullidos de enamorado y furioso sobresaliendo entre todos, pero eso más bien se debía a que cada vez me iba hundiendo más en el interior de las galerías de la casa. Era como que entraba en corredores oscuros, de paredes aceitosas, que de pronto se hundían en puertas que me tragaban. Luego volvía a encontrar los corredores cada vez más estrechos y húmedos y escuchaba un solo maullido largo, enamorado y furioso.

Días de mucho llover, como si el cielo quisiera zafarse de sus colgaduras y acostarse con toda su humedad sobre campos y casas; de mucho diluviar, sordos a las súplicas, fueron aquellos del mes largo y angosto. Castigó su mes entero sin perdonar uno. Pausas no hubo: recrudescimientos. Neblazones. Humedades hasta en las hendiduras del alma. Los animales conversaban en su jerga las pérdidas de nidos, pichones y comida; y los árboles su desolación de troncos, frutos y raíces. Hasta las moscas se habían hecho repeluz, sólo el raterío andaba por las aguas satisfecho, audaz a las trampas que ya nadie ponía. Habían salido a señorear las casas abandonadas y los caminos donde ya no quedaban ni las huellas de las ruedas que durante cien años iban y volvían, tirando carros y menesteres. Sólo el raterío. Así es.

No bien el último carro desapareció por el camino ya el agua barría la hendidura del rastro, como si aquí no hubiera vivido nadie, nunca, y estos cien años desde que bajamos con Garay fueran el sueño de algún viejo sentado solitario en la barranca carcomida. En medio del castigo se alejaron. Se fueron todos. Ni la lluvia fue capaz de detenerlos cuando se pusieron de acuerdo para salir juntos de Santa Fe. Ya, pues, se han marchado. Que les vaya bien.

Yo me quedé, y no sin fundamento. De sus preparativos no participé; sus avíos no lié; no alenté sus esperanzas. Nada tengo que salir a buscar en otro sitio.

—¿Espera a alguien? —gritó allá abajo un mozalbete deteniendo su carro— ¡Eh, a usted! ¿Espera a alguien ahí arriba?

—A bleado comino —respondí fastidiado.

—Soy Leiva. ¡Venga que lo llevo! —volvió a gritar con más fuerza agitando los brazos.

El carro era un hormiguero de gente apeñuscada entre fuentones, mantas, petacas, jamones, perros, gallinas.

—¡Venga! —gritó junto con otros que se plegaron a coro.

—¿Supones que soy un paquete? —Le di la espalda y me puse de cara al río.

—Sé quién es usted, pero no está el horno para bollos. ¡Vamos, abuelo, que ya no queda nadie! —Y las ráfagas de viento apagaban la última palabra.

Se bajó del carro y subió hasta aquí, botas y sombrero mojados. Era guapo, de espaldas cargadas y mirar risueño. Me cayó bien, pero no mudé de semblante para evitar la seducción. ¡Ah, juventud! Si parece que ayer yo también la disfrutaba con esas delicias propias. Ayer fue que mis virilidades abrían su río en mi entrepierna y hoy seco, como un pedregal. ¿Y la voz? Flecha acariciante, hoy ronquido. ¡Tantas pérdidas! Sólo crecen los recuerdos.

—Vamos abuelo, allá estaremos mejor...

—Allá... ¿Dónde es allá?

—Buscaremos un sitio más seguro que éste de los ataques de la indiada.

—No mocito; yo al río no lo deajo.

Se había puesto ceniciento, como sumido en un baño algodonoso. Recibía el golpetear de la lluvia sobre su cuerpo, emborrachándose de gotas. Las ráfagas desmelenaban sus crines ocre y él, juguetón, las abrazaba. Muchas veces lo había visto así, revolotear gozoso por el baño. Respiraba desde la profundidad. Pero también sentía sus gemidos que volvían desde lo hondo, ahí donde solía guardar los gritos de tantos pescadores. Y hasta en sueños me había acostumbrado a oírlo cuando golpeaba la orilla y me avisaba que mientras él viviera yo viviría y mientras él fuera fuerte yo tendría fuerza; esos aconteceres.

—Buscaremos un lugar seguro para puerto...

—Para puerto basta con el otro, el del Sur —dije recordando los días felices cuando Santa Fe se llenaba de barcos que entraban por este mismo río.

—Venga, no sea terco, ya se fueron todos.

—¿Y con quién voy a dejar a mi muertecita? —respondí, abriéndome paso de mi corazón al suyo.

—La gente dice que ella murió lejos, no aquí, abuelo.

—Por eso mismo ¿no entiendes que si me ausento se irá también su recuerdo?

—Adiós, abuelo, tal vez vuelva a buscarlo.

Lo miré como tantas veces; esos amaneceres. Sosegado mi ánimo, me puse a cantarle unos areitos y sentí que por mi boca y mi garganta él me traspasaba y se alojaba en mis adentros, viniendo con el aire húmedo. Luego, ya en mi interior, se instaló su salobre especie; cadencias. *Padre mío*, le dije.

El último Leiva arrancó con su carro, allá abajo, y se fue por el camino, con su mujer y sus hijos, su loza y sus camastros, llevándose a otro mundo (si supo sostenerlo) el recuerdo de aquel mozo atrevido que fue su abuelo (o bisabuelo), aquel Diego de Leiva que descuartizaron a puro potro junto con el Lázaro y los otros jefes conspirativos.

Ya la barranca se va acercando a la plaza donde los descuartizaron, en un acortamiento de distancias y de tiempo.

El agua se come la tierra en los días de mucho llover. El último Leiva tal vez no oye, como yo, en las fragilidades de los despueses, la voz de su abuelo (¿o bisabuelo?) apellidando libertad a una ilusión. Era el más fervoroso. El más engeguedo por la libertad. De balde el Lázaro decía: *guardar las zafaduras para los festejos; cautela es lo que pido*. Diego de Leiva se dejó engañar por el traidor: creyó en su juramento. Creyó en el falsario Cristóbal de Arévalo que el mismo día del triunfo, caliente aún la revuelta, por debajo de los jefes los vendía al opresor. Descuidados estuvieron porque Diego de Leiva confió. Al día siguiente estaba muerta su ilusión. Y la cabeza del pobre Leiva arriba de una pica, en esa puta plaza que los abochornó. Ya se acortan las distancias y va acercándose a la barranca. Tengo que trasladar mi rancho. ¿Gente? No hay. Ni escondida. Cuando pasen las lluvias se

acercarán los indios y entrarán a esa plaza. Tengo que trasladar mi rancho un poco más allá, siempre sobre la barranca, no quiero ver esa puerca plaza donde vagan, furiosos, entre la lluvia y las desilusiones, los siete descuartizados.

Muchas lenguas corrieron sobre el anillo. Que había pertenecido a una bruja quemada por la Inquisición, en Lima. Que lo sacaron profanando un ataúd. Que sus dueños fueron, entre otros, una reina de Inglaterra, una princesa gitana, un hechicero hindú. Que había causado el hundimiento de un barco. Que otro dueño, traficante de esclavos, supo pagar con él el precio de 150 negros de Guinea. En todos estos «sucedidos» estaba siempre interviniendo la fascinación. De tener que pintar esa sortija, sobria en el oro, con las dos cabezas de sierpes incrustadas de piedras preciosas diría: *era un anillo hecho para la ilusión*. Si parecía que hasta respiraba en su encender y apagar lucecitas. Se agitaba en los dedos donde lo colocaban y sus dueños íbanselo pasando del anular al índice y hasta el meñique donde algunos lo usaban, cosa que se decía del corsario John Drake en los varios viajes que hiciera al Río de la Plata hasta que lo apresaron y fue a terminar con sus huesos en la cárcel de Santa Fe.

Pareja corrió la voz de su embrujamiento. Que Garay lo había regalado primero a Ana Rodríguez y después a María Muratore. Que Garay y María —bajando a descansar en la playa del río— terminaron muertos a flechazos por indios al mando del cacique Manúa. Uno de los indios de Manúa sería quien sacó el anillo de la suave mano de ella y más atrás, en los despueses, lo cambió por una bagatela a un soldado español que caminaba la tierra. ¿Sería ese soldado algún viejo comido por la enfermedad, el doliente de la ciudad de Bermejo? ¿Sería ese anillo el mismo que el viejo ofrecía a cambio de evitarle el asedio de las ratas? Cuando el paralítico acabó su purgatorio recogí la joya que buen trabajo me había costado. Hombre de aventuras no desconocía las historias tejidas sobre el anillo. No me sustraje a su fascinación. Antes bien las conjuré. Entonces, ¿qué hace un hombre para liberarse de eso? Lo enterré. *Escondido no fascina; uno deja de verlo y se libra de su atracción*. Al pie de un naranjo, bien en el fondo del rancho, sobre una hondonada de la barranca, lo enterré. De vivir viví mucho y hondamente, pues según mi poca ciencia llevo consumiendo unos cien años en el agua y en la tierra desde que llegué de La Asunción. Cien años son más que suficientes para conjurar un maleficio por eficaz que sea. Cierto es que no disfruté del anillo. No lo lucí ni tampoco usé para pagar las muchas deudas que siempre tuve. Antes bien me privé de nombrarlo y de sacarlo a relucir en mis conversaciones. Era un secreto que guardaba en esas clausuras. El naranjo fue creciendo y en los inviernos frutecía en doradas y jugosas naranjas. Siempre fui aficionado a las naranjas. Ya viejo, Isabel Descalzo me alcanzaba una tisana que tomaba por las noches, junto al brasero. Ya tenía tostándose sobre el carbón las cáscaras de naranja. El té bullía y la cáscara echaba su perfume, abriéndose, dentro del agua. *Está buena la tisana, mujer*, decía mirando los pies de Isabel que emergían orillando el ruedo del vestido. Pero nunca le hablé del anillo.

Sin embargo la fascinación del anillo no era producida por la serpiente de dos

cabezas, recamada de zafiros orientales, que circundaba el cuerpo recio en el oro y audaz en el viboreo. Era la mirada. La mirada de las cabezas la que acechaba desde la piedra, lúcida y fulgurante, mirada de basilisco, sin redención. Esa mirada envolvía un halo y convulsionaba el ánimo. Después el mirante se perdía adentro de la mirada y fondeaba en los ojos de la serpiente. Ahí se avenían imposibles, conciliaban opuestos y retrocedían las desgracias. ¡Ah, esos abismos!

El tiempo, como ahora, simulaba pasar. A diario salía a remar en mi canoa desde el alba hasta el anochecer. Rolando sobre las corrientes me dejaba llevar más allá de las islas florecidas, verdosas, que me llamaban invitándome a descender. Acostado sobre la canoa, vagando sobre el lomo del río, es cuando uno puede escuchar, viniendo de lejos, el canto ronco de sus abuelas que, parturientas todavía, ya se estaban bañando en sus aguas, junto al hijo recién alumbrado. Con las tormentas era que me quedaba en el rancho, munido de mis pensamientos. El rancho fue creciendo y poblándose de gente. Regresaban los soldados de las batidas que hacían al interior del país. Por una y cien veces se sucedían las arremetidas del indio sobre la población, pero ni aun con esos padecimientos regresó el Fundador. Tampoco volvió María. En el juzgado se abultaban los expedientes con declaraciones de infinitos testigos presenciales y de boca, que aseguraban, se contradecían, levantaban falsos testimonios o groseras defensas, ante la mirada vacía de S. E. o la parsimonia de los escribientes. Se alargaban los exhortos y menguaban las sentencias. ¡Tantas flaquezas!

A duras penas la gente levantaba sus casas: los indios se las destruían. Se anhelaba la tierra en afán de semillas y de frutos, pero el agua de las inundaciones consumía por igual cosechas y anhelaciones. Crecían lagunas y esteros. Un tigre alevoso entró hasta la misma iglesia de San Francisco y se comió un fraile que estaba en oración.

El tiempo simulaba pasar. Se lo sentía llegar, sin intermediarios, y asentarse sobre el río. Penetraba en las arrugas de mis manos y en los resquicios de las cosas que se encargaban de hacerme vibrar. Siempre eran los objetos los que me producían esa vibración: el tarro donde hervía el agua para el mate; las piedras del camino; la reja de la tumba; la canasta que fue del negro Antonio Cabrera; una canoa rolando por el río; mi bota agujereada; el escritorio de S. E.; la cama donde durmió María. Por las cosas me hallo en medio del tiempo. Entonces, como ahora, no era costoso prendérsele de la mano y conversar con él. Y ahí se fijaban los transcurros. Uno veía que los jueces pasaban pero el escritorio del juzgado estaba siempre en la sala de audiencias, macizo, imperturbable en la caoba, mudo testigo de tantos latrocinios. ¡Cuántas mentiras, injurias y venganzas pasaron por allí! Cierto que Antonio ya no subía más la barranca a conversar y fumar su cachimbo, pero el canasto que

trajinaron sus manos seguía estando donde él lo dejara la última vez que subió arrastrando sus fatigas.

Los carros, finalmente, acabaron de pasar con su cargamento humano. Se marcharon, llevándose hasta los huesos de sus muertos. Al parecer todos se han ido. ¿Qué queda de aquella ciudad que un día levantaron ganándola palmo a palmo? Ni las meras cenizas. Borrada. Ni casas. Ni cercas. Todo derrumbado. ¿Gente? No hay. Huida. Sólo el camino y el río, imperturbables. Lo que sin intención pregunto: ¿puede, sin pesar, entre los lloveres, el hombre abandonar lo que con tanto trajín ambicionó? ¿Puede, sin menoscabo, darse a las cobardías? Se van. Me quedo. Sí, pues.

Me acuerdo cómo el camino se fue abriendo paso. De tanto ir y venir buscándolo al río se fue escribiendo una huella que al principio apenas era un rastro de pisadas de hombre o de caballo, más tarde entraron los carros y lo ensancharon con sus ruedas. En el subir y bajar cuestas estaba la voluntad del hombre que iba escribiendo en la tierra. Al llegar a la cruz que guarda la entrada de la ciudad el camino doblaba hacia el bosque que es como decir: entraba en su propia respiración. El bosque respetaba sus orillares y no se le ocurría borrar el camino, ese conocedor de verdes. El bosque lo flanqueaba, porque así son los estatutos naturales y mientras el hombre camine se lo ha de respetar. Ahora vendrán las lujurias. Echado sobre sus espaldas, viendo el volido de los pájaros y el sombrear de las golondrinas, el camino escuchaba la quejumbre o el silbar del caminante. Atendía las desazones del partir y las alegrías del llegar. Por años, sobre su largo cuerpo, cayeron las campanadas de las iglesias anunciando las horas del día o las desgracias. Con el «Angelus» sabía que los campesinos se arrodillaban en los sembradíos, sombrero en mano. Y cuando sonaban a réquiem se enteraba del fallecimiento de los vecinos, por voluntad de Dios o sin su anuencia, como ocurrió con los siete descuartizados. Río y camino oyeron aquel día tañer las campanas como nunca, caían sacudidas por una vibración como de llanto. Avisaban que los muertos eran aquellos valientes hijos de la tierra que habían osado pretenderla para ellos. Que con su vida habían pagado la osadía. Y ¿qué pagaron sino la soberbia y la ambición? ¿Tierra querían? ¿Mando querían? Así sucede cuando el hombre tiene pensamientos. Escarmiento.

Y ahora salen yéndose de la tierra que mezquinaban. Ya pasó, al parecer, el último carro y los dueños de la tierra no se la pudieron llevar. Como ratas por tirantes van por el camino que los ve marcharse de Santa Fe. Lo que sin intención pregunto: ¿Ónde fue que dejaron sus alcurnias, sus escudos, las herencias que malquistaban y las escrituras de sus predios? Poco es lo que se llevan. Sí, pues. Olvidado.

Con la noche, sobre las casas abandonadas, el camino, sumido en sueños, ha de escuchar como tantas veces, a las últimas campanadas rodar como candiles apagados amortiguando el dormir y el ladrar de los perros ausentes.

Tupasy, madre de Dios, será quien los soltó de su mano en la mediatarde de la siesta, durmiendo ella (María), bajo los sauces, suelto su pelo y con el abanico que le hacían las hojas de las ramas. A su lado, el «aba» enceguecido de mando también dormía en la playa, porque así trabajaba la vida para conformar a algunos y malquistar a otros. Frescor del río les llegaba, y ellos en sus delicias desconocían que sus pasos se borraban. Sí, pues, la vida secretamente trabajaba. Tupasy será quien, creyendo poner justicia, puso dolor. Dicen que ella tenía su mano sobre el pecho de él, como un pájaro herido al vuelo, acariciándole la barba. Sesteaban. Tres años que dormían juntos, hasta que Tupasy, en su voluntad, habrá dicho: se acabó.

Después de aquella matanza el difunto Juan de Garay seguía juntándonos bajo su toldo y ejerciendo el mando. Al trote salimos los santafesinos a escarmentar esos indios altaneros que habían osado tronchar la vida del mandamás galante, pero no pudimos llegar a Punta Gorda: en el camino otras injurias se opusieron. Y fue que nuestras malandanzas se vieron castigadas por Tupasy en la mano de esa indiada que sin tregua oprimía. Vinieron tiempos de aguas y nuestro jefe mariscal de turno ordenó esas estratagemas milicas que conjuraban las nuestras de pelotas de arcabuces, certeras y cumplidoras. El jefe era un asturiano testarudo para quien nuestras vidas valían lo que una meada contra la pared. *Semilla de mestizo* —decía—: *al pudridero*. Provocador, desoído de consejos, ansioso del encontrón, nos llevó en su necedad a las puertas mismas de una garganta donde los puñeteros indios se habían atrincherado. Confiaba sólo en sus estratagemas milicas: *Los sitiaremos; por hambre y sed saldrán de la fortaleza; entonces los liquidaremos*. De balde fueron las anticipaciones de sus segundos. Molidos por los lloveres, hambrientos nosotros y no ellos, expuestos al blanco de flechas y bolas, íbamos cayendo nosotros y no ellos. Nuestro jefe espumaba mando por su boca echándonos al matadero. «¿Qué no ve, su excelencia, el equívoco? ¿No será más sensato alzarnos con la noche y amanecer ausentes? A ladinos nadie le gana a estos indios. Vuélvase de su mandar, que a veces vale más desdecirse que emperrarse. Sépase, señor mariscal, que su mariscalía no sufrirá menoscabo. El hombre se equivoca con los sentimientos, cuantimás con las estrategias. Con su dispensa vea que caen muchos mestizos, y sin esta gente qué guerra podrá llevar adelante. Le han liquidado la vanguardia. Mire, vea mariscal: de este lado morimos como moscas, de allá se cobijan en sus parapetos. ¿Agua? ¿Comida? Téngalo por seguro que bien provistos han de estar. A más que estos indios no necesitan mucho para mantenerse: a veces sólo de quirusillas. Alce, excelencia, su carpa o mándenos avanzar».

De balde sus segundos lo persuadían. El asturiano como si oyera llover. Terco. Pretencioso. Gestos de desprecio. Mestizo o indio nada valían. Escarmentar era su único pensamiento. Garay había muerto, eso era lo principal. Garay: un general español. Así estábamos. Viendo estas divergencias, y ya que hasta el momento —

vaya a saber por qué razón— la muerte me había respetado sin hacerme entrar en sus decisiones, decidí por mi cuenta escabullir el bulto para no ser blanco de las flechas. Habíale hecho muchas gambetas y cuántas veces estuve a punto de caer en la volteada. Así, pues, me largué. Silencioso, en un caballo que me conocía, amordazado, envueltos los vasos para no ser oído, ¿qué no vienen otros cinco soldados mestizos que acaso maliciaron mi pensamiento, cansados como yo de tanta prepotencia, a hacer también por su cuenta los aprestos? Grande fue nuestra sorpresa cuando en el camino nos íbamos sintiendo los bultos, moviéndonos con harto sigilo, y hallando que esos bultos se escarnecían a medida que la oscuridad se dejaba traspasar por ranuras de luz. Arriba de los caballos galopamos todo el día sin parar, sin ningún acuerdo, como no fuera alejarnos del asturiano mandón. Tres días después urgidos por la sed y las ansiedades detuvimos el galope y nos echamos a hablar. Así fue que decidimos rumbear, proscriptos, hacia Córdoba. Allí estaríamos hasta que, necesitándonos en el ejército, nos harían llegar el perdón.

De Córdoba muchas cosas se decían y eran ciertas. Llegué pelado, sin ropas ni plata. Me aseguré la comida enganchado en un mesón empleado para todo servicio especialmente para matar chanchos y desplumar gallos y gallinas. Pero yo, qué tanto que me hubiera vuelto a mi pago de Santa Fe a sentarme en la barranca en esos amaneceres de rosicler. Tres años estuve alzado, sin circundar el río ni echarme mis canciones en la playa, cuando el viento viene del sur y arrastra esas voces que de balde uno intenta pero no puede olvidarlas.

Me hallaba prisionera en esa casa de infinitos corredores, perdida en patios internos que se contenían unos dentro de otros. Pisaba grandes almohadones de plumas de ganso que se rajaban al pisarlos y yo era inundada por las plumas. Cuando despertaba del sueño en que el embrujo de Régine me sumía, rondaba apaciguada los patios y me hundía cada vez más adentro de la casa sin hallar la salida. Había ido a parar a la calle de la Nao Perdida, cerca del Riachuelo, pero la casa parecía estar en la hondonada de una barranca y los corredores cavados dentro de las salientes de unas colinas. Arriba habría árboles porque se notaban como gruesas raíces que surcaban la techumbre. Hasta que un día, oyendo los gritos del loro, me dejé llevar por sus parloteos y sintiéndolos cada vez más cerca me hallé de nuevo en la pieza de los gatos. De ahí en un santiamén di con la calle. Respiré el aire del río anchuroso como el mar, caminé rápidamente un trecho sin volver la cabeza y, en composturas de ropas y atuendo que se me habían ajado, me encontré en una calle ya no solitaria sino animada. Vi un cartel: «Casa de préstamo» y más rápido que volando entré. Me quité el anillo de sierpes:

—¿Cuánto? —pregunté.

El prestamista pareció desencantado, aunque se le iban los ojos en la joya. Yo sabía que era valiosa. Por las luces. Por el paciente trabajo del recamado. Por la pedrería. Por la fiebre que había puesto en mi cuerpo. Por la fascinación. El prestamista hizo una oferta de poca plata: señal que tenía demasiado interés. Di la espalda y trasponía el umbral cuando el usurero exclamó:

—Última oferta... ¡Dos mil reales!

—Es suyo.

Recogí el dinero y lo primero que hice fue buscar hospedaje. Hallé la fonda del «Gallo mercenario» donde había unas negras muy avispadas y serviciales que me tomaron cariño. Me consiguieron un muchacho para el servicio. Puse casa. Compré armas. Las negras querían enseñarme a vainillar, a repulgar pastelitos, a aderezarme el pelo. Pero me aburría. Estas cosas no me conformaban.

—Esto me pasa por creer en el amor —me dije perdiendo hasta el último vestigio de ilusión.

Los días en la ciudad de la Trinidad pasaban lentos mirando la calle por la celosía. Las pocas veces que salía me iba al puerto y ya me encontraba en tratativas con un barco que me llevara de regreso a Santa Fe, cuando otra vez, por esos designios misteriosos, cambió el curso de mi vida. Había pensado volver a aquella ciudad, correr junto a Blas y pedirle perdón. El amor del mestizo era el único verdadero, me decía casi convencida. Pero las cosas no sucedieron así.

Yendo por la calle una tarde, despreocupada de los menesteres domésticos, pero alerta a la vida, el ayudante de Garay que me habría visto, se sorprendió. Era aquel que me llevara con engaños a casa de la bruja Régine de Birmania diciéndome que

era un hospedaje. La sorpresa del ayudante se debía tal vez a que se estaría preguntando cuán lista fue esta María Muratore para lograr escapar de esa prisión.

Será que ninguna mujer consiguió salir de los corredores internos una vez traspuesto el umbral del zaguán vigilado por el loro. Por lo tanto, el ayudante se habría apresurado a entrar en la gobernación y dar la noticia.

Pero yo no reparé en el ayudante: iba muy entretenida conversando con un caballero ocasional, alto, algo desgarbado y sobriamente vestido. Ese caballero, como yo, tenía la pasión por las armas. Grandes tiradores ambos, íbamos hablando en esa jerga que dicen suelen emplear los maníacos. Por eso no alcancé a ver al ayudante que habría pasado con disimulo por la vereda de enfrente.

No corrieron dos días de eso, cuando recibí una carta del mismísimo Juan de Garay, a la sazón gobernador de Buenos Aires, encareciéndome una cita, muy extrañado por mi desaparición. Convencida de la falsedad de los hombres, no respondí: de hacerlo, habría ido a parar a la cárcel por desacato, que tales serían los insultos que escribiría. Opté, pues, por el silencio, ese buen consejero. Más callada estaba, más se apilaban las cartas que recibía, lacradas con el escudo nobiliario. No las abría. En la cuidada educación que recibí de parte de mi padrino, allá en La Asunción, figuraba entre otras destrezas poco femeninas la lectura y escritura. Así es que las cartas no las leía no por ignorancia sino porque deliberadamente no quería abrirlas. Estaba dispuesta a no dejarme intimidar por las águilas ni los aguiluchos del escudo; tampoco por esa letra llena de curvas y finura, que tan prolijamente dibujaba aquella diestra mano. Mucho menos por el perfume que bien conocía, remotos aromas que los barcos traían desde el Oriente para el gobernador, gustador de exquisiteces.

Tanta descortesía se iba acumulando que empecé a sospechar: algo se tramaría en mi contra. No se puede desconocer la invitación de un poderoso sin descabros para el descortés. Una tarde, por los barrotes de mi ventana, veo el carruaje oficial detenerse en mi puerta, y bajar un lacayo de boina que requería hablar conmigo.

—¿Qué se le ofrece? —pregunté a través de la ventana.

—Su Excelencia invita a María Muratore a visitarle.

—Dígale que no me da la gana.

Ya estaba segura de que se desencadenaba la tormenta. Pasé la noche meditando cómo salir de este asunto. ¿Marcharme? ¿Enfrentarlo? ¿Viajar por tierra; por agua? Al día siguiente, el carruaje de nuevo se detuvo a mi puerta. Esta vez eran tres lacayos, los que, sin más, bajaron, y, sin contemplaciones, dijeron:

—Es una orden.

—Vengan a llevarme —y corrí al interior de mis aposentos en busca del arcabuz.

Los tres tipos entraron a perseguirme y se encontraron con una fierecilla que pronto los puso fuera de combate.

¡Bestias! ¿Qué se creen que es una mujer? ¿Un armatoste? ¿Una bolsa de mandioca? ¿Una mujer se alza sólo para satisfacer el capricho de un hombre? ¿No tiene alma, verdad? ¿Cuántas letras se precisan para decir no? Tantas como para sí. Pues no. No. No quiero ir. ¡Hala! Infame turba de lacayos. Si les queda algún hueso sano, díganle que María Muratore manda contestar que no.

Primero cayó el de la gorra, un hombrón cejijunto de ojos bovinos; después, uno de los otros dos. El tercero, viendo el asunto a mal traer, corrió al coche y salió a escape. En el piso yacían dos hombres al servicio del imperio, que de pronto habían tomado actitudes duras y casi ridículas; uno estaba casi con las tripas afuera, perdida toda compostura. Con dos tipos muertos en el suelo y la ley y el poder en mi contra, ¿qué hacer? ¿Me haría cargo de las muertes inferidas? ¿Fue en legítima defensa? En la ciudad de la Trinidad y puerto de Buenos Aires nadie me libraría del escándalo que el asunto traería: una mujer hiere a muerte a dos servidores de la gobernación. Una mujer sin padre, sin esposo, como quien dice una mala mujer. ¿Cuáles son sus medios de vida? ¿Cómo puso casa? Ahí saldría a relucir el anillo de mi veleidoso galán. Naturalmente que me acusarían de haberlo robado. Con engaños. Con argucias. Hasta con artes de brujería. Yo, María Muratore, asesina, ladrona, sacrílega, bruja, engatusadora de hombres, que hasta había osado manchar el ilustre nombre del gran Conquistador, mezclándolo en una sucia historia de amoríos. Pero ya antes de llegar a este puerto —¿quién lo ignora?— fui arrojada de la casa de mi padrino por perjurya, por desagradecida, por ambiciosa, por puerca. Allá en La Asunción bien marcado había quedado mi nombre. Que lo digan las hijas de mi padrino, incansables en propagar a los cuatro vientos la desgarradora historia de su padre seducido por mí. Cuando ellos me habían recogido, alimentado y educado. Más que a sus propias hijas legítimas su padre me había educado. Con un esmero que yo no agradecí. La cabra tira al monte, decían, y críe usted una de estas hijas del pecado, críe usted cuervos que le sacarán los ojos. Cuévanos le dejarán donde usted se recreaba. Una de estas pillas un día, cuando menos lo piense, aparece como ama y señora y usted a limosnear por los caminos.

Volví a la realidad para no herir la memoria de mi amado padrino y eché de ver que el asunto urgía. ¿Qué hacer? ¿Tiene la mujer derechos sobre su cuerpo y dispone de albedrío? ¿O debía correr en busca del perdón junto al pecho del Hombre del Brazo Fuerte? Pecho por el que había suspirado en mis noches de fiebre en Santa Fe, antes de comprender que apenas fui uno de los tantos caprichos de su inconstante dueño.

Al muchacho que me servía le compré la vestimenta; me armé de suficientes cartuchos con su correspondiente arma; tomé todo el dinero que me quedaba de la venta del anillo y sin esperar a que cayera la noche salí de la casa dispuesta a vender cara mi libertad. Se me ocurrió mandar un mensaje al caballero que me acompañaba

en mi paseo la víspera del hecho en que me desgracié, diciéndole que necesitaba verlo por un asunto importante. Lo cité en el puerto y allí me encaminé atravesando calles solitarias a causa del calor. Sin hacerse esperar mucho mi reciente amigo llegó montado sobre su caballo. Se había puesto un sombrero atado al barbijo y lucía cuidada barba oscura que resaltaba su palidez. Salí a su encuentro porque él no me reconoció. Y es claro: llevaba toda mi cabellera oculta debajo de una sucia gorra, alpargatas y unos pantalones remendados. Le conté lo que me estaba ocurriendo y a medida que se enteraba del sucedido iba poniéndose cada vez más pálido y atolondrado. Cuando terminé mi narración, por la pinta y por la tinta, me di cuenta que el hombre estaba ido de miedo.

—Necesito un trago —dijo—. Ya volveré entonado.

Montó en su caballo y retornó a la ciudad todavía bañada por el largo sol. Recorrí el puerto buscando la forma de salir cuanto antes sin despertar sospechas y empecé a ofrecirme como grumete o lavapisos. Nada. Nadie que se interesara por emplear mis servicios. Había mucha competencia con muchachones de apariencia fornida que merodeaban decididos de barco en barco, saltando y correteando con sus alpargatas rotas, pero dando una impresión de vigor y osadía. Yo al lado de ellos quedaba relegada y era natural que no me trajeran en cuenta. Como pasaba el tiempo y yo sin escabullirme dentro de algún barco, eché mano del último recurso: contratar una canoa para que me sacara, lo más pronto posible, de Buenos Aires. Un viejo raquítico, dueño de una canoa desvencijada, a la vista de la plata que le ofrecía, aceptó llevarme. Sin equipaje, sin despedidas, ante el asombro del viejo subí a la canoa y de inmediato le ordené partir remontando el río. En ese momento llegó, montando su caballo, el hombre que había ido a entonarse con alguna copa, y me gritó que lo esperara. Por las dudas seguí arriba de la canoa, a prudente distancia de la costa, esperando ver la derivación de los acontecimientos que de ahí en más se sucederían. Veo que traía el arcabuz y otras armas cruzadas del caballo por lo que al parecer, se preparaba para algún hecho fortuito. Dijo que tenía necesidad de hablar conmigo sobre el asunto que yo le anticipara, pero no a los gritos, sino en tierra y a solas. Ahí fue que dudé. El corazón me dijo que no, antes de que el viejo se diera cuenta de lo irregular de mi sexo y de la situación y me dijera, en voz baja, que el caballero que me instaba a bajar era nada menos que el jefe de arcabuceros del Hombre del Brazo Fuerte, y que si bajaba a tierra me prendería y me entregaría. ¡Ah, viejo!, ¿cómo fue que conociste que andaba en la mala y tu proceder fue ayudarme? Lo miré detenidamente y entonces caigo que era negro de Guinea, desharrapado, esquelético y enfermo, remando para ganarse el sustento.

Di orden al canoero de alejarnos de la costa lo más rápido posible y el viejo empezó a mover sus brazos flacos y cansados. Viendo que empezaban a disparar perdigones sobre la canoa, sobre el viejo y sobre mi persona, tomé los remos y más

pronto que volando movilicé todas mis reservas, metí ritmo al movimiento, y la barquilla se alejó de la lluvia de municiones que nos mandaban desde la costa el que fuera mi reciente amigo y otros que se le sumaron.

De buena me había salvado. Me intrigaba la sagacidad del negro: quise hablar con él, agradecerle. Mientras peleaba con el agua me contó que él vivía en La Asunción en la calle del Pecado al servicio de Celestino Descalzo y que después con los franciscanos fue a Santa Fe como cantor de la iglesia; al ir envejeciendo perdió su puesto de cantor; finalmente había recalado en la ciudad de Garay buscando reunir la suma para comprar su libertad. En un tarrito llevaba las monedas que hasta la fecha había reunido exponiéndolas al peligro de perderlas en cualquier percance del río. *La canoa es mi casa —dijo—, cuando junte el dinero volveré a Santa Fe.*

Rolamos el ancho río buscando un sitio donde poder bajar, aunque eso no era una garantía para mí. En la costa estaban los indios, las alimañas, el peligro. En el agua también se podía encontrar indios, alimañas y peligros. Hacia el atardecer se levantó viento. La canoa era arrastrada por las ráfagas y nosotros lidiando por recomponer la situación. Me di cuenta de que el negro era muy hábil para mantener la chalana. Luego vino la noche; rolábamos muy cerca de la costa. Se oían los ruidos de los árboles que movía el viento; el graznido de algunos pájaros. El viejo estaba alerta a algo: ponía todos sus sentidos en atender, como si esperara la llegada de alguien entre el ruido de las aguas. *Vigilo al yacaré —dijo—.* Entonces lo dejé solo con su oído y me tiré sobre las maderas del piso ansiando descansar.

Tres días que rolábamos encima de la barca, sin comida, sin rumbo, cuando mi viejo empieza a quejarse despacito. Lo veo sudoroso, amarillento, con ojeras. Tomo los remos y lo mando a descansar. Pero el mal que lo aquejaba siguió creciendo. Poco tiempo más tarde el negro volaba de fiebre, y ya se agotaba la poca agua que él según su costumbre solía llevar. Enfilo hacia una isla y hago bajar al enfermo. Alzo su tarro de monedas y lo coloco cerca del cuerpo atándolo con una correa. Horas después venía remontando el río un barco inglés al que hago señas pidiendo socorro. Destacan una chalana y nos recogen. No puedo hacerme entender por ellos fuera de que el viejo va enfermo. Lo llevan en una camilla y a mí en presencia del capitán. Pronto descubro que es un barco pirata y su capitán un filibustero famoso salteador de aguas. Como enseguida salió en descubierto mi condición de mujer, ya que tenía el cabello suelto por haber perdido horquillas y gorra la noche de viento cuando nos seguía el yacaré, fue verme el gringo capitán y creer que yo era una cosa que se toma de prepo para muchos usos. Y como lo rechacé me hizo encerrar. Me tuvieron a pan y agua varios días; cada tanto el capitán hacía que me llevaran a su cabina para ver si me rendía. ¡Filibustero bruto! Creer que me impresionaba su hablar en algarabía y que me abrazara como una tenaza. ¿Para qué aprendí en La Asunción tantas artes? Me zafaba de sus garras y no me dejaba impresionar por sus palabrotas. Me corría por

toda la cabina transpirando. Y yo no paraba hasta verlo acezar echando los bofes de rabia, Una de las veces que me hacía llevar ante él decidí escarmentarlo. Le había echado el ojo a una espada que tenía colgada de la pared y cuando hacía rato que me perseguía con su terrible cara lasciva y ya me estaba acorralando, descuelgo la espada y le largo una estocada que por poco lo manda a parar al otro mundo. Sin dar crédito a lo sucedido, el inglés, asombradísimo, me dejó escapar. En una de las idas y venidas vi al viejo canoero lavando pisos; le hice señas de que me tenían prisionera. Una noche viene el pobre negro y me salva abriendo la celda. Me lleva de la mano, arrastrándonos los dos hasta una chalana y una vez que nos descolgamos e hicimos pie nos alejamos de los salteadores. Otra vez remando de noche y cuidándonos del yacaré y de la Porá del agua. En algunas islas recogíamos frutas y asábamos pescados. Luego seguíamos viaje. El sol del río iba quemando mi piel; el remar fortificaba mis brazos. El negro, todavía débil, sacaba fuerzas para cantar sus areitos con una voz tan honda y llena de palpitations que me hacía llorar. Aunque cantaba en su lengua de negro se notaba que hacía referencia al dolor de su raza, sus recuerdos, a sus dioses, a sus mayores y a la libertad que allá gozaba. Y me venía la pena y la lástima por el pobre negro que tantos bienes había perdido.

Después de varios días de navegación una tarde alcanzamos a ver la costa santafesina. Las cúpulas de las iglesias, las casitas extendidas a lo largo de la barranca, el puerto desolado, atestiguaban que nos encontrábamos frente a Santa Fe. *Juépete* —dijo el negro—, *ese que está sentado en la barranca es Blas de Acuña, mbegüekatú.*

Callé. También yo creí distinguir al Blas sentado de cara al río rumiando pensamientos.

—Ese pikó: capaz entonces que es el Blas; quisiera, che karaíkuera, darle abrazos. ¿Vamos, pikó? —volvió a decir el negro mirándome con ansias.

No me di por aludida. Dejé que siguiera extendiendo la mano en señal de saludo y observé cómo la figura de la barranca respondía. Le di al remo con todas mis fuerzas y un poco más arriba, cuando se le iban las esperanzas al negro y él seguía mirando la costa dije:

—Pues, como el viaje será largo, redoblo la oferta.

El negro saludó por última vez, y sus ojitos brillaron codiciosos. Y seguimos, un poco mecidos por las aguas y otro por nuestros propios intereses. Yo veía que el negro se esforzaba en servirme aunque sus flaquezas lo vencían. De noche, después de comer los sábalos que asaba con esa maestría propia, nos echábamos a dormir entre las varillas de la costa, aunque el negro muchas veces prefería quedarse arriba de su canoa que amarraba a algún poste. *Acechaba. Duerme viejo, que la vida es corta y el sueño es alimento* —le decía para calmarlo.

—Te cuido del yacaré —respondía.

Pero mi viejo se derrumbaba. Remar era mucho esfuerzo para él: el pecho sumido, los brazos temblorosos. Entonces el mayor trabajo lo hacía yo. Lo veía ansioso por la paga soportar el decaimiento de su cuerpo con resignación. Así que, un poco más arriba, viendo su endeblez para el remo y la poca salud de que disponía, decidí seguir sola mi viaje y darle la opción de regresar. Le pagué lo convenido, le compré la chalana y lo despedí en el varillar de la costa.

—Ahora compraré mi libertad —dijo contento—, pero tú ¿dónde vas?, mujer y sola. Es peligroso.

—Vivir es peligrar —respondí y no quise volverme para saludarlo viéndolo tan flaco y roto, apretando contra el pecho el tarrito donde guardaba sus monedas. Estaba descalzo y tenía que volver caminando a Santa Fe.

Pronto la figura del negro se borró de mi vista porque yo también había aprendido a poner todos los sentidos en atisbar al yacaré. Al menor descuido lo tendría a mi lado, y no quería terminar masticada por el animal cuando debía remontar la corriente del río hasta su ardiente corazón.

Estuve callada, no sin argumentos. No es que no llame la atención con mi cabello rojizo y mis ojos casi verdes. Algo había siempre que me empujaba para atrás obligándome a desaparecer. Mucho tengo en mi memoria para contar aunque algunos crean que alguien aparentemente frágil como Isabel Descalzo debe pasar sin dejar huellas. Pasar por esta vida como aquello que fui: una costurera pobre que vivía en la calle del Pecado, esa calle cadenciosa y llena de vida, donde todo sucedía a la manera de los cuentos del oriente. Allí reinaba Celestino Descalzo hasta que tantas francachelas y despilfarros lo fundieron. Allí quedé, cuando mi padrino (que muchos decían era mi padre) decidió tentar nueva fortuna cuando se fundó Santa Fe. Me ganaba la vida cosiendo los vestidos que, con escasa frecuencia, me encargaban linajudas señoras y niñas de La Asunción. Trajes para ceremonias importantes, vestidos de novia, con eso tenía para meses de coser. Se conocía mi prolijidad y buen gusto. Damas de alcurnia se peleaban por lucir sobre su cuerpo la obra de mis manos. Sin haber frecuentado otros salones que no fueran los cubículos prostibularios de la calle del Pecado era increíble ese don que yo tenía para las cosas de la elegancia. Paciencia es lo que siempre me sobró. Allá se decía que yo colocaba el cinturón como un suspiro detenido; los volados como caminos que surcaban el cuerpo; los moños como conversaciones anhelantes; los entredoses como invitaciones a soñar; las alforzas como promesas. ¿Quién se atrevía a contradecirme cuando medía las costuras de hilván flojo y efectuaba las correcciones a ojo, de un solo golpe de vista, rehaciendo el modelo que yo me había dibujado en el interior de mi cabeza; un toque aquí, un cavado de sisa allá; en fin, cuando disponía y desplegabla las telas a mi capricho sobre el cuerpo de la dienta, haciéndolas rendir ante mi tijera aquello que mi gusto ordenaba? Me dejaban hacer, confiando que de tan aparente vulgaridad, se esperaba esa mano maestra para la costura. Nadie como Isabel Descalzo conocía lo que una mujer estaba dispuesta a decir con su vestido. Insinuar. Desdecir. Nadie como yo conocía el lenguaje del escote, del canesú o de los pliegues. Echaba mano de ese código con mi destreza propia. Era sabido que arreglaba enojos, disipaba engaños y consolaba viudeces cada vez que entraba con mis tijeras y dedales, en las casas donde me llamaban para encargarme una confección. *Esta muchacha vale un Perú. Ah, si hubiera nacido en Toledo* (o en Madrid, o en París, o en el arrabal del diablo), *no en la zanja donde nació.* A lo cual yo sonreía, sabedora de que, pues no, había nacido en plena calle del Pecado, en La Asunción y para más de padre desconocido. Ni hablar de quién habrá sido mi madre. Nunca necesité averiguarlo. Con todo eso yo era, sin embargo, depositaria de un don inigualable. Pero mis días pasaban de las galas a la escoria, de las finuras a la roña.

Siendo la modista indiscutible, la reina de La Asunción, a los veintisiete años aún no había encontrado marido. Armé varios casamientos y no podía urdir el mío. La situación era grave. Veintisiete años son una edad crítica para cualquier época. Si

difícil era encontrar pareja a los veinte, cuantimás cerca de los treinta. Estaba preocupada. Entonces fue cuando recibí el oficio judicial que me enteraba de la travesura de mi padrino: había muerto dejando una chacra que poseía en Santa Fe a un tal Blas de Acuña, siempre que el fulano se casara con esta personita. ¡Padrino salvador! ¿Cómo fue que se le pasó esa ocurrencia? Mucho me habrá querido para acordarse de mí en la lejanía. Salir de esa calle, transformarme en propietaria, dejar de coser, ser una señora con esposo, eran mis ambiciones más desmedidas. De golpe se presentaban todas juntas. Viajé a Santa Fe y de aquello me vi hundida en un largo y complicado pleito contra Blas de Acuña que se quería quedar con la chacra sin casarse conmigo. Contraté abogados que le reclamaron la chacra o el casamiento. Blas alegaba estar casado. Pronto averigüé que con una sombra.

—Habrás que esperar a que el recuerdo se vaya. Paciencia es lo que me sobra.

Sin sofocarme dejé que la sombra siguiera ocupando su lugar en el corazón de Blas. No la malquisté ni traté de borrarla. Torpezas no. Yo venía de abajo, pero sabía mucho de trato y esas cosas. Confié en el tiempo, ese componedor. Así que cuando Blas se iba a la guerra le cuidaba la casa, de manera que a su regreso la encontrara limpia, el techo retocado y sin goteras, los animales atendidos, las plantas regadas. De una de esas salidas a corretear indios, Blas se encontró con que le había hecho el cerco a la tumba, en el patio:

—¿Qué es? —dijo Blas.

—Pues la tumba de María.

—¿María?

—María Muratore. Pobrecita. La conocí en La Asunción. Vivió un tiempo en mi casa, cuando la echaron las hijas de su padrino. Hasta que se vino para acá vivió conmigo. La quise mucho. ¿No es digno de ella este cerco?

—No te entrometas en mi vida —me dio la espalda y fue a sentarse junto a la barranca.

Pero el cerco quedó. Después planté siemprevivas, pensamientos, geranios. Yo también me fui quedando en la casa. Trajinaba en la cocina, zurcía la ropa, cuidaba las plantas. En el verano salía al patio donde mi hombre se quedaba horas enteras mirando el río.

—Ya está la comida, Blas.

Se comía sin hablar ni mirarnos. Se sentía su encono. Un rechazo que continuaba al meternos en la cama sin haber cambiado un solo gesto. Adentro del lecho me pegaba con fuerza al cuerpo de él, para desenconarlo. Blas, entonces, vociferaba:

—¡Puerca! ¡Diabla! ¡Maldita!

Después, aquietados como el río que atormentaron los lloveres, caíamos dentro de la bruma del sueño.

—¡Maldita diabla! —farfullaba Blas.

A la mañana de nuevo el silencio y la incomunicación. Tuvimos un hijo. Después otro. Por entonces yo andaría por los treinta y tantos años. Blas se marchaba a las guerras: volvía cansado, sucio, despotricando. Allí estaba yo para consolarlo de tantos sinsabores.

En una ocasión, ausente Blas, el negro Antonio Cabrera me contó que había visto viva a María Muratore.

—La llevé en mi canoa. Fue la temporada que me fui a trabajar a Buenos Aires.

—Cuenta, Antonio. ¿Cómo fue eso?

—Ella me contrató para viajar por el río. Iba huyendo de algo que no me sé.

—¿Quién la perseguiría?

—Pues: la autoridad. Eso: la autoridad.

—¿Tanto?

—Vi cuando el jefe de arcabuceros le tiró a matar. Ella me contó que estuvo prisionera.

—Fantasías, seguramente.

—Si no me cree, no sigo, pikó.

—Sigue, sigue. Y ¿a dónde fue?

—Compró mi chalana y siguió remontando el río.

—¿Plata robada, Antonio?

—Venta de un anillo.

—¿Tenía un anillo?

—Y ¡qué anillo, pikó!

—¿Robado?

—Regalo del Hombre del Brazo Fuerte.

—¿Pago de favores?

—¡Quién lo sabe!

—¿Que ella estaba viva, dices?

—Y remando.

—Y ¿dónde habrá ido?

—Bien arriba.

—¿Dirías que a La Asunción?

—Más arriba.

—¿Qué tanto dirías, Antonio?

—Hasta el nacimiento del río.

—Eso sí que está bueno.

Mis ojos verdes, entonces, se azulaban. Lejos, cuanto más, mejor, se en leía el nacimiento de mis pestañas. El negro, que sabía leer las caras, agregaba:

—Pero no hay poder llegar: mujer y apenas con una chalana...

El tiempo, como ahora, simulaba pasar. Engañaba. Blas no atendía sus amagos, y más si andaba rolando por el río arriba de su canoa. Más fuerte que el tiempo era el río. Y se lo tragaba. El tiempo, ese impostor.

Vino la orden de correr en defensa de una población del norte, fronteriza con el Brasil. Era un pueblo de avanzada que muchas veces había hecho frente a los mamelucos brasileños. Sus hombres: agotados de pelear. Por último los indios le habían puesto su pica. Asediaban. Vino la orden de salir y los santafesinos salieron. Otra vez el correteo por la tierra breñosa, la «nigua», la sed, esas cosas. Partieron los valientes. Muchos eran nuevos, muy pocos los que iban durando. Durando de las guerras, las pestes, las hambrunas, la intemperie. Durando del sigilo de los indios. Blas, ¿cuántos años tendría entonces? A juzgar por los hijos que había alumbrado Isabel Descalzo, andaría cerca de los cuarenta. Engordado, ni pizca; encanecido, sí. Cada vez más pegado al río, su conversación.

Así como salieron para El Brete (que éste era el nombre de la población) durante el trayecto los chumbaron los indios. No les daban tregua. ¿Dormir? Un lujo. ¿Comer? Puras figuraciones. La guerra en ese tiempo se había hecho más dura que en los comienzos, porque los indios se coaligaban y vivían en constante asedio.

Veinte días con sus noches que marchaban reculados —como gatos alzados, para no ser oídos— cuando por fin llegaron a El Brete. Las casas abandonadas. Los pozos, sin agua. Los vecinos, alicaídos. Los hombres, pocos. Cansados; hartos de tantos entreveros y luchas, perdidos en el desencanto, como mercaderes de la desilusión.

Un vecino pareció ser el encargado de la defensa, pero cuando lo vieron tan callado y frágil, no dieron nada por él. Hombre silencioso; decían que diestro para el arcabuz y la bombardita.

—Me apellido Fernán Gómez —dijo entre timideces.

Se puso, con los pocos que habían quedado, a las órdenes del jefe.

—¿Tienen armas? —se le preguntó.

—Tenemos; faltan brazos.

El jefe de la partida organizó la resistencia y Fernán Gómez, siempre callado, no daba su opinión. Cuando el jefe le preguntó qué pensaba, respondió:

—Creo que los indios desbaratarán ese plan. Son astutos. Más bien habría que emplear la emboscada.

Pareció una idea descabellada. Estaban asediados, rodeados, y él hablaba de emboscada. ¿Por dónde?

—Sí, señor: salirles por las lomadas del oeste. Sin refuerzos, los liquidaremos.

Más tarde, conversando a duras penas con el hombre, Blas supo cuánto conocía el terreno este vecino. Era como si alguien pretendiera conocer mejor que el mismo Blas las vueltas del río y las islas con sus árboles. Pero el jefe era el jefe y ya había organizado su plan de defensa. El plan consistía en llevar la ofensiva ante los mismos

sitiadores y desbaratarlos ahí, mientras algunos quedaban adentro de la población para reforzar el ataque cuando el jefe ordenara.

Lampiño, menudo, Fernán Gómez comía con apetito el chanco que mató para alimentar a la tropa de soldados, muchos de los cuales se habían instalado en su casa al ver que disponía de animales y plantas frutales. La casa era una invitación. Bien provista. En la alacena tenía jamón y otras cosas de boca, aceite, vino. Ahí también guardaba armas y municiones. Vino la orden de confiscar alimentos y armas y Fernán Gómez, como los pocos vecinos que quedaron, entregó todo lo que tenía: su caballo, una yunta de bueyes, gallinas, chanchos, su arcabuz, municiones, una lanza, en fin, esas cosas. Entregó mantas y ropas porque era invierno y el frío pegaba fuerte. No entregó, eso sí, su amistad a Blas, quien discretamente la buscaba, sin hallarla. Blas continuó unos días instalado en la casa y, en ocasiones, conversaban:

—En Santa Fe tengo casa, cerca del río. Cuando no estoy rolando en mi chalana y pescando surubí, me acomodo en la barranca y me pongo a cantar.

Fernán Gómez callaba: la mirada transparente abarcando cuerpo y alma. Pero la boca: sellada, como tapada por algún miedo.

—¿De dónde eres? —inquirió una vez Blas.

—No soy de aquí.

—Seguro. Pero, ¿de dónde?

—De lejos. Ah, si supieras...

—Eso es confidencia; pero tú no confías.

—No, no. Te equivocas.

Blas observaba la casa. Habitaciones con misterio. Ventanas amplias. Muebles de olorosa madera. Las hamacas cómodas y hondas, adornadas con mantas. Era una delicia dormir allí. En otra ocasión se aventuró:

—Buena casa para disfrutar. ¿Con quién vives?

—Con mis padres. Viejos, tú sabes. Se fueron. A La Asunción se fueron. Allí se puede vivir. ¡Tanta molicie!

—Claro: los viejos no resisten esta vida de sacrificio.

Después de sostener estas conversaciones, Blas se atolondraba. No comprendía de dónde le llegaba la ofuscación. Ese hombre, Fernán Gómez, tan huraño, sin materia, puro callar, ¿sería quien lo ofuscaba? Ese hombre de mirar con ojos de extrañeza, tal vez añorando a sus padres ausentes. Lo intrigaba. Luego, cuando terminaban de hablar, lo veía desaparecer de la casa, irse a los fondos, entre los árboles, ahí lo pasaba. Se escondía. Entrada la noche, con la oscuridad, volvía a buscar su hamaca para echarse a dormir.

Cuando todo estuvo listo el jefe dio la orden. Orden de salir a atacar a los indios que estaban asediando a las puertas, casi, de la población. Salieron infantes, caballería y milicianos. La orden ordenaba, además, a algunos milicianos, diez

soldados y tres pobladores quedarse a defender la ciudad, adentro. Los arcabuceros a sus arcabuces, los vigías a sus puestos, Fernán Gómez a la bombardarda. Así decía la orden. Vino también la indicación de colocarse la cota de malla y Fernán Gómez pidió permiso para ir a su casa, en un santiamén, por algo que se había dejado. Al volver traía puesta la cota y la gorra.

Entre los soldados había quedado Blas de Acuña y entre los pobladores Fernán Gómez. Cuando Blas supo que el destino los ponía tan cerca uno del otro, se inquietó. Nunca lo había visto pelear. Tenía sus dudas por él, hombre tan sin certezas. Pero la guerra era la guerra. Sin lugar a apelaciones. *En el entrevero habrá que verse: ahí se verá*, fue lo que pensó.

Fernán Gómez se encolumnó en la plaza, como los restantes, listo para acatar las órdenes, aunque Blas lo encontró como afiebrado y sacudido por una convulsión. No pareció convencido de lo que tenía que ejecutar. Como si le costara demasiado y más bien quisiera desertar. Le tuvo lástima. ¿Miedo sería? ¿Injurias del alma? ¿Oleaje de maldolor?

¿Quién puede saber lo que pasa por un corazón agitado? También Blas sentía que allí estaban; sin reserva, viendo venir la hora de demostrar la hombría. Así era la guerra. Un golpe de la suerte que inclinaría las cosas del lado del valiente. Si Fernán Gómez era valiente, era algo que pronto se demostraría. Para bien o para mal se había quedado. Ahí estaban. El tiempo dilucidaría los transcurso. Si ellos quedaban era para defender la ciudad, mientras el grueso hacía su parte sorprendiendo al enemigo en el mismo sitio del asedio.

A media tarde, malmuerto, llegó un mensajero con malas noticias. El jefe ordenaba resistir y salir luego en socorro de los que peleaban afuera. Había fallado el plan, invertido. En lugar de entrar victorioso, el jefe esperaba de ellos la ayuda para volver. Complicaciones. ¿Y si tenía razón Fernán Gómez? Su plan tal vez hubiera dado resultado.

Llegó la noche con algunos silbidos para la finura del oído de Fernán Gómez, cuyos malos presagios Blas trató de disipar. Sin embargo, Blas sabía que los indios se transmitían sus consignas con silbidos finos y breves. Tantear un silbido, apresarlo, era ya conocer la inminencia del ataque. Ahí supo que Fernán Gómez tenía experiencia de la guerra. Muchos asaltos debió haber resistido para conocer con esa agudeza los silbidos. Cuando él los sintió no hubo dudas: el ataque era inminente. Así se lo dijo a Fernán Gómez, *de un momento a otro caerán, acabo de oír un silbido yo también. Ten valor. Estaré a tu lado.*

Cada uno en su sitio, alertas, pendientes de las alarmas, cuando, de improviso para tanta atención desplegada, a un solo alarido cayeron los indios sobre ellos. La luz del candil se apagó y, en su lugar, vino la luna a alumbrar la refriega.

Se dio la orden de ataque y cada uno arremetió con lo suyo. Entre arcabuzazos y

corridas se vio a Fernán Gómez echar fuego con la culebrina, vociferando y gritando como el que más, suelto al fin ese nudo que antes tenía. Blas se admiró de verlo cambiado, mudado de sus timideces. Más lo escuchaba gritar y cargar las bombardas, más estupor sentía. Estupor. Rareza. ¿Cuál era el verdadero? ¿Aquel hombre tímido o éste que se desboca con el plomo? Era valiente. Sin embargo, algo tenía, bien adentro, esa voz, que lo enconaba, erosionaba. Siguió revolcando indios con el fuego de su arcabuz, atento sólo al latido de sus sienes sudorosas, tratando de ver más allá de sus pupilas. No quería escuchar la voz de Fernán Gómez. Quería estar atento a ese momento de su azarosa existencia, momento vivido tantas veces en las guerras, cuando todo le resultaba incierto. Inciertos los cuerpos, los gritos, la bombardas. Inciertos ante la pregunta que renacía: *¿Para qué? ¿Para qué la crueldad?* Ese momento siempre se presentaba estimulado por algo también incierto, como ahora esa voz que rechazaba, y que fue quien de pronto lo plantó ante la pregunta: *¿Para qué?*

Y otra vez no alcanzaba la respuesta y apretaba el gatillo renegando de su alma.

Como tantas otras veces, también cayó un soldado: el brazo partido, herida en el costado. Dio un grito y cayó. Aventuras del oficio. Así es. No hay prebendas en la guerra. O él, u otro. Vio a Fernán Gómez agacharse y arrastrarlo a un refugio de la plaza. Callaron las bombardas. Fernán Gómez en su hombro llevaba al soldado y lo atendía. Era un indisciplinado: abandonó su puesto para socorrer a un soldado. Blas sintió la ausencia de Fernán Gómez como un cuchillo que se le iba clavando. Tuvo rabia. Temió por él. ¡Tanta necedad! Un pensamiento le acuchilló el cerebro.

Fue a buscarlo. Lo había prometido. Fue en su ayuda. Lo encontró arrodillado atendiendo al herido que, al parecer, agonizaba. Vio que se esmeraba. Lo atendía con esas ternezas. De nuevo sintió rabia. Estaban ahí, aislados del fragor, reconfortándose. *Vuelve a tu puesto* —indicó—, *abandonaste la bombardas*.

—Está mal herido. Se muere —fue la respuesta.

—Vuelve a tu puesto —ordenó.

—No me gusta matar, ¿sabes?

—Es tu deber, ir.

Ahora lo sabía: él era la incertidumbre. Él era. Y la bombardas, y las flechas, y las balas que recorrían el espacio de la plaza. Todo era incierto menos la mano de Fernán Gómez que retenía entre las suyas cuando echaron a correr hasta el sitio donde estaba emplazada la bombardas. La mano era pequeña y cálida, con restos de sangre oreándosele entre los dedos. La escarcela también tenía tierra y sangre pegadas, igual que las botas manchadas con el color marrón de la sangre ensuciada.

Corriendo entraron en el foco de la lucha. Llovían flechazos y pasaban silbando las balas. Soltó esa mano frágil mientras recomendaba: *en cuanto llegues: escupe, escupe todo lo que puedas*. No terminó de hablar. Vio cómo una flecha se clavaba en

el pecho de Fernán Gómez, y otra fue a atravesarle un brazo. Lo vio retorcerse, arrodillarse y caer. Quiso sostenerlo y se le hundía.

—¡A la bombardarda! —se largó a gritar.

Fernán Gómez se le caía, pálido y sudoroso. Lo sostuvo en sus brazos. Liviano. No pesaba. Tanteó la situación y volvió a dejarlo caer. Empezó a disparar su arcabuz como loco. Llovían flechas y boleadoras. No podía llegar hasta la culebrina ni tampoco hasta el refugio: se exponía a que lo acribillaran ante el blanco que los indios habían encontrado. Gritó:

—¡A la bombardarda! ¡Que Fernán Gómez fue herido! ¡Uno a la bombardarda!

Alguien, finalmente, vomitaba plomo por la boca de la culebrina, de manera que pudo arrodillarse y comprobar que Fernán Gómez estaba malamente herido. Le hizo señas que le acercara el oído; entonces oyó que decía: *la bombardarda, ¿oyes cómo escupe? Escupe, escupe. Pero esta guerra se perdió.*

—Nada de eso. Déjame ver la herida —y empezó a abrir la armadura.

—Se perdió —dijo débilmente Fernán Gómez.

Le rogó con los ojos. No. No me toques. Vuelve a tu puesto. Recién nomás decías: vuelve a tu puesto. Vuelve, Blas. Es tu deber. Tu obligación.

Palidez sin quejidos, puros sudores. Con cuidado lo corrió hacia un costado, buscando resguardo. Era lastimoso ver ese cuerpo mutilado, sorprendida esa carne. Fernán Gómez se desmayaba. Ya no pedía que lo dejara abandonado a la muerte. La muerte empezaba a silenciarlo más de lo usual, cuando en los días anteriores le resultaba tan difícil su conversación. Lo alzó hasta el resguardo y en el arrastre fue cuando se le desprendió el casco y el gorro que llevaba debajo; entonces se dejó caer, como una lluvia, libre, una cabellera negra, profunda. Vio que esos ojos lo miraban ya sin extrañeza, próximos a otro paisaje. Semicerrados, lacios. Pasó la mano por ese pelo y de inmediato tuvo un sacudón. Era eso, eso lo que desde un principio le molestaba, esa era la causa de la inquina y del atolondramiento. Por fin sabía el origen. ¿Arrancaría la flecha cuando tenía presente el escozor, la viscosidad que le hurgaba la nuca y las ingles? Abrió la armadura, retiró la ropa y ahí fue que aparecieron las dos palomas de ojos rosados que eran sus tetitas. ¡Por san Santiago y la Porá del agua! Pechos de mujer en ese cuerpo acribillado. Favor de no equivocarse. Sí, dos pechos de hembra, tibios y saltarines, bañándose de sangre. Fernán Gómez: mujer, hembra. Como quien dice: tierra. Eso era lo que le venía incomodando; lo que le resistía. Y además aquel adentro de la voz que le escuchó cuando disparaba la bombardarda. El adentro, como quien dice: el escozor. Sí; eso era. Se intrigó: ¿por qué se hacía pasar por varón esta mujer? ¿Qué tanto hacía que ella se desvestía por las noches sintiéndose lo que era y ocultando sus ansias, sola, en la hamaca? ¿Qué tanto se ceñía el busto y achicaba las caderas y peinaba su pelo largo y negro en las oscuridades de la intimidad?

Venía viniendo la luz y con ella la tregua. Con el día, los indios desaparecieron. Calló la culebrina. Los hombres se tumbaron a descansar sus fatigas, rotos por dentro, sin palabras. ¿Muertos? Pocos; muchos indios. La mujer pedía agua. Le dio de beber y revisó las heridas. Quitó la escarcela y la ropa de debajo de la cintura: vientre con cicatriz, costurones. Ahí fue que la reconoció. Ah, vida, ¿tan rigurosa eres? Traerme aquí, para esto.

Ella deliraba, clamaba porque la despenasen. Pero ¿hay derecho? ¿De quién es la vida? Fácil es decir: dame el descanso con tu arma; cuesta poco eso. Pero cuesta mucho tratándose del cuerpo y la mirada que tanto se amaron. Pidió permiso para llevarla a su casa a aliviar sufrimientos, y en una hamaca, casi sin peso, el cuerpo se expresaba. Era blanco, ardiente y sufría. ¡Tantos rigores! Sus tetitas tiritaban sacudidas por la fiebre y las dos palomas parecían querer lanzarse al vuelo, libres y dulces en su ardorosa belleza. Las cubrió con un tul que encontró en los baúles misteriosos que ella guardaba. Junto a la hamaca, besándole las manos, empezó a contarle que la estuvo esperando porque sabía que se iban a encontrar de nuevo. Que Isabel Descalzo no era nada para él. Su amor era ella, María. Que ella viviría siempre en él como las orillas del río. Que la amaba como al río y mientras el río existiera él seguiría palpitando y amándola.

A la tarde, sosegada la fiebre, cuando iban entrando en El Brete el jefe con el resto de la tropa deshecha, ella se despedía de esta vida y de este mundo, reconociendo ser María Muratore, esa muchacha de La Asunción, la guerrera de Santa Fe, aquella amante de Buenos Aires y este Fernán Gómez de El Brete. Alguien que quiso ser libre, siendo mujer. Que para eso guerreó con el amor y el desencanto, como peleó con el indio. Era pesado ser mujer en un mundo de varones. Mucho le había costado sobrellevar esa carga. Por eso tuvo que apelar a esa intriga: única forma de sobrevivir en libertad. ¿Cargos le hacían? Ya era tarde: concluía su vida de congojas y desabrimientos. Agradecía a su padrino de quien aprendió que la mujer puede muchas cosas: oler a pólvora, tirar el arcabuz, escribir y leer según la ocasión, decidir sobre su destino, y amar como una ocupación del alma y no sólo del cuerpo. Ahora les dejaba su cuerpo para que dispusieran, ya que siendo ella dueña de la otra parte se la llevaba a mejor sitio que éste de lágrimas. Pedía perdón a Blas de Acuña, único hombre que la quiso, aunque con amor de hombre por la hembra y no con todos los amores. Le faltaron el amor de padre y de madre, el de hermano, el de hijo de ella, el de compañero y amigo, y ese amor al que todos escapan: el amor sin causa. Nunca quiso matar ni a indio ni a cristiano. Pero debió hacer uso de las armas, para sobrevivir. De eso se dolía. ¡Ah, esos rostros de la muerte que volvían a desasosegarle el sueño! ¡Esos visitantes de la noche salidos de la atrocidad! Los veía coagulados en un solo grito, en un único grito, y era el que tenían poco antes de morir.

De cuando en cuando ella alzaba una mano y lograba llevarla hasta sus cabellos,

tocándolos, como si necesitara afirmar en esa realidad lo que iba diciendo. Entonces Blas hundía sus dedos entre esa mata azul, deteniéndose ahí, adentro de su espesura, empequeñecido, lloroso, mordiéndose algunas guasadas que quería echarle a la vida. Pero la vida ¿qué culpa tiene?; a alguien hay que culpar de las desgracias.

El sufrimiento fue tapándole las palabras y crecieron los silencios en la boca para volverlas quejido. Finalmente fue entrando en un desmayo, blanco y frío, del que no se repuso. Así acabó la vida de María Muratore. Se hallaba en brazos de Blas y para él quedó su cuerpo.

Terminada la guerra, dos meses después, Blas pidió permiso para transportar sus restos a Santa Fe. Era su legítima mujer, ¿no lo decían las leyes? Las leyes de los hombres y las del corazón.

Isabel, de nuevo embarazada, se hallaba curando el moquillo de los pollos y les atravesaba una pluma por el gaznate, cuando vio que Blas llegaba de regreso, con el cajón. Ahí nomás entendió que el momento había llegado y, más pronto que volando, desapareció de escena. En esto había que dejarlo solo, no fuera que a Blas le agarrara su qué te importa. Y empezara con esos rencores y sombras y no quisiera salir de sus silencios. Buscó los tres chicos y se los llevó con ella. Él no la vio salir. Mejor. Mejor dejarlo solo con lo que traía. Bajó la barranca y se fue a caminar, haciendo tiempo para una ceremonia que, intuía, no iba a ser corta. No se equivocó. Cuando al atardecer estuvo de vuelta con sus tres hijos y el que traía en el vientre, Blas aún no había terminado el trabajo. Tampoco al día siguiente. Ella tomó una pala y se puso a cavar, en silencio. Más de una hora que llevaba haciendo esa tarea cuando Blas consideró que había accedido a la profundidad necesaria. Comenzó el descenso de la caja y ella le ayudó. Luego la cubrieron con tierra. Ella amagó algún rezo que sus labios no pudieron terminar.

Esa noche, en la cama, por fin pudo tenerlo para ella. Pero Blas se resistió. Se levantó y salió al patio. *Esto es grave; no he podido convencerlo*, pensó ella y esa noche no durmió. Ese cajón era el causante. Vio que no podía luchar.

Hasta allí llegaban sus fuerzas. Pero cuando, días después, *convendría que te fueras, puesto que ella ha regresado* que fue la respuesta de Blas cuando ella, valientemente, le habló sobre lo que estaba pasando y hasta dónde llegaría, sacó fuerzas para decir otra vez convencida:

—No me iré.

Nació el cuarto hijo, que fue mujer y ella llamó María. Blas vagaba por el río el día entero. Pasaban los barcos y cambiaba adioses con los marineros. La gente corría al puerto, para ver la entrada de las embarcaciones cargadas de mercadería, y él desde la canoa agitaba la mano. Brillaba el sol sobre el agua. Arriba, en la barranca, estaba la finadita que había vuelto a vivir con él. Ocasiones ella lo llamaba entre el oleaje que se levantaba cuando el río se encrespaba hasta salirse de madre, como buscando recuerdos. La voz de María llegaba desde adentro del espesor del agua, no la voz que tenía cuando salía al campo de guerra, sino cuando era toda suya, porque sufría. Ese era el momento de la llamada, y más si la lluvia desplegaba sus flecos sobre ese cuerpo de animal en celo. En la calma veía pasar el río besando la barranca, recio como el hombre que nunca se embravece, reluciendo en el verdeo espumoso del camalotal. El camalote era el pensamiento del agua, florecido y flotante, y por donde empezaba a enamorar. Y se preguntaba: ¿este es un río o una persona de lomo divino, o es una fuerza que se le ha escapado de las manos a Tupasy, madre de Dios, o a Ilaj, o a mis ojos que ya empezaban a cansarse de espejear la tanteza de ese cuerpo sin cuerpo?

Cuando los barcos dejaron de detenerse y pasaban de largo, desde su canoa les

hacía aquel gesto inmemorial, como despidiendo recuerdos. Entre humaredas salía del sueño y ahí el viento iba a despojar de sus vestiduras a aquellos fantasmas. Entonces era cuando más remotos corrían sus pensamientos. Nunca se fatigaba de ver esos amaneceres. Aún podía distinguir la espuma que se iba sorbiendo en su mero verde-amarillo-anaranjado-azul y negro, sin contar el violeta de las nubes que bajaban alargadas a posarse en el lomo del agua. Pasaba los días arriba de su chalana, sin regresar a la casa donde Isabel Descalzo lo esperaba. Pero, ¿dónde se duerme mejor que en la canoa, cuando se la deja rolar tranquila sobre el río? ¿Dónde era más fácil la conversación con la finadita que alejado de la inquina del tiempo y de los negocios carnales? Ella había vuelto a él, estaba ahora ahí con él, y conversaban de todo aquello que no habían hablado cuando los hombres se interponían. Así supo que hubo en vida de María un anillo (un increíble anillo) y hubo aquel otro hombre que la desilusionó. Que vendió el anillo para romper toda atadura con el Hombre del Brazo Fuerte, de quien fuera sólo una obstinación. Vendió el anillo para disponer de libertad. Y fue libre, todo cuanto puede serlo una mujer. Allá, en las espesuras del tiempo le menudearon los remordimientos por haber abandonado a Blas, pero él la quería apenas con amor de varón por la hembra, faltándole los otros. Recorrió distancias, conoció paisajes; vivió en muchas calles del Pecado y en otras de severas veredas; despertó admiración por su valentía; salió a guerrear, a empavesar; pudo pensar y decidir. Como ya había amado, no se dejó tentar. Estaba apurada por vivir. A los treinta y tres años, cargada de trabajos y fatigas, sin ánimo ya para defender las convicciones de los hombres, se dejó matar por las flechas de los indios, sabedora de que era inútil estar tanto afuera como adentro de su mundo cruel.

Así venía y se iba la finadita. En la barranca Isabel Descalzo iniciaba a sus hijos y conocidos en el mito de María Muratore. Ella cuidaba la tumba cuando Blas no regresaba a veces por semanas enteras. Contaba las andanzas de la finadita desde que vivía en La Asunción y ella le confeccionó el traje de novia para desposarse con Alonso Martínez, su padrino y tutor. Como ella era la única que conocía ese vestido, además de la novia que era la finadita, lo describía con esas destrezas que le eran propias. Jamás había cosido otro igual, con esa gracia, esa justeza, ese corte, esa ensoñación. Nunca había visto novia más hermosa, con esos ojos y ese cuerpo y ese prometer. Pero Alonso Martínez (que esté en la gloria y no pagando sus pecados) no encontró mejor cosa que morir justo la víspera del casamiento, dejando a María Muratore con el vestido listo y las ansias para mejor ocasión. Y seguía contando la vida de la finadita cuando vino a Santa Fe, como si fuera ella quien vino en la expedición de Garay. Agregaba cosas, según su recuerdo y parecer, y según la necesidad. Para hacer intervenir a María en el levantamiento de Los Siete Jefes le inventó una relación con uno de los conspiradores, cosa que jamás sucedió. Al parecer Isabel Descalzo desconocía que la madre de la finadita se hallaba en Santa Fe

cuando se produjo el trágico levantamiento de Los Siete Jefes. Entre tantas ataduras que desataba a su antojo, jamás mencionó el nombre de Ana Rodríguez, cosa que siempre llamó la atención de los que conocían la historia, aunque después la olvidaron. En la tumba de Ana Rodríguez estaba escrita la dedicatoria que María Muratore mandó a grabar y allí se veía bien claro que ambas eran madre e hija. Pero, por algún extraño designio, Isabel Descalzo ignoró este hecho. Ella aderezó la historia de la finadita ensalzando siempre al amor y presentándola como una intrépida amante. De tanto oír contársela los hijos fueron aprendiéndola. Los hijos se criaron a la par del tiempo que iba aureolando el recuerdo de la finadita; se criaron viendo la tumba en el patio y cuyo cerco cuidaba su madre. Ahí crecían las siemprevivas, violetas o geranios. Era un recuerdo que iba creciendo con ellos y se santificaba. Un soplo trágico los había tocado. Y también fueron entrando en el mito, porque si otros tenían blasones ellos tenían su historia con una mujer que parecía hombre por lo valiente pero que fue una gran amante. La fueron creando en sus mentes: la finadita era blanca, hermosa, casi había sido la madre de ellos. Por poco no había sido. Montaba a caballo, tiraba el arcabuz, era como un hombre siendo mujer. La fueron sintiendo como la protectora de la familia, como la madrina del cielo. Cuando les preguntaban en dónde vives, respondían: en lo de Muratore; cuáles son tus bienes: una tumba; tu origen: una mujer heroica; tu patrimonio: el amor; tu postrimería: un recuerdo. Así iban detallando las historias que Isabel Descalzo desgranaba. Si sacudían el pasado hallaban siempre el nombre de la finadita engarzado en los propios de ellos, como un timbre único e imborrable. Muratore borraba al de Acuña, lo esfumaba, era más preciso. Era un nombre que se salía de la vaina como un cuchillo de hoja relumbrante. El nombre pedía eternizarse y para eso estaban ellos. Como lo hiciera su madre, Isabel Descalzo, aprendieron a desovillar la madeja ante cualquier insinuación del misterio. ¿No la habían oído, en tantos atardeceres, mientras Blas andaba rolando por el río, narrar la vida y milagros de la finadita, deteniéndose en pequeños detalles que la humanizaban y engrandecían? Isabel Descalzo muchas veces había dicho: *cuando María vino, florecieron los cardos*. Entonces la imaginaban, joven y corajuda, bajando de la nave, única mujer, entre tantos varones que acompañaron a Garay. Veían ese hecho como una premonición: por muchos años hubo sequías y los cardos se endurecieron. *El año que María se embarcó para Trinidad fue cuando llovió ceniza*, y ese hecho los emocionaba hasta el llanto. Muchos santafesinos no olvidaron, casi cien años después a través de las mentas, que una vez la ciudad fue cubierta por una lluvia gris y espesa que cayó sobre ella. Pero donde Isabel Descalzo ponía mayor énfasis en el señalamiento de un hecho referido a la finadita y donde dejaba abiertas las esclusas para las divagaciones de sus hijos era en la referencia que hacía sobre el anillo. *El anillo de la finadita tenía escrito su destino; como ella lo vendió su destino es vagar hasta que aparezca el*

anillo. No se animaba a describirlo y jamás quiso dar detalle alguno. Sólo decía «el anillo», como si fuera la única sortija del mundo, el anillo por antonomasia. Pudiendo describirlo se abstenía. ¿Temor? ¿Presagio? ¿Tenía noticias del maleficio que se le atribuía? Nunca se supo si conocía o no las historias que ya por entonces corrían sobre el anillo. Ella decía «el anillo» y dejaba que los demás, incluidos sus hijos, hicieran volar su imaginación; contaba con eso. Se apoyaba en varias historias juntas, originadas en distantes lugares del mundo. Bastaba que esas historias fueran sólo misteriosas, improbables y que la gente estuviera, eso sí, dispuesta a creerlas. Ella decía: *la finadita, montada siempre en su caballo blanco, de la noche a la mañana, se aparecía en medio de las guazabaras a decidir la suerte, porque el anillo la traía y la llevaba a donde era necesario que estuviera.*

Las manos de Isabel Descalzo volvieron a prodigarse en aquellas finezas que se le conocían de la época en que era la modista más codiciada de La Asunción, y fue cuando iniciaron la confección del ajuar de su única hija mujer de cuatro hijos que tenía, y que fuera la primera en casarse. Telas que venían de vaya a saberse qué lejanísimos países, hilos traídos de Holanda, se juntaban en su mesa de trabajo y se ponían bajo sus diestras tijeras y expertas agujas para salir convertidos en primores concebidos primero en la mente de la modista. Volvía, como antaño, a volcarse en sus obras y a dar forma a todo ese mundo de fantasía que no le sospechaban. En esa temporada los hijos no la contradecían en su trabajo ni la interrumpían; la veían entregada a la costura, vainillando, bordando, pegando entredoses, atareada desde la primera luz del día. No la sacaban de los hilvanes, más bien se llegaban a ella con ese respeto mezclado del temor de no entorpecer una obra llena de misterio y fantasía. Suponían que estaba realizando una obra que alcanzaba la vida del hombre: todos esos vestidos, esas sábanas, esos manteles, las mantillas, los almohadones que iban a durar lo que la vida —y tal vez más allá— de la desposada. Pasarían a sus hijos y descendientes, tal era la calidad y la forma en que habían sido acondicionados esos materiales. Los pliegues, los dobleces, las alforzas, los forros, los nidos de abeja, la pasamanería, fueron ejecutados para la duración, lo mismo que el punto atrás y las vainillas labradas. Adentro del cuarto de costura Isabel Descalzo gastaba sus ojos que se engolosinaban trajinando sedas y frescuras de linos, esas delicadezas. Desde su cuarto sentía crecer la vida de sus hijos, ya entrando en la madurez, y la permanencia de esa tumba en el patio de la casa. Cada hijo era un mundo en el que ella entraba con indagaciones a explorar ese campo y acondicionarlo. *No dejarse vencer* —les decía—; *si yo me hubiera dado por vencida, no estarían ustedes en este mundo. Son fruto de la obstinación.* Y seguía con sus costuras, porque un ajuar no se prepara sino en muchos años de trajín. Cuando sentía llegar a Blas, y antes de que pasara al patio a sentarse junto al cerco de la tumba, Isabel dejaba su trabajo y salía a recibirlo, aunque él trajera la mirada perdida. Por esa mirada conocía sus adentros. Según fuera esa

mirada sabía cómo había sido el encuentro con la finadita, en las vueltas del río. Si el tiempo se presentó ventoso era que vanamente había perseguido una figura de mujer, con los cabellos al viento, montada en un caballo blanco. Entonces él regresaba ronco y más cansado que nunca, los ojos hinchados; hosco; soliviantándose por cualquier cosa que decían los hijos. Si, en cambio, el tiempo era apacible, María no se dejaba ver, sino, apenas, escuchar. Se le oía la llamada que venía de entre las ondas, una llamada como necesitada de algo, un poco partida por los ecos, recalando siempre en la costa. Muchas veces, en los días apacibles, Blas no subía a la canoa, porque creía que ella le hablaría junto a la costa, ya que allí localizaba su voz si estaba rolando sobre el agua. En esos días regresaba como desvaído por el exceso de concentración y la agudización del oído que efectuaba para localizar la llamada. Los hijos, que tantas veces habían presenciado esas corridas de Blas sobre la costa, también ellos fueron aprendiendo a traspasar el aire y sentir las voces que el río les traía. Al principio les resultó difícil distinguir la voz de la finadita de esas otras que, con mayor nitidez les llegaban, y eran esas voces fantasmales de ahogados que el viento les acercaba: de viejos pescadores sorprendidos por la tormenta, marineros borrachos, isleros tragados por la inundación, mujeres encintas que alumbraban prematuramente. Voces que ellos fueron reconociendo y distinguían y hasta identificaban con precisión. Cuando tuvieron su propia canoa cada uno de ellos, se internaban por el laberinto de islas, bajo el fragor del sol o de la lluvia, tratando de dar con esa madre mitológica que, no dudaban, algún día iban a encontrar.

Pero donde Isabel Descalzo descubría el mayor desquicio para el alma de Blas era en aquello que pasaba en los días de tormenta. Si la tormenta lo había sorprendido rolando las aguas, era una cosa; si, en cambio, se desencadenó estando Blas en tierra, durmiendo en la casa, por ejemplo, ahí venía la confusión mayor. Se despertaba, se agitaba. Cuando todos los pescadores, a causa de la tormenta amarraban su barca a tierra deseosos de llegar a sus casas y reconfortarse con una taza de caldo caliente, Blas salía en su canoa a tentar un encuentro con la vagante mítica. Los hijos aprendieron a seguirlo, aventurándose también en esas tempestades. Y ella se resignaba a su suerte de madre solitaria, porque ese fue el destino que ella misma se había labrado desde que se quedó en la casa a sostener la memoria. María le arrebató no sólo a Blas sino también a sus hijos, y acaso, le arrebató por esos menesteres y las cosas de la sugestión, a sus nietos y bisnietos que esperaba tenerlos, multiplicados a lo largo del tiempo. Ellos salían como obsesivos por una idea de encuentro, y cuanto más fuerte era la tormenta mayor su resignación. Aceptaba lo inevitable y así fue como tomó la noticia de la desaparición de uno de ellos, el mayor, abatido por la fuerza del río, una noche de tormenta en que a la finadita se le dio por hacerle señas entre los relámpagos, y ellos, ahí nomás, comprendieron que algo importante estaba por sucederles. Se echaron a las aguas, sin cuidado de la Porá,

como provocándola, sabedores de su malignidad en la crudeza de las noches. Pero no. Salieron sus tres varones detrás de Blas, a cual más decidido, yendo al encuentro de esa figura blanca, vaporosa, que ellos aseguraban era la finadita. Ese fue su tributo a la obstinación, a la búsqueda, a la valentía. Su corazón se resquebrajó, se partió en pedazos desde esa noche en que su hijo no regresó del río y nadie podía explicarle a dónde llevó su cuerpo la corriente. Entre los camalotes habrá quedado prendido, una flor entre las otras flores, desplazándose candoroso con la corriente del río, acaso hacia el sur, dormido para siempre entre suspiros. Ese fue su tributo y bien caro que lo fue pagando. No creyó que sería tan grande su dolor. Así se lo hizo saber a la finadita: *Ah, María, ¿así pagas mi devoción? De mis hijos me quitaste al más querido. ¿Qué fue que no te di? Un marido, un hijo. Mi lugar has ocupado en sus corazones. Cálmate, ya.*

Vinieron los nietos a rodearla, inquietantes de preguntas, insaciables de cuentos que ella despachaba uno detrás de otro como los panes que horneaba. Sentada junto al brasero que coloreaba sus rostros cetrinos, iba desgranando sus recuerdos de la época de la venida a Santa Fe cuando todos los que salieron detrás de un sueño eran héroes que con su espada derrotaban al dragón. Los iba citando, llamándolos por sus nombres, y señalaba la hazaña de cada uno como una cosa cotidiana y digna de contarse mucho después, cuando esos héroes se habían marchado qué tanto ya de este mundo a las poblaciones celestes. La familiaridad con los héroes inquietaba a los nietos que, insaciables, no dejaban de pedir: *y ¿qué más?* toda vez que ella amagaba con llegar al final. Y *¿qué más?* —insistían preguntando, inquiriendo—. *¿Se vive feliz comiendo perdiz? ¿Alguna vez se ha acabado el colorín colorado? Y ¿qué más sucede después del fin?* Cuando les contaba la historia de la finadita, sin omitir nada, salvo el hecho de que en Santa Fe había encontrado a quien fuera su madre, Ana Rodríguez, conocido e imaginado por ella, los nietos preguntaban: *María Muratore, ¿era de verdad o era de mentira? ¿En esta misma casa vivió? Eso, ¿cuánto hace del antes y de los despueses?*

—La finadita vivió cuando empezaba el antes y murió en medio de los despueses —aclaraba.

Pero ya no estaba muy convencida de lo que contaba, porque había empezado a olvidarse de ciertas cosas y a confundir otras. De tanto repetir las historias y aderezarlas a su gusto le sobrevino una confusión. Un día en que la rueda de nietos insistía apremiante: *y ¿qué más?* ahí fue que respondió: no sucedió nada más después de que el río se llevó al tío mayor. Comprendió que todo lo ocurrido después ya no la había sacudido, porque nada era más fuerte que la pérdida del hijo. Por eso olvidó un hecho importante para la vida de la casa y que marcó el comienzo del desmorono de la barranca. Como venía ocurriendo casi anualmente era imposible que lo olvidara. En forma de grandes inundaciones habían soportado esos enconos y placideces del

río. Años de inundaciones en que tuvieron que abandonar el sitio y buscar refugio en otro lugar seco, hasta que se produjera la bajante y así poder regresar con los niños de pecho, los utensilios, las cobijas, esas cosas. Pero se olvidó de todas las inundaciones que soportaron a través de los años, inundaciones que sucedieron, con su peligro de víboras, sabandijas, podredumbre, y que ella soportaba estoicamente, tanto como el traslado de la casa para esas fechas, porque donde fuera Isabel Descalzo allí iba la casa, y donde ella se instalaba allí estaba la familia. Tal vez se olvidara de las inundaciones por lo cruel que siempre le había resultado ese hecho: soportar la agresión de una fuerza incontrolable, superior al hombre, ese salirse el río e ir a buscar la gente a su casa y socavarle el ánimo.

Las inundaciones fueron carcomiendo la barranca y ganando playa para el río. Dieron lugar al comienzo del desmorono. Debieron correr la casa y el corral de su sitio; tuvieron que desplantar los árboles y volverlos a plantar más retirado de la barranca. Pero no tocaron la tumba de la finadita, que quedó en el mismo lugar. De esas cosas no se sabe si las olvidó por afectarle demasiado o porque las consideraba naturales y, por lo tanto, desprovistas de magia propia como para incluirlas en sus narraciones. Las inundaciones traían, además, peste para los animales y también para la gente. En una de las inundaciones más leves —y ellos, por lo tanto no habían alzado la casa que, creyeron, podían soportar con esa entereza propia—, fue que, trajinando en el corral, se gangrenó su segundo hijo varón que así acabó sus días, cuando en el vientre de su mujer fructificaba su fecunda siembra. Varios nietos le dejó ese hijo, y una nuera suave y tierna, casi como si fuera hija propia, todos a su cuidado. Sacó las fuerzas que aún le quedaban en los brazos, arremangó sus mangas, tomó el timón de la barca con mayor fuerza que en su juventud, época en que todo lo hacía sin esfuerzo. Ordenó, mandó, se ubicó a la cabecera de la mesa; repartió.

Cuando una nueva tanda de muchachos se largó al río a pescar el surubí en sus propias canoas, y otra arreciaba con el *¿y qué más?*, comprendió que las generaciones se iban sucediendo en su casa y ya le resultaba difícil, casi imposible, engarzar las historias y mucho más componerlas. Varias veces se había perdido en los vericuetos e hilos interiores, y estaba a punto de estropear la obra de los años. Por suerte la historia de María Muratore ya se contaba sola. Ella no hacía sino embrollarla, confundiendo los hechos o los nombres, mezclando sucesos reales con los de su fantasía. Cada vez era más costoso precisar el antes (que era la venida a Santa Fe) y los despueses, que comenzaron cuando los habitantes dieron en hablar de irse a poblar otro sitio distante, más al sur, a buscar un reparo a las inundaciones y un resguardo a los ataques de la indiada. Los despueses siguieron con el convencimiento que les había sobrevenido a los vecinos de abandonar la ciudad. Con la decisión que habían tomado de marcharse. Y eso a ella no le gustaba. Le parecía una traición que infligían a la ciudad cuyo emplazamiento y conservación tanta sangre llevaba

costándoles. ¿No habían venido cargados de ilusiones? ¿Por qué se iban? ¿En frustraciones terminarían los despueses? ¿En malogros? Pero todavía quedaban algunos empecinados como ella y sus hijos y sus nietos y viejos vecinos de larga memoria. Se desgranaban muchos, otros quedaban todavía. Así seguiría siendo.

Todo el trabajo ahora lo hacían esos nietos o bisnietos que le llenaban la casa de pequeños descendientes. ¿La costura? Ni en sueños. ¡Qué tanto que sus ojos estaban sin poder! Mucha confusión y oscuridad los llenaba. Mucho desear y no ver. En la resignación se movían. Ahí se quedaban, vacíos, mirando para adentro, donde todavía estaban patentes todas las cosas que conformaron el mundo que ella misma había venido a buscar desde que salió de aquella calle lujuriosa, estrecha y empinada, que en La Asunción llamaban del Pecado. Un hombre vino a buscar. Su hombre.

Y lo halló y lo hizo suyo en la medida que podían hacerlo las mujeres. El hombre se fue tras una sombra. Pero ya ella tenía germinado su jardín y plantada la casa, lo principal.

Y se atareaba en no confundir los nombres de sus nietos y de los que se allegaban a la casa a mezclarse con la sangre de ella repartida entre tantos.

Cuando arreciaron las despedidas y la frecuencia de los lloros, comprendió que algunos de los suyos se iban yendo también con las caravanas que iniciaron el éxodo. Aunque, otros, fieles, quedaban. Eran los más pegados al recuerdo de la venida. Se negaban a marcharse dejando lo que tanto había costado construir a sus mayores. Un día oyó que su única hija mujer, anciana ya, sentada junto al brasero, ocupaba su lugar y respondía a la inquietante pregunta: *¿y qué más? entonces se descubrió que el valiente guerrero no era un guerrero sino una mujer, porque se desprendió el casco y cayó una cabellera negra y honda, como la noche. Esa mujer era María Muratore, más valiente que muchos hombres, más hermosa que la luna.*

Oyó que, de paso, agregaba:

*Ay mama luna
dame tu fortuna
yo te daré la mía
vos dame la tuya.*

Los niños habían quedado perplejos y ávidos. ¿Y qué más? *La finadita se fue a guerrear a otros lares. Cuando volvió vino a borrar sus pisadas. Andaba mucho por aquí. Todavía vaga por el río esperando que la despenen. ¿Que la despenen? Que le borren el poder. Dicen que tenía un anillo y el anillo una fascinación. ¿Qué otra cosa estaría buscando, así como ella andaba, con el cabello suelto montado en un corcel blanco? Buscaría el anillo, sí, pues.*

Su hija, que ya era abuela muchas veces, les conocería en la cara lo que esos

niños estaban viviendo, puesto que ella había sentido lo mismo cuando hundía la cabeza en las faldas de Isabel Descalzo, temblando de felicidad por tener al río tan cerca, ese río donde vagaba María Muratore. A las puertas del misterio se detenía, como ella. Dejaba sitio para que se aposentara lo profundo. La noche siempre resultaba corta para tantas narraciones como los chicos deseaban escuchar. Y la veía trajinar y servir la sopa que a veces no alcanzaba porque eran tantas las bocas. Y protestar porque a veces también los hombres volvían sin pescados, ansiosos, dando muestras de las corridas que habían tenido allá, en el río. ¿Cuándo descansará?

De tarde en tarde, en el camastro que no dejaba, sentía como despedidas con lloros en las otras habitaciones. Y las recomendaciones a los que se iban a formar la nueva población de Santa Fe. Algunos de sus descendientes hasta se comprometían a seguir a los viajeros, recomendándoles noticias sobre la suerte que habrían tenido. Entonces lloraba bajito, para adentro, esperando esa visita que tardaba. Pero, como siempre quedaba gente en la casa, perdonaba a los ingratos. Si querían irse, que se fueran. Mientras quedaran hombres y mujeres para defender la ciudad y sostener la historia, la vida seguiría su curso. En una inundación, próxima a morir, la dejaron en su camastro: ya era imposible llevarla. Miraba subir el agua y algunas sabandijas. Esperaba una visita que tardaba. Se quedó tranquila, conociendo que ni la tierra ni el agua eran enemigos sino viejos conocidos que la sostenían. Siempre se había sostenido en ellos y en esos momentos eran además su camino. Por el agua que empapaba la tierra vendría esa visita a buscarla y llevarla a ese dichoso país del «irás y no volverás». Mientras tanto caía la lluvia afuera y allá arriba donde también se dejaron la tumba con la cerca, sin geranios ni siemprevivas, entregada a los mojazonos y a la intemperie. El goteo de la lluvia le bajaba un sueño a los párpados sin que el canto de algunos pájaros que pasaban surcando el aire consiguiera quitarle la modorra. Se fueron al fin ellos también. La habían dejado. La inundación los echó. Que se fueran los retoños, comprendía. Pero, ¿su hija? Vieja, chocheando, ¿de andariega? ¿Qué habrá ido a buscar por esos andurriales? De pronto se le hizo la luz: *¿y qué más?*

—Cuando María vino a Santa Fe florecieron los cardos...

A eso se fue. Comprendía. Así, hasta nunca acabar. Hasta cavar la memoria que es no morir. Para eso.

Entre oscuridades y ventosidades vio entrar un hombre, pero no pudo distinguir quién sería. ¿Blas? ¿Algún nieto? ¿Un bisnieto? ¿La visita que esperaba?

Calado hasta los huesos, el hombre fue a sentarse en una silla que se habían dejado. Descansaba de rigores. Miraba y no lo reconocía, tan inmemorial era ya su vista. Poco veía. Distinguir, menos. Reconocer, un imposible. El hombre dejó en el suelo la red y el balde de pesca. Creyó adivinar el olor del pacú y del sábalo, venirle como un hálito y más cuando el hombre se empeñó en prender fuego y puso a asar el

pescado. El pescado chirriaba y echaba agua sobre las brasas. El hombre se entregó a la contemplación. Parecía no verla. Movía los brazos como con lentitud y tal vez le pesaban. Estaba curtido y ajado por los vientos y los soles. El olor del pescado rondaba sus carnes y convocaba antiguas ilusiones y también esas esperas que conocía mirando la barranca. ¿Dónde andarían ahora? Trizas. Se habían hecho trizas. Entonces pudo comprender por qué se había ido también su hija. *Para eso. Se había ido para eso. Llevaba la memoria con ella.* Allá también se sabría:

El año que María se embarcó para Trinidad fue cuando llovió ceniza.

Cuando despertó el hombre discutía, afuera. Hablaba a los gritos con alguien en medio de la mojazón. Terco, el hombre seguía sosteniendo sus razones y cada vez se envalentonaba más. Como si se empecinara. Como no dando brazo a torcer. ¿El fuego? Apagado; sólo ceniza mojada. ¡Ah, esa visita que tardaba! Y el sueño siempre picoteándole las manos, que era por donde empezaba a subir hasta sus ojos. Venían los escalofríos de la puerta que el hombre había dejado sin cerrar, olvidado de ella, como si no la viera.

A las tantas el hombre entró y se puso a buscar la pala que halló después de un tiempo que ella no supo si corto o largo, por esas falsedades. La halló. Y salió otra vez del cuarto, más mojado que cuando vino, sin cerrar la puerta. El frío rigoreaba con su látigo. Se fue hacia el lado del naranjo de hojas tiernas que ella usaba para hacer tisanas cuando el tiempo entraba a calar los huesos, como ahora.

Empezó a palear. Hasta que los golpes se amortiguaron. ¿Habrá terminado de cavar? ¡Qué ocurrencia! En un día como éste, inundada y sola, sin nadie a su lado, recordando aquella época en que era una muchacha alegre que vivía en La Asunción.

—¿Qué hace ahí arriba, abuelo? ¿No tiene frío? ¡Venga que lo llevo!

—¿Estás loco? ¿Quién te ha dicho que quiero irme de aquí?

—Se han marchado todos. No quedará solo, ahí arriba. —Que se marchen. Allá ellos. Yo me quedo.

—Pero abuelo, el tiempo está muy malo.

—Estoy en mi casa.

—¿Casa? Vamos, abuelo, ¿a la intemperie llama casa? —Yo vivo aquí y se acabó.

—Me da lástima que se quede ahí, solo.

—No estoy solo: la tengo a ella.

—¿Quién es ella?

—Mi muertecita.

—Venga. Si no baja subo a buscarlo.

—¿Qué te dio por meterte conmigo?

—Ya se lo dije: me apena verlo quedarse solo cuando ya todos se han ido.

—Anda: sigue tu camino y no te incomodes.

—¡Venga, lo llevaré en mi carro!

—Al diablo con tu carro.

—Esta humedad le hará mal. Venga, abuelo.

—Sigue tu camino. Déjame en paz.

—Pero es que yo a usted lo conozco: mi tatarabuelo decía que era su amigo.

—¿Y qué hay con eso?

—Es que quisiera su bien. Ya va a oscurecer.

—Si oscurece, amanece.

—Venga: ha llegado el día.

—Cada día es víspera.

—Escuche, abuelo: usted tiene una sortija y no va a dejarla enterrada ¿no?

—Era por la sortija: no por mí que venías.

—Por los dos. Vine por los dos.

—¿Quién me dijiste que eras?

—El tataranieto de su amigo.

—¿Y cuál es el nombre?

—¿Mi nombre?

—El de tu bisabuelo.

—Mi tatarabuelo, querrá decir.

—Sí.

—No recuerdo. Hace mucho que murió. Pero mi abuelo decía que su padre era amigo de usted.

—Vaya noticia. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Laconis.

—Nunca supe de alguien que se llamara así.

—Capricho de mis padres. Escuche, abuelo.

—Mejor sube, que yo no iré.

Apareció en la barranca un muchacho que en nada se parecía a ninguno de los siete descuartizados en la maldita plaza aquel nefasto día de un tiempo que simulaba pasar. Entrecerrando los ojos volvía a ver a Dominguillo Romero, el de las chanzas, mofletudo y cetrino, sacándole chispas a su ingenio mientras tomaban su jarro de vino en las noches de calor. No; de Dominguillo Romero no venía. Tampoco de Pedro Gallego porque de Pedro llegó a decirse que había pescado el mal gálico siendo muy joven, aunque pudieron ser habladurías porque siempre fue el más fuerte.

De Lázaro de Venialvo conocía toda su descendencia y ellos también habían partido hacía tiempo, a la nueva población. Pasaron en sus carros, con todos sus enseres y familias, algunos cabizbajos, otros esperanzados. Y aunque seguramente les pesara la sangre que el Lázaro derramó generosamente, igual habían marchado con todos los demás. No, del Lázaro no era. No se parecía en nada. Todos sus descendientes tenían su inconfundible aire, ese aire orgulloso del Lázaro que lo llevó a encabezar la revuelta y a prender a las autoridades en el instante en que salían de la misa. A agarrarlos como quien dice con las manos santiguando sus sucias conciencias. Pero el Lázaro fue clemente y por eso pagó; fue confiado; tuvo fe en el orgullo de los otros que lo secundaban. No, del Lázaro, no.

Con los ojos prolongándose hacia el río recordaba a Rodrigo Mosquera, el de la voz de trueno. También morocho, enorme hombre, de pecho alto y fuerte. Era tan potente su voz que se decía que rompía las lozas cuarteándolas y no había quien para hablar con él no se colocara a cierta distancia cuidando los oídos. Rodrigo Mosquera, que había venido solo de La Asunción, tampoco dejó hijos. No tuvo tiempo. Muy joven era cuando murió el día de la conspiración. Veintitrés años tendría, no más. Sin casa, sin tierra que le negaron, sin fondos, ¿cómo iba a formar un hogar? De Rodrigo Mosquera, tampoco descendía este muchacho que tenía frente a él apremiándolo a partir.

Acaso, podría decirse, viniera de Pedro Villalta, el amante. Pedrillo que desde los dieciséis años ya andaba detrás de las mujeres como abeja buscando la miel. Podría ser que algún hijo sembrado al azar, en aquella calle como una gran gallina clueca, que hacía las delicias de los asunceños, hubiera engendrado a su vez al antecesor de este muchacho que subió la barranca, empeñado en sacarlo de su sitio, para que no quedara absolutamente nadie en la ciudad abandonada. Ahí dudaba. De este Pedro dudaba; tenía perdido su rastro aun antes de llegar a Santa Fe. Era posible que en algunas de las tantas hermosas guaraníes Pedrillo pudo dejar su semilla. Eso quién puede saberlo. El hombre, en esas circunstancias, está arando en campo ajeno. Y más siendo como fue Villalta, un hombre de grandes hábitos de amor. La vida puede

deparar esas sorpresas. Pero este muchacho no recuerda el nombre de su bisabuelo o tatarabuelo, así que Pedrillo deberá volver a atravesar el umbral de la memoria que lo ha evocado para dejarse caer en el desierto del olvido.

Los descendientes de Diego de Leiva sí conservan el recuerdo del gran abuelo, y lo extraen y exponen orgullosos de ese antecesor. Lucen su apellido, su sangre y su recuerdo. No han sabido traicionarlo. Siempre serán el *último Leiva* hasta que venga otro a desplazar al último. De Diego de Leiva, evidentemente, este muchacho no descende. No podría ignorar al gran abuelo.

Abrió los ojos y lo miró bien. De ninguno de aquellos podía descender. Los siete jefes habían sido mestizos, mitad indios, mitad hijos de español. Él mismo era hijo de una guaraní criada en perfecta clausura por los frailes Armenta y Lebrón (de triste memoria), catequizada y bautizada, y de un soldado español que, hasta la llegada de Álvaro Nuñez, vivió amancebado con varias indias, entre las que estaba su madre, moza alegre y sencilla. Luego, cuando Alvar Nuñez mandó tener cordura, su padre se volvió en contra del Adelantado, como tantos libidinosos españoles que se habían acostumbrado a esa vida de lujuria. Todos, cual más, cual menos, llevaban esa sangre indígena que el muchacho no parecía tener. También sus vestiduras eran especiales: su terciopelo carmesí, su chaleco acuchillado, sus botas altas y finas. Mucho rato que la lluvia lo venía mojando y él se había apoyado junto a la cerca de la tumba donde el viejo se encontraba.

—Te has embarrado el terciopelo —le dijo.

—Recoja el anillo que el viaje es largo —replicó ordenando.

Entre la niebla su cabello rojizo era un incendio que la llovizna apagaba.



Libertad Demitrópulos (Ledesma, Jujuy, Argentina, 21 de agosto de 1922 - Buenos Aires, Argentina, 19 de julio de 1998) fue una escritora argentina.

Nació en el departamento jujeño de Ledesma en 1922. A los 18 años comenzó a ejercer como maestra de escuelas en Jujuy hasta 1940, cuando viajó a Buenos Aires para estudiar letras. En 1978 se publica una de sus novelas más importantes, «La flor de hierro» y, tres años más tarde, «Río de las congojas». Contrajo matrimonio con el poeta Joaquín Giannuzzi en 1951.

Un año antes de su muerte, recibe el Premio Boris Vian por «Río de las congojas». Falleció en la Ciudad de Buenos Aires el 19 de julio de 1998.

Es reconocida por su fervorosa militancia peronista; trabajó en el hogar escuela Eva Perón, donde conoció a Evita, cuya biografía publicó en 1984.